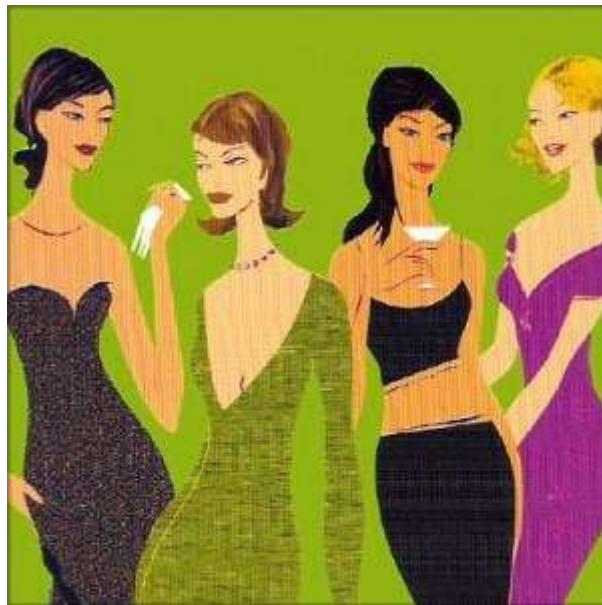


**Candace Bushnell**



**SEXO EN  
NUEVA YORK**

*Para Peter Stevenson y Snippy.  
Y para todos mis amigos.*

## ÍNDICE

1.	<i>Mi educación antisentimental: ¿Amor en Manhattan? No, gracias.....</i>	4
2.	<i>¿Cambio de parejas? No, gracias.....</i>	10
3.	<i>Amábamos a un pretendiente en serie .....</i>	15
4.	<i>Matrimonio en Manhattan: Mujeres sin casar, solteros tóxicos .....</i>	20
5.	<i>Os presento a los hombres que se acuestan con las modelos .....</i>	24
6.	<i>La última seducción de Nueva York: Amar a Mr. Importante.....</i>	30
7.	<i>Las locas internacionales .....</i>	35
8.	<i>¡Ménage en Manhattan! Siete hombres sueltan la pregunta inevitable .....</i>	42
9.	<i>¿Qué tiene dos ruedas, lleva sirsaka y pretende darme gato por liebre? Los chicos ciclistas .....</i>	50
10.	<i>Las chicas de Manhattan visitan a las viejas colegas del Greenwich.....</i>	56
11.	<i>Las chicas huyen de la tierra de las casadas para una noche de topless .....</i>	62
12.	<i>Skipper y Mr. Maravilloso buscan sexo desenfrenado en los setos de Southampton.....</i>	67
13.	<i>Hablan las guapas.....</i>	73
14.	<i>Retrato de un modelo de ropa interior bien dotado: el Hueso baja de su enorme valla publicitaria .....</i>	78
15.	<i>Adora a su ratoncito, pero no se la enseña a mamá .....</i>	83
16.	<i>Perdidas en Manhattan .....</i>	87
17.	<i>¡Arde Manhattan! A Mr. Importante le entra el pánico sexual. Los vapores estivales de Manhattan dan lugar a fantasías en las aceras, bailes ebrios, crisis nerviosas en el dormitorio y pesadillas con aire acondicionado. ....</i>	94
18.	<i>Cómo casarse con un hombre en Manhattan... a mi manera .....</i>	100
19.	<i>Las madres psicópatas de Manhattan pierden la chaveta por sus peques .....</i>	108
20.	<i>Cuando Mr. Importante no está, aparece la Chica .....</i>	114
21.	<i>Mujeres que cayeron en la trampa: ¿Solteros empedernidos? No, gracias.....</i>	119
22.	<i>El Hueso y el visón blanco: el villancico de Carrie .....</i>	123
23.	<i>Relato de una juerguista sobre sexo e infortunios: él era rico, complaciente y... feo.....</i>	129
24.	<i>Aspen .....</i>	135
25.	<i>Último capítulo.....</i>	146
26.	<i>Epílogo .....</i>	155
	<b>RESEÑA BIBLIOGRÁFICA .....</b>	<b>157</b>



## 1.

### *Mi educación antisentimental: ¿Amor en Manhattan? No, gracias...*

Ahí va un relato para el día de los Enamorados. Prepárate.

Una periodista inglesa ingeniosa y atractiva se mudó a Nueva York y muy pronto pescó a uno de los solteros más codiciados de la ciudad. Tim era un inversor financiero de 42 años que ganaba cinco millones de dólares anuales. Se besaron y pasearon de la mano durante dos semanas, hasta que un cálido día de otoño él la llevó en coche hasta la casa que se estaba construyendo en los Hamptons. Juntos estudiaron los planos con el arquitecto.

—Quería decirle al arquitecto que rellenara los huecos de las barandillas para la seguridad de los niños —explicó la periodista—. Pensaba que Tim iba a pedirme que me casara con él.

El domingo por la noche, el inversor la dejó en su apartamento y le recordó que tenían una cena el martes. El martes Tim *telefoneó* para aplazar la cita. Pasaron dos semanas y la periodista seguía sin tener noticias de él, de modo que le telefoneó para decirle que el aplazamiento se estaba alargando mucho. Tim le dijo que la *llamaría* a finales de semana.

Por supuesto, *no llamó*. Pero lo que realmente despertó mi interés fue que la periodista inglesa no *entendiera* lo sucedido. En Inglaterra, dijo, el hecho de conocer al arquitecto habría sido un paso importante. Entonces caí en la cuenta de que ella era de Londres. Nadie le había hablado del Fin del Amor en Manhattan. Ya aprenderá, me dije.

Bienvenidos a la Era de la Pérdida de la Inocencia. Las luces fulgurantes de Manhattan que sirvieron de telón de fondo a las citas inocentes de Edith Wharton todavía brillan, pero el escenario está vacío. Nadie desayuna con diamantes y nadie tiene aventuras que recordar. En lugar de eso, desayunamos a las siete de la mañana y tenemos aventuras que procuramos olvidar lo antes posible. ¿Cómo nos metimos en este lío?

Truman Capote comprendió muy bien el dilema de los noventa: amor contra negocio. En *Desayuno con diamantes*, Holly Golightly y Paul Varjak tenían algunas restricciones —él era un hombre mantenido y ella era una mujer mantenida—, pero al final las vencieron y eligieron el amor en lugar del dinero. Esas cosas ya no ocurren en Manhattan. Todos somos hombres y mujeres mantenidos —por nuestros trabajos, nuestros apartamentos y algunos por la jerarquía social de Mortimers y el Royalton, la playa de los Hamptons, las entradas para la primera fila del Madison Square Garden—, y nos gusta. La autoprotección y el negocio son primordiales. Cupido nos ha dejado solos.



¿Cuándo fue la última vez que oíste decir a alguien «¡Te quiero!» sin la inevitable coletilla del «como amigo»? ¿Cuándo fue la última vez que viste a dos personas mirarse a los ojos sin pensar «No se lo creen ni ellos»? ¿Cuándo fue la última vez que oíste a alguien decir «Estoy locamente enamorado» sin pensar «El lunes por la mañana me lo cuentas»? ¿Y qué resultó ser la película de Navidad de Tim Allen? *Acoso*, película a la que asistieron diez o quince millones de espectadores para ver sexo sin cariño entre erotomaníacos, no representa ni mucho menos nuestra idea del amor pero es de lo que están hechas las relaciones modernas en Manhattan.

En Manhattan todavía se practica mucho el sexo, pero esa clase de sexo que desemboca en una amistad o en un acuerdo comercial, no en una relación sentimental. Hoy día todo el mundo tiene amigos y colegas pero nadie tiene, en realidad, amantes, aunque hayan dormido juntos.

Como iba diciendo, la periodista inglesa, tras seis meses de «contactos» y una breve aventura con un hombre que la llamaba desde fuera de la ciudad para decirle que la telefonaría cuando regresara (y nunca lo hacía), aprendió.

—En Nueva York las relaciones se basan en el desapego —dijo—. Pero ¿cómo te apegas cuando decides que eso es lo que quieres?

Cariño, pues te vas de la ciudad.

### *Amor en Bowery Bar, primera parte*

Viernes noche en Bowery Bar. En la calle nieva y dentro el ruido es ensordecedor. Está la actriz de Los Ángeles que desentona deliciosamente con su chaqueta y su minifalda de vinilo gris y su acompañante de cadena de oro e intenso bronceado. Está el actor, cantante y juerguista Donovan Leitch con chaqueta verde y un gorro beige de pelo con orejeras. Está Francis Ford Coppola en una mesa con su esposa. En su mesa hay una silla vacía. No solo está vacía. Está seductora, tentadora, provocativamente vacía. Está tan vacía que está más llena que cualquier otra silla del local. Justo cuando la vacuidad de la silla amenaza con provocar una escena, Donovan Leitch se sienta a charlar. Todos los de la sala están muertos de envidia. Cabreados. La energía del local tiembla con violencia. Es el romanticismo de Nueva York.

### *El hombre felizmente casado*

—El amor significa tener que acoplarse a otra persona, pero ¿qué ocurre si esa persona es problemática? —dijo un amigo, una de las pocas personas que conozco que lleva doce años felizmente casada—. Y cuanto más miras atrás, más demuestras que tu percepción era correcta. Entonces te alejas más y más de la idea de tener una relación, a menos que en tu vida se produzca un suceso importante que te haga cambiar de idea, como la muerte de los padres.

»Los neoyorquinos se construyen una fachada infranqueable —prosiguió el hombre—. Me alegra mucho haber encontrado a mi pareja hace tiempo, porque actualmente aquí es demasiado fácil no tenerla.



### *La mujer casada y (relativamente) feliz*

Una amiga casada me telefoneó.

—Me pregunto si en esta ciudad hay alguien capaz de hacer que su relación funcione. Son tantas las tentaciones. Bares, alcohol, drogas, otras personas. La gente quiere divertirse, pero si tiene pareja, ¿qué puede hacer? ¿Sentarse en su apartamento y mirarse las caras? Las personas que están solas lo tienen más fácil. Pueden hacer lo que les dé la gana y no tienen que regresar a casa por la noche.

### *El soltero de Coco Pazzo*

Hace unos años mi amigo Capote Duncan era uno de los mejores partidos de Nueva York y salía con todas las mujeres de la ciudad. En aquella época todavía éramos lo bastante románticos para creer que alguna mujer le echaría el guante tarde o temprano. Seguro que algún día se enamorará, pensábamos. Todo el mundo acaba enamorándose. Y cuando se enamora será de una mujer hermosa, inteligente y triunfadora. Pero las mujeres hermosas, inteligentes y triunfadoras pasaban por su vida y él seguía sin enamorarse.

Estábamos equivocados. Hoy Capote está cenando en Coco Pazzo y asegura que es incalzable. No quiere una relación. Ni siquiera desea intentarlo. No quiere oír hablar de la neurosis de otra persona. A las mujeres les dice que será su amigo y que pueden acostarse con él, pero que eso es todo lo que hay y habrá.

Y a Capote le parece bien. Ya no se pone triste como antes.

### *Amor en Bowery Bar, segunda parte*

En mi mesa del Bowery están Parker, novelista de 32 años que escribe sobre relaciones que siempre fracasan, su novio Roger y Skipper Johnson, abogado de artistas.

Skipper tiene 25 años y no cree en el amor.

—Simplemente no creo que vaya a encontrar a la persona adecuada ni a casarme —dice—. Las relaciones son demasiado intensas. Si crees en el amor estás condenado a llevarte un desengaño. Es imposible confiar en alguien. Actualmente la gente está demasiado corrompida.

—Pero es el único rayo de esperanza que nos queda —objetó Parker—, lo único que puede salvarnos de nuestro pesimismo.

Skipper disiente.

—El mundo está más jodido ahora que hace veinticinco años. Me cabrea haber nacido en una generación en la que están ocurriendo tantas cosas. El dinero, el sida y las relaciones se dan la mano. Casi nadie de mi edad cree que pueda disfrutar de un trabajo seguro algún día. Si a una persona le preocupa su futuro económico, es lógico que no quiera comprometerse.

—Comprendo su pesimismo. No hace mucho me sorprendí oyéndome decir que no quería una relación porque al final, a menos que estuviera casada, acababa sin



nada.

Skipper bebe de su copa.

—¡No tengo alternativa! —exclama—. Me niego a tener relaciones vacías, de modo que no hago nada. Paso del sexo. ¿Quién lo necesita? ¿Quién necesita problemas potenciales como las infecciones o los embarazos? Yo no tengo problemas. No vivo con el miedo de pillar infecciones o de liarme con una psicópata. ¿Qué tiene de malo limitarse a pasarlo bien con los amigos y disfrutar de una buena conversación?

—Estás loco —dice Parker—. No es una cuestión económica. Tal vez dos personas no puedan ayudarse económicamente, pero pueden ayudarse de otras formas. Las emociones no cuestan dinero. Tienes a alguien por quien volver a casa. Tienes a alguien en tu vida.

Yo abrigaba la teoría de que el único lugar de Nueva York donde la gente podía encontrar amor y romanticismo era en la comunidad gay. Los homosexuales eran amigos con exuberancia y pasión, mientras que el amor *hetero* se había vuelto clandestino. Tenía esa teoría en parte por todo lo que había leído y oído sobre un multimillonario que dejó a su esposa por un hombre más joven y paseaba a su cisne por los restaurantes modernos de Manhattan, ante las narices de los columnistas de la prensa del corazón. He ahí, pensé, un amante de verdad.

Parker era una prueba más de mi teoría. Cuando él y Roger empezaron a salir, Parker enfermó y Roger fue a su casa para cuidarle y hacerle sopitas. Eso jamás ocurriría con un hombre hetero. Si un heterosexual enfermara durante sus primeros días de relación con una mujer y esta quisiera cuidar de él, enseguida pensaría que quiere entrometerse en su vida y, presa del pánico, le cerraría la puerta en las narices.

—El amor es peligroso —dice Skipper.

—Eso te ayudará a valorarlo y a esforzarte por conservarlo —replica Parker.

—Nosotros no podemos controlar las relaciones —insiste Skipper.

—Tonterías —contesta Parker.

—¿Qué me dices de los viejos románticos? —pregunta Roger a Skipper.

En ese momento mi amiga Carrie interviene. Conoce bien a los de esa ralea.

—Cada vez que un hombre me dice que es un romántico, me dan ganas de escupirle. Únicamente significa que tiene una idea romántica de ti, pero en cuanto te muestras tal como eres y dejas de encajar en su fantasía, se desinfla. Los hombres románticos son un peligro. Cuanto más lejos, mejor.

En ese momento, un romántico peligroso se acerca a la mesa.

### *El guante de una dama*

—El condón acabó con el romanticismo pero favoreció el sexo —dijo un amigo—. Hay algo en el condón que hace que las mujeres resten importancia al sexo. Como no hay contacto directo con la piel, les es más fácil irse a la cama con un hombre.



### *Amor en Bowery Bar, tercera parte*

Barkley, 25 años, era pintor. Él y mi amiga Carrie llevaban ocho días «saliendo», o sea, ocho días paseando, besándose y mirándose a los ojos. En vista de todos los pesimistas de 35 años que conocíamos, Carrie había decidido salir con un hombre joven que no llevara en Nueva York el tiempo suficiente para haberse endurecido.

Barkley dijo a Carrie que era un romántico «porque lo sentía», y también le dijo que quería convertir la novela de Parker en un guión cinematográfico. Carrie se ofreció a presentarle a Parker, y por eso Barkley estaba esa noche en el Bowery.

No obstante, cuando Barkley llegó, él y Carrie se miraron y... no sintieron nada. Intuyendo tal vez lo inevitable, Barkley venía con una «cita», una extraña joven con purpurina en la cara.

—Creo ciegamente en el amor —dijo al sentarse—. De lo contrario, estaría muy deprimido. Las personas somos mitades. El amor hace que todo adquiera sentido.

—Por eso cuando te lo quitan, te joden —dijo Skipper.

—Has de saber protegerte —repuso Barkley.

—Vivir en Montana con una antena parabólica, un fax y un todoterreno... así estaría a salvo.

—Quizá lo que quieres es un error —intervino Parker—. Quizá lo que quieres te incomoda.

—Yo quiero belleza —dijo Barkley—. Tengo que estar con una mujer hermosa. No puedo evitarlo. Por eso muchas chicas con las que salgo son tontas.

Skipper y Barkley sacaron sus respectivos móviles.

—Tu móvil es demasiado grande —dijo Barkley.

Poco después Carrie y Barkley fueron a Tunnel. Allí contemplaron a la gente joven y guapa, fumaron cigarrillos y bebieron como cosacos. Barkley se largó con la chica de la purpurina y Carrie se puso a bailar con Jack, el mejor amigo de Barkley. Luego resbalaron por la nieve mientras intentaban encontrar un taxi. Carrie no podía ver ni la hora.

Barkley la telefoneó al día siguiente.

—¿Qué ocurre, titi?

—No lo sé, eres tú quien ha llamado.

—Te dije que no quería una relación seria. Sabías dónde te metías y cómo era yo.

«Desde luego —quiso decir Carrie—, sabía que eras un mujeriego frívolo y sin carácter y por eso salía contigo.» Pero no lo dijo.

—No me acosté con ella. Ni siquiera nos besamos —dijo Barkley—. Esa chica me trae sin cuidado. No volveré a verla si es eso lo que quieres.

—La verdad es que me importa un carajo lo que hagas —respondió Carrie, y lo malo era que hablaba en serio.

Pasaron las siguientes cuatro horas hablando de los cuadros de Barkley.

—Podría pasarme los días pintando —dijo Barkley—. Es mucho mejor que el sexo.





### *El pretendiente que nada pretende*

—Al final solo me queda el trabajo —dijo Robert, 42 años, redactor—. Con todo lo que tengo que hacer, no dispongo de tiempo para ser romántico.

Robert explicó que había salido con una mujer que le gustaba mucho, pero al mes y medio de relación tuvo claro que la cosa no iba a funcionar.

—Siempre me estaba poniendo a prueba —dijo—. Por ejemplo, tenía que llamarla los miércoles para salir los viernes. Pero a lo mejor ese miércoles yo tenía ganas de pegarme un tiro, y solo Dios sabía cómo me sentiría el viernes. Ella quería salir con un hombre que estuviese loco por sus huesitos, y lo entiendo. Pero yo no puedo fingir algo que no siento. Por supuesto, seguimos siendo buenos amigos —añadió—. Nos vemos mucho, pero no nos acostamos.

### *Narciso en Four Seasons*

Un domingo por la noche acudí a una gala benéfica en el Four Seasons. El tema era Oda de Amor. Cada mesa fue bautizada con los nombres de una pareja famosa. Estaban Tammy Faye y Jim Bakker, Narciso y él mismo, Catalina la Grande y su caballo, Michael Jackson y amigos. Al D'Amato estaba sentado en la mesa de Bill y Hillary. Sobre cada mesa había un centro formado por artículos relacionados con la pareja. Por ejemplo, en la mesa de Faye y Bakker había pestañas postizas, sombra de ojos azul y velas con forma de barra de labios. La mesa de Michael Jackson tenía un gorila disecado y crema facial Porcelana.

Bob Pittman estaba allí.

—Es el tabaco y no el amor lo que está acabado —dijo con una sonrisa mientras Sandy, su esposa, permanecía a su lado y yo me ocultaba tras una planta para birlarle un cigarrillo a alguien.

Sandy dijo que se disponía a escalar una montaña de Nueva Guinea e iba a ausentarse varias semanas.

Regresé a casa sola, pero antes de irme alguien me puso en la mano la mandíbula del caballo de Catalina la Grande.

### *Amor en Bowery Bar, epílogo*

Donovan Leitch se levantó de la mesa de Francis Ford Coppola y se acercó a nuestro grupo.

—Oh, no —dijo—. Yo estoy convencido de que el amor lo puede todo. Pero a veces hay que hacerle sitio.

Justamente lo que falta en Manhattan.

¡Ah, por cierto! Bob y Sandy están en vías de divorcio.



## 2.

### *¿Cambio de parejas? No, gracias...*

Todo comenzó como siempre comienzan estas cosas: inocentemente. Me hallaba en mi apartamento almorzando galletas saladas con sardinas, cuando me telefoneó un conocido para contarme que un amigo suyo había ido a Le Trapèze, un club para parejas, y todavía no había salido de su asombro. Había visto a gente desnuda copulando delante de sus narices. A diferencia de los clubes sadomasoquistas, donde no hay sexo real, allí la cosa era pero que muy real. La novia del amigo estaba espantada, pero cuando una mujer desnuda le tocó al pasar, «le hizo gracia». Según él.

En realidad, el tipo estaba tan encantado con el lugar que no quería que escribiera sobre él porque temía que, como ocurre con los lugares que valen la pena de Nueva York, la publicidad lo estropeará.

Empecé a tener toda clase de visiones: parejas jóvenes y guapas, cuerpos firmes, caricias tímidas, chicas rubias con guirnaldas de hojas de parra, servidora con un vestido de parra supercorto y un hombro al descubierto. Entrábamos vestidos y salíamos iluminados.

El contestador automático del club me devolvió bruscamente a la realidad.

«En Le Trapèze no hay desconocidos, solo amigos que todavía no has conocido», dijo una voz de género indeterminado, y añadió que había «un bar de zumos y un bufé frío y caliente», cosas que yo jamás habría relacionado con el sexo o el destape. «El 19 de noviembre, día de Acción de Gracias, celebraremos la Noche Oriental.» Qué interesante, pensé, pero al final descubrí que se referían a comida oriental, no a gente oriental.

Hubiera debido abandonar la idea en ese mismo instante. No hubiera debido escuchar a Sallie Tisdale, la escritora que en su libro yuppie-porno *Talk Dirty to Me* defendía el sexo en grupo: «Es un tabú en todo el sentido de la palabra... Si los clubes sexuales hacen lo que están destinados a hacer, se producirá la caída, esto es, el desmoronamiento de los límites... El centro no aguantará». Debí preguntarme: ¿Y qué tiene eso de divertido?

Pero tenía que verlo con mis propios ojos. Así pues, el miércoles por la noche mi agenda marcaba dos acontecimientos: 21 horas, cena con el modisto Karl Lagerfeld, Bowery Bar; 23.30 horas, club Le Trapèze, 27 Este.

#### *Mujeres desordenadas; calcetines hasta la rodilla*

Al parecer a todo el mundo le gusta hablar de sexo, y la cena de Karl Lagerfeld, repleta de hermosas modelos y redactores de moda con los gastos pagados, no fue



una excepción. De hecho, nuestro extremo de la mesa estaba cada vez más animado. Una morena despampanante de pelo rizado y con esa actitud de estar de vuelta de todo que solo los veinteañeros son capaces de adoptar dijo que le gustaba ir a los bares de *topless*, pero solo a los locales sórdidos como Billy's Topless, porque allí las chicas eran «auténticas».

Entonces todo el mundo estuvo de acuerdo en que unos pechos pequeños eran preferibles a unos pechos falsos y se llevó a cabo una encuesta. ¿Quién, de los hombres de la mesa, se había acostado alguna vez con una mujer que llevara implantes de silicona? Aunque nadie lo reconoció, hubo un hombre, un pintor de treinta y pocos años, que no lo negó con suficiente firmeza.

—Tú sí —le acusó otro hombre, un importante hotelero con cara de querubín— y lo peor es que... te gustó.

—No me gustó —protestó el pintor—, pero no me importó.

Por fortuna, llegó el primer plato y todo el mundo se sirvió vino.

Segundo asalto: ¿Las mujeres desordenadas son mejores en la cama? El hotelero tenía una teoría:

—Si entras en el piso de una mujer y no hay nada fuera de su sitio, enseguida comprendes que no querrá pasarse el día en la cama ni encargarse de la comida china para engullirla entre las sábanas. Sabes que te obligará a levantarte y a comer tostadas en la mesa de la cocina.

No supe qué responder, porque yo soy, literalmente, la persona más desordenada del mundo. Y es probable que en estos momentos haya más de una caja de cartón con restos de pollo agrídulce debajo de mi cama. Lo malo es que ese pollo me lo comí sola.

Sirvieron la carne.

—Lo que de verdad me excita —dijo el pintor— es una mujer con falda escocesa y calcetines hasta la rodilla. Si la veo no puedo trabajar en todo el día.

—Lo peor —replicó el hotelero— es seguir a una mujer por la calle y descubrir, cuando se vuelve, que es tan hermosa como la habías imaginado. Representa todo aquello que nunca tendrás en la vida.

El pintor se inclinó hacia delante.

—Una vez dejé de trabajar durante cinco años por causa de una mujer —dijo.

Llegó la crema de chocolate y también mi cita con Le Trapèze. Puesto que solo aceptaban parejas mixtas, había pedido a Sam, mi último ex ligue, que me acompañara. Era la mejor elección, en primer lugar porque fue el único hombre que aceptó acompañarme y, en segundo lugar, porque él ya tenía experiencia en estas cosas. Hace un millón de años fue a Plato's Retreat. Una desconocida se le acercó y le agarró lo innombrable. Su novia, que había tenido la idea de ir allí, salió gritando del local.

La conversación se desvió hacia lo inevitable: ¿Qué clase de gente frecuenta los clubes de sexo? Yo parecía ser la única que lo ignoraba. Aunque nadie había estado en ninguno, todos afirmaron que los clientes de los clubes de sexo eran «perdedores de Nueva Jersey». Alguien dijo que no podías ir a un club de sexo sin una buena excusa, por ejemplo, exigencias del trabajo. La charla no me estaba haciendo ningún



bien. Pedí al camarero un chupito de tequila.

Sam y yo nos levantamos. Un escritor que escribe sobre cultura popular nos dio un último consejo:

—Será bastante desagradable —dijo, pese a no haber pisado en su vida un club de sexo—, a menos que os hagáis con el control. Tenéis que haceros con el control del lugar.

### *La noche de los muertos sexuales vivientes*

Le Trapèze se hallaba en un edificio blanco cubierto de grafiti. La discreta entrada tenía una barandilla redonda de metal, versión chabacana de la entrada del hotel Royalton. Justo cuando nos disponíamos a entrar salía una pareja. La mujer, al vernos, se cubrió la cara con el cuello del abrigo.

—¿Es divertido? —pregunté.

Me miró horrorizada y corrió hacia un taxi.

Dentro del local, sentado en una pequeña cabina, había un joven con una camiseta de rugby. Aparentaba unos dieciocho años. No levantó la vista.

—¿Te pagamos a ti?

—Ochenta y cinco dólares por pareja.

—¿Aceptas tarjeta de crédito?

—No.

—¿Puedes darme un recibo?

—No.

Tuvimos que firmar sendos cartones donde jurábamos que cumpliríamos las normas sobre sexo seguro. Acto seguido, nos entregaron unas tarjetas de socio donde se nos recordaba que estaban prohibidas la prostitución, las cámaras y las grabadoras.

Yo esperaba encontrarme con una actividad sexual humeante, pero lo único que echaba humo era la mesa del mencionado bufé. No había nadie comiendo. Un letrero advertía que para comer es obligatorio ir vestido de cintura para abajo. Luego vimos a Bob, el director, un hombre corpulento con barba, camisa a cuadros y téjanos, que igual podría dirigir una tienda de animales en Vermont. Bob nos dijo que el club había sobrevivido durante quince años gracias a su discreción. Nos dijo que no nos preocupáramos si hacíamos de mirones porque así era como empezaba la mayoría de la gente.

¿Qué vimos? Pues una gran sala con una enorme colchoneta donde algunas parejas borrosas se lo estaban montando. Había una «silla del sexo» (desocupada) que parecía una araña y una mujer regordeta, vestida con un albornoz, sentada junto al jacuzzi, fumando. Había parejas con los ojos vidriosos (La noche de los muertos sexuales vivientes, pensé). Y muchos hombres con dificultades para estar a la altura. Pero sobre todo, estaba ese maldito bufé humeante (¿qué contenía?, ¿mini perritos calientes?). Desgraciadamente, poco más hay para contar.

Le Trapèze era, en definitiva, un timo.

A la una de la madrugada la gente ya empezaba a irse. Una mujer nos dijo que



era del condado de Nassau y que deberíamos volver el sábado por la noche.

—El sábado —dijo— hay «smorgasbord».

No le pregunté si se refería a la clientela. Temía que se refiriera al bufé.

### *Conversación indecente en Mortimers*

Dos días después me hallaba en una comida de mujeres en Mortimers. Una vez más la charla desembocó en el sexo y mi experiencia en Le Trapèze.

—¿No te gustó? —preguntó Charlotte, la periodista inglesa—. Me encantaría ir a uno de esos clubes. ¿No te puso caliente ver a toda esa gente haciéndolo?

—No —respondí mientras me llevaba a la boca un buñuelo de maíz cubierto de huevas de salmón.

—¿Por qué no?

—Apenas se veía nada —expliqué.

—¿Y los hombres?

—Eso fue lo peor —dije—. La mitad de ellos parecían psiquiatras. Nunca más podré acudir a una terapia sin imaginarme a un gordinflón barbudo y con gafas, desnudo, tumbado en una colchoneta, incapaz de correrse pese a la mamada que llevan haciéndole desde hace una hora.

Sí, dije a Charlotte, nos desnudamos, pero llevábamos puesta una toalla. No, no lo hicimos. No, no me excité, ni siquiera cuando una morenaza de 35 años entró en el corro y armó un revuelo. Tras exhibir su culo como un chimpancé, desapareció en una maraña de brazos y piernas. Debería haber resultado excitante, pero yo solo podía pensar en esos documentales de *National Geographic* sobre mandriles apareándose.

Lo cierto es que el exhibicionismo y el voyeurismo no están de moda. Y, la verdad, tampoco el sadomasoquismo, por mucho que se escriba sobre el tema últimamente. El problema en los clubes suele ser la gente. A ellos acuden actrices en paro, cantantes de ópera, pintores y escritores fracasados, gerentes que nunca subirán de categoría. Gente que, si consiguen acorralar a alguien en un bar, le mantendrán secuestrado con historias sobre su esposa y sus problemas digestivos. Es la gente que no participa del pastel. Gente que permanece en la periferia, tanto del sexo como de la vida. No son exactamente las personas con quien querrías compartir tus fantasías más íntimas.

Bueno, no todas las personas de Le Trapèze eran muertos vivientes blancuzcos y gordinflones. Antes de partir, Sam y yo tropezamos en el guardarropa con la mujer alta que había recibido tanta atención y su pareja. El hombre tenía un rostro distinguido, muy americano, y era muy hablador. Vivía en Manhattan, dijo, y acababa de abrir su propio negocio. Él y la mujer habían sido compañeros de trabajo. Mientras ella se ponía una chaqueta amarilla, el hombre sonrió y dijo:

—Esta noche ha hecho realidad su fantasía.

La mujer le lanzó una mirada asesina y se alejó con paso airado.

Unos días más tarde Sam me telefoneó y yo lo puse de vuelta y media. Luego me dijo que ir allí había sido idea mía.



Me preguntó si había aprendido algo.

Le dije que sí. Le dije que había aprendido que, cuando se trata de sexo, no hay nada como el dulce hogar.

Pero eso ya lo sabías, ¿no?, me dijo.



### 3.

#### *Amábamos a un pretendiente en serie*

Siete mujeres se reunieron una tarde en Manhattan para, acompañadas de vino, queso y cigarrillos, hablar de lo único que tenían en común: un hombre. Concretamente un buen partido de Manhattan al que llamaremos «Tom Peri».

Tom Peri tiene 43 años, mide un metro setenta y siete, es moreno y tiene el pelo lacio. No hay nada extraordinario en su aspecto físico, de no ser por su ancestral gusto por los trajes negros de Armani y los tirantes. Proviene de una familia empresaria acomodada y creció en la Quinta Avenida y en Bedford. Vive en un moderno rascacielos de la Quinta Avenida.

Durante los últimos quince años Peri, así le llama casi todo el mundo, se ha convertido en una especie de leyenda en Nueva York. No es lo que se dice un mujeriego porque siempre está intentando casarse. Peri es, en realidad, uno de los amantes en serie más experimentado de la ciudad, pues ha llegado a tener hasta doce relaciones por año. A los dos días o dos meses, sin embargo, sucede lo inevitable. Algo se tuerce y, dice Peri, «me dejan».

Para cierto tipo de mujer —treintañera, ambiciosa, buena posición social— salir con Peri o esquivarle constituye un rito de aceptación, algo así como tu primer viaje en limusina y tu primer robo, juntos.

Peri destaca incluso entre los demás partidos célebres de Manhattan. Por lo pronto, parece contar con menos cartas en la manga. No tiene ni la belleza distinguida del conde Erik Wachtmeister ni la cuenta bancaria de Mort Zuckerman.

Yo quería saber qué tenía Peri de especial.

Todas las mujeres con las que hablé habían tenido una relación con Peri —ya fuera íntima o como objeto de su más ardiente devoción— y todas afirmaron que le habían dejado. Todas aceptaron reunirse conmigo para hablar de Peri. Puede que cada una de ellas tuviera algo pendiente con él. Tal vez querían recuperarle. Tal vez lo querían muerto.

#### *«Como Daryl Van Home»*

Quedamos en casa de Sarah, cineasta y modelo «hasta que me harté de tanta tontería y engordé diez kilos». Vestía un traje oscuro a rayas.

—Cuando recorro la lista de los tíos con que he salido, Peri es el único que carece de sentido —dijo—. Entonces me pregunto qué veía en él.

Pero antes de llegar a la parte más interesante, salió a la luz algo inquietante. Todas esas mujeres llevaban meses sin saber nada de Peri, y sin embargo esa mañana había telefoneado a cuatro.





—Probablemente solo sea una coincidencia —dijo Magda, que había sido amiga de Peri durante años. A decir verdad, casi todas las amigas de Magda habían sido novias de Peri y las había conocido a través de él.

—Lo sabe todo de nosotras —explicó una mujer—. Se parece a Daryl Van Horne en *Las brujas de Eastwick*.

—Más bien Van Horne se parece a Peri —dijo otra.

Descorchamos el vino.

—Peri resulta encantador al principio porque es elocuente y divertido, y siempre está disponible porque no trabaja —dijo Sarah—. No hay nada tan entretenido como un tipo que te propone ir a comer y luego, cuando sales de trabajar, ir a tomar unos cócteles. ¿Cuándo fue la última vez que salisteis con un hombre que quería veros tres veces al día?

—La palabra «cóctel» suena muy anticuada —dijo Magda—. Me recuerda a Katharine Hepburn y Cary Grant.

Jackie, redactora de una revista, dijo:

—Empezamos a salir nada más conocernos. Nos veíamos cinco noches a la semana. No me dejaba sola ni un minuto.

—Es muy listo, porque te telefonea constantemente —explicó Sarah—. La mujer que recibe a diario diez llamadas de Peri enseguida piensa que lo tiene coladito y empieza a pasar por alto su ridículo aspecto.

—Pero luego empiezas a fijarte en los tirantes y piensas «madre mía» —dijo Maeve, una poetisa medio irlandesa.

—Y te das cuenta de que tampoco es gracioso —prosiguió Sarah—. Tiene una buena lista de chistes, pero después de oírlos mil veces resultan irritantes. Es como si se pusiera una soga al cuello y fuera tirando de ella.

—A mí me dijo que era la única chica que no se reía con sus chistes —comentó Maeve.

—Y luego vas a su piso. Tiene veinticinco porteros. ¿Para qué, digo yo?

—Una vez me enseñó unos aros de servilleta que acababa de comprar. Tenían forma de esposas. Así era como pensaba que iba a seducir a una chica, con aros de servilleta.

### ***Primera cita: 44***

¿Cómo empieza todo?

La historia de Jackie era típica:

—Estaba esperando mesa en Blue Ribbon cuando Peri se acercó y empezó a hablarme. Enseguida me hizo reír. Pensé: Caray, estamos conectando, pero seguro que no volveré a saber de él.

Las demás mujeres asintieron con la cabeza. Después de todo, ¿no hemos pasado todas por eso?

—Al día siguiente me telefoneó a las ocho de la mañana —continuó Jackie—. «¿Quieres que almorcemos juntos?», me preguntó. Y me propuso comer en el 44.

Sapphire, una rubia divorciada, se echó a reír.





—A mí no me llevó al 44 hasta la segunda cita.

—Cuando todavía crees que es divertido y agudo, te propone pasar el fin de semana fuera de la ciudad —dijo Jackie.

—Al décimo día me pidió que me casara con él —explicó Sarah—. Demasiado pronto incluso para Peri.

—Me llevó a cenar a casa de sus padres en nuestra tercera cita —dijo Britta, una morena alta y esbelta, fotógrafa y ahora felizmente casada—. Solo estábamos nosotros, sus padres y el mayordomo. Recuerdo que al día siguiente me senté en su cama y me enseñó unos vídeos de cuando era niño. Estaba suplicándome que me casara con él. Estaba diciendo: «Ves, puedo ser un tipo serio». Y luego encargó una porquería de comida china. ¿Casarme contigo? ¿Te has fumado un porro?

Ramona suspiró.

—Yo acababa de cortar con alguien y estaba muy afligida. Peri siempre estaba disponible.

He aquí el primer patrón que se repite. Las mujeres que habían salido con Peri acababan de dejar a sus maridos o novios cuando él las encontró. ¿O fueron ellas quienes le encontraron a él?

—Peri es un sustituto —aseguró Sarah—. Parece que diga: «Perdona, ¿estás destrozada? Salgamos juntos».

—Es un *Mayflower* emocional —dijo Maeve—. Lleva a las mujeres del punto A al punto B. Llegas a Plymouth Rock sintiéndote mucho mejor.

Su punto fuerte era su capacidad para ponerse en la piel de las mujeres. Más de una comentó que parecía una chica.

—Lee más revistas de moda que una mujer —dijo Sapphire— y se muestra mucho más dispuesto a resolver tus problemas que los suyos.

—Es un hombre sumamente seguro de sí mismo —continuó Maeve—. Los tipos que se muestran como unos inútiles que no pueden encontrar ni sus calcetines cometen un error. Peri te dice que es todo firmeza y te pide que te apoyes en él. Y tú piensas «¡Qué alivio!». Es lo que todas las mujeres quieren, pero pocos hombres lo comprenden. Al menos Peri es lo bastante listo para fingir que lo entiende.

Luego estaba el sexo.

—En la cama es imponente —dijo Sarah.

—Es un gran actor —opinó Sapphire.

—¿Te pareció imponente? —preguntó Jackie—. A mí me pareció horrible. ¿Podemos hablar de sus pies, si no os importa?

Hasta ahora Peri parecía poseer las dos cualidades que más atraen al sexo femenino: poder hablar y sentir como una mujer y saber comportarse como un hombre en la cama. Por tanto, ¿dónde estaba el fallo?

### *Peri: la talla importa*

—El caso es que mientras estés totalmente estresada y neurótica —dijo Maeve—, Peri es genial. Pero en cuanto ha resuelto todos tus problemas, él pasa a ser el problema.



—Se vuelve increíblemente mezquino —aseguró una mujer, y las demás asintieron.

—Una vez —dijo Jackie—, cuando le dije que tenía la talla ocho, me contestó: «Y un cuerno. Tú tienes, como mínimo, una diez. Sé cómo es una talla ocho y tú, créeme, no cabrías en ella».

—Se pasaba el día diciéndome que me sobraban ocho kilos —dijo Sarah—, y hacía años que no estaba tan delgada.

—Cuando un hombre dice a una mujer que debe perder peso, lo que quiere es desviar la atención de ciertas zonas tuyas que no dan la talla —añadió secamente alguien.

Maeve recordaba un viaje a Sun Valley.

—Peri lo preparó todo a la perfección. Compró los billetes y reservó la cabaña. íbamos a pasarlo genial.

Pero empezaron a pelearse en la limusina que los trasladaría al aeropuerto porque querían sentarse en el mismo lado. Una vez en el avión, la azafata tuvo que separarles.

—Para entonces estábamos discutiendo sobre quién respiraba más aire —prosiguió Maeve. Se pelearon en las pistas de esquí y al segundo día Maeve hizo las maletas—. Peri dijo: «Ja, ja, ja, hay ventisca y no podrás despegar». Yo le dije: «Ja, ja, ja, me voy en autobús».

Un mes más tarde Maeve volvió con su marido. No era algo inusual. Muchas mujeres acababan dejando a Peri para volver con el hombre del que se habían separado.

Pero no por eso Peri desaparecía del mapa.

—Enviaba faxes y cartas y hacía cientos de llamadas —explicó Sapphire—. Era una situación dolorosa. Peri tiene un gran corazón y algún día será un gran hombre.

—Yo conservé todas sus cartas —dijo Sarah—. Eran muy conmovedoras. Podía ver las vetas de sus lágrimas en el papel. —Salió de la sala y regresó con una carta—. «No me debes tu amor —leyó en voz alta—, pero espero que tengas el valor de dar un paso al frente y abrazar el mío. No te envío flores porque no quiero compartir ni degradar tu amor con objetos que no son de mi creación.» —Sarah sonrió.

### *Vamos a casarnos*

Las mujeres aseguraron que la vida les había sonreído después de su relación con Peri. Jackie salía con su preparador físico; Magda había publicado su primera novela; Ramona estaba casada y embarazada; Maeve había abierto un café; Sapphire había redescubierto un viejo amor; Sarah dijo que estaba contenta persiguiendo a un bombón de veintisiete años.

En cuanto a Peri, se había trasladado a Europa en busca de nuevas casaderas. Una de sus ex había oído que una inglesa le había dejado porque, en realidad, aspiraba a casarse con un duque.

—Siempre se equivoca de mujer —dijo Sapphire.

Hace seis meses Peri visitó Nueva York e invitó a Sarah a cenar.



—Cogió mi mano entre las suyas mientras le decía a su amigo que yo era la única mujer que había amado. Fui a su apartamento a tomar una copa por los viejos tiempos y me pidió que me casara con él. Lo dijo con tanta seriedad que no pude creerlo. Pensaba que mentía, así que decidí torturarlo.

—Me dijo: «No quiero que salgas con otros hombres, y yo no saldré con otras mujeres» —prosiguió Sarah—. Le dije que vale, mientras por dentro pensaba cómo íbamos a hacerlo si él vivía en Europa y yo en Nueva York. Al día siguiente me llamó y dijo: «Te das cuenta de que ahora eres mi novia, ¿verdad?». Y yo le contesté: «Desde luego, Peri. Es genial».

Regresó a Europa y ella olvidó por completo el asunto. Una mañana que estaba en la cama con un novio nuevo, Peri le telefoneó. Mientras Sarah hablaba con Peri, el novio le preguntó en voz alta si quería café. Peri se puso furioso.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

—Un amigo —respondió Sarah.

—¿A las diez de la mañana? ¿Te estás acostando con otro hombre? ¿Vamos a casarnos y te *estás* acostando con otro hombre?

Colgó, pero una semana más tarde volvió a llamar.

—¿Estás preparada? —preguntó.

—¿Para qué? —dijo Sarah.

—Vamos a casarnos, ¿no lo recuerdas? Supongo que no estás saliendo con nadie, ¿verdad?

—Escucha, Peri, no veo ningún anillo en mi dedo —dijo Sarah—. ¿Qué te parece si envías a un mensajero a Harry Winston para que elija uno y luego hablamos?

Peri nunca llamó a Harry Winston y tampoco volvió a telefonar a Sarah, quien admitió que le echaba de menos.

—Le adoro —reconoció—. Me da mucha pena porque es un desastre.

Fuera oscurecía pero nadie quería marcharse. Todas deseaban quedarse y soñar con la idea de un hombre como Tom Peri que no fuera Tom Peri.



#### 4.

### *Matrimonio en Manhattan: Mujeres sin casar, solteros tóxicos*

Almuerzo el otro día. Cotilleo cruel con un hombre que acababa de conocer. Estábamos hablando de amigos comunes. Él conocía al marido, yo conocía a la esposa. Yo nunca había visto al marido y hacía años que no veía a la esposa (salvo en algún encuentro fortuito por la calle), pero, como siempre, lo sabía todo sobre ellos.

—Terminará mal —dije;—. Él era un ingenuo, un infeliz llegado de Boston que no sabía nada de ella, y ella no dejó escapar la oportunidad. Se había acostado con tantos hombres de Nueva York que su reputación la perseguía. Ningún neoyorquino se habría casado con ella.

Ataqué mi pollo frito como calentamiento.

—Las neoyorquinas saben cuándo les ha llegado el momento de casarse y se casan. Tal vez porque se han acostado con demasiados tíos, o porque intuyen que nunca triunfarán en su profesión o porque quieren hijos. Intentan retrasar el momento al máximo, pero cuando llega, si no lo cogen... —me encogí de hombros— están acabadas. Es probable que ya nunca logren casarse.

El otro hombre de la mesa, un hijo de papá que vivía en Westchester, nos miraba horrorizado.

—Pero ¿y el amor? —preguntó. Le miré compasivamente.

—No, gracias.

A la hora de buscar cónyuge, Nueva York tiene sus propios ritos. Son particularmente crueles y tan complicados y sofisticados como los de la novela de Edith Wharton. Todo el mundo conoce las reglas pero nadie quiere hablar de ellas. Como consecuencia, Nueva York ha generado un tipo especial de mujer soltera: inteligente, atractiva y triunfadora. Está entre los treinta largos y los cuarenta y pocos, y es muy probable que nunca se case.

No estamos hablando de estadísticas. Ni de excepciones. Todos conocemos la historia del famoso dramaturgo que se casó con la bella diseñadora de moda un par de años mayor que él. Pero si la mujer es guapa, rica, famosa y «conoce a todo el mundo», las reglas no le afectan. Sin embargo, ¿qué les ocurre a las mujeres que tienen cuarenta años, son guapas, productoras de televisión o directoras de su propia agencia de relaciones públicas, pero todavía viven en un estudio y duermen en un sofá cama, como unas Mary Tyler Moore de los noventa que, a diferencia de ella, se han acostado con todos esos tíos en lugar de echarles recatadamente a las doce y un minuto de la noche? ¿Qué es de esas mujeres?

Hay miles, quizá decenas de miles de mujeres así en Manhattan. Todos conocemos a muchas de ellas y todos estamos de acuerdo en que son geniales.



Viajan, pagan sus impuestos y se gastan cuatrocientos dólares en unas sandalias de Manolo Blahnik.

—Esas mujeres no tienen nada de malo —dijo Jerry, abogado de 39 años que se casó con una de esas mujeres inteligentes y tres años mayor que él—. No son unas chifladas ni unas neuróticas. —Hizo una pausa—. ¿Por qué conozco a tantas solteras geniales y no puedo decir lo mismo de los solteros? Aceptémoslo, los solteros de Nueva York son gilipollas.

### *El M&Ms*

—Hay toda una gama de posibilidades de matrimonio para las neoyorquinas —dijo Jerry—, siempre y cuando tengan entre veintiséis y treinta y cinco años, quizá treinta y seis.

Estuvimos de acuerdo en que si una mujer ha estado casada una vez, siempre puede casarse una segunda vez. Es una cuestión de saber cerrar el trato.

—Pero de repente, cuando la mujer llega a los treinta y siete o treinta y ocho, lleva demasiado tiempo rondando y su pasado la perjudica. Si yo fuera soltero y descubriera que una mujer ha salido con el editor Mort Zuckerman o «Marvin», el M&Ms, pasaría de ella. ¿Quién quiere ser el vigésimo en la lista? Y ya no te cuento si mencionan hijos o centros de desintoxicación.

Jerry contó una historia. El verano pasado asistía a una cena en los Hamptons. Los invitados eran gente de la televisión y el cine. Él y su mujer estaban intentando unir a una ex modelo de cuarenta años con un tipo que acababa de divorciarse. Estaban charlando cuando, de repente, Mort Zuckerman surgió en la conversación, luego Marvin, y de repente Jerry y su esposa vieron que el hombre desconectaba.

—Hay una lista de solteros tóxicos en Nueva York —dijo Jerry—. Son mortales.

Más tarde le conté la historia a Anna, una mujer de 36 años que siempre disiente de lo que los hombres dicen. Todos los hombres quieren acostarse con ella y Anna se pasa el día pegándoles la bronca por frívolos. Ella ha salido con M&Ms y conoce a Jerry. Cuando le conté la conversación, soltó un grito.

—Lo que a Jerry le pasa es que tiene envidia. Le gustaría ser como esos tíos, pero no tiene el dinero ni el poder necesarios. Si rascas un poco verás que todos los neoyorquinos quieren ser como Mort Zuckerman.

George, 37 años, es un inversor que también ve un problema en los solteros tóxicos.

—Los tipos como el cirujano plástico, el director del *Times* o el lunático que posee las clínicas de fertilización salen con la misma remesa de mujeres y no llegan a ningún lado. Si yo conociera a una mujer que ha salido con esos hombres, no me haría gracia.

### *¿Hijos o lencería?*

—Si eres Diane Sawyer, siempre tendrás la posibilidad de casarte —dijo George—. Pero incluso las mujeres más sobresalientes pueden perder el tren. El



problema es que en Nueva York la gente se encierra en grupos cada vez más reducidos. Estamos tratando con gente muy privilegiada que tiene el listón muy alto. Y luego están los amigos. Fíjate en tu caso. Los hombres con los que has salido no tienen nada de malo, pero siempre te los ponemos verdes.

Era cierto. Todos mis novios han sido maravillosos a su manera, pero mis amigos siempre les encontraban fallos, y me pegaban la bronca por soportar defectos que, en mi opinión, eran disculpables. Ahora estaba por fin sola y todos mis amigos contentos.

Dos días después vi a George en una fiesta.

—El problema son los hijos —dijo—. Si quiero casarme es para tener hijos, y no quiero tenerlos con una mujer mayor de treinta y cinco años porque entonces he de tenerlos enseguida.

Decidí preguntar a Peter, un escritor de 42 años con quien había salido en dos ocasiones. Estuvo de acuerdo con George.

—Es una cuestión biológica —dijo—. No puedes comprender el inmenso atractivo inicial que tiene una mujer en sus años fértiles. Una mujer de, digamos, cuarenta años, lo tiene más difícil porque el hombre no sentirá esa fuerte atracción inicial. Ha de salir con ella varias veces antes de querer acostarse, e incluso entonces es diferente.

¿Lencería sexy, quizá?

—Creo que la soltería de las mujeres maduras es el principal problema de Nueva York —dijo Peter. Y, pensativamente, añadió—: Mortifica a muchas mujeres pero ellas se niegan a reconocerlo.

Peter contó la historia de una amiga suya de 41 años. La mujer siempre salía con hombres muy atractivos para pasar un buen rato. Entonces empezó a salir con un tío de 20 años que se burlaba de ella despiadadamente. Luego salió con un hombre de su edad, muy atractivo también, que la dejó, y de repente ya no fue capaz de salir con nadie. Sufrió una crisis nerviosa y tuvo que dejar el trabajo e irse a vivir a Iowa, a casa de su madre. Eso supera la peor de las pesadillas femeninas, y sin embargo no es una historia que conmueva a los hombres.

### *La versión de Roger*

Roger se hallaba en un restaurante del Upper East Side, de buen humor y bebiendo vino tinto. Tiene 39 años, dirige su propio fondo de inversión y vive en un piso de Park Avenue. Estaba pensando en lo que yo denomino el trasvase de poder de los 35.

—Cuando los hombres tienen entre veinte y treinta y cinco años, las mujeres controlan la relación —explicó Roger—. Luego, cuando se convierten en solteros de treinta y seis años para arriba, las mujeres se les echan encima.

En otras palabras, el hombre se hace súbitamente con el poder. Puede ocurrir de un día para otro. Roger dijo que esa noche había estado en una fiesta donde había siete mujeres solteras de entre 35 y 38 años, todas rubias, todas del Upper West Side, todas de negro y a cual más ocurrente.





—Para las mujeres, el problema es la mezcla de desesperación y el hecho de estar alcanzando la madurez sexual. Es una mezcla muy volátil. En sus ojos ves el deseo de posesión a cualquier precio junto con un respeto saludable por el dinero contante y sonante. Lo peor es que esas mujeres son, en su mayoría, realmente interesantes, pues no se casaron simplemente porque había que casarse. Pero cuando un hombre ve esa mirada en sus ojos, ¿cómo puede sentir pasión?

Vuelvo a Peter, que estaba delirando con Alec Baldwin.

—El problema son las aspiraciones. Las mujeres maduras no quieren conformarse con lo que hay. Si no pueden encontrar hombres atractivos y vitales, prefieren estar solas. No, no me dan pena las personas que quieren más de lo que pueden ofrecer. Me dan pena los perdedores que esas mujeres no se dignan ni mirar. Ellas quieren a Alec Baldwin. No hay una sola mujer en Nueva York que no haya rechazado al menos a diez hombres encantadores y cariñosos porque estaban demasiado gordos o no eran lo bastante poderosos o lo bastante ricos o lo bastante indiferentes. Pero esos hombres tan seductores para los que se reservan están interesados en chicas de veinticinco años.

Para entonces Peter estaba hablando a gritos.

—¿Por qué esas mujeres no se casan con un hombre gordo? ¿Por qué no se casan con una enorme cuba de grasa?

### *Buenos amigos, malos maridos*

Se lo pregunté a Charlotte, la periodista inglesa.

—Yo te diré por qué —dijo—. Yo he salido con algunos hombres bajos, gordos y feos, pero son tan desagradados y egocéntricos como los tipos atractivos. Cuando una mujer cumple treinta y cinco años, se pregunta: ¿Por qué demonios tengo que casarme?

Explicó que acababa de rechazar una cita con un banquero de 41 años bien parecido y recién divorciado, porque la tenía demasiado pequeña.

—Como el dedo índice —suspiró.

Luego me telefoneó Sarah. Acababa de obtener dinero para hacer su primera película independiente y estaba feliz.

—Esa creencia de que las mujeres no consiguen casarse me parece mezquina. Si una mujer quiere pescar a un tipo, solo tiene que cerrar la boca y estar de acuerdo con todo lo que él dice.

Por suerte, mi amiga Amalita me telefoneó y me sacó de dudas. Me explicó por qué muchas mujeres estupendas están solas y no demasiado contentas con su soltería, pero tampoco desesperadas.

—Verás, cariño —trinó. Estaba de buen humor porque la noche anterior se había acostado con un estudiante de derecho de 24 años—. Todo el mundo sabe que los hombres de Nueva York son geniales como amigos pero terribles como maridos. En Sudamérica, de donde soy, tenemos un dicho: «Más vale sola que mal acompañada».



## 5.

### *Os presento a los hombres que se acuestan con las modelos*

Cuando Gregory Roque, el cineasta, entró en el Bowery el viernes por la noche, se produjo un ligero revuelo. Autor de películas tan polémicas como *G.R.F.* (Gerald Rudolph Ford) y *The Monkees*, el señor Roque vestía una vieja americana de tweed y caminaba cabizbajo. Le rodeaban seis modelos de una conocida agencia. Todas eran neófitas, menores de 21 años (dos de ellas de 16) y la mayoría no había visto ninguna película del señor Roque y tampoco les importaba.

Funcionando como dos remolcadores para mantener al grupo en movimiento e intacto, había dos cazamodelos, Jack y Ben. Inversores independientes de treinta y pocos años, poseían rasgos ordinarios salvo por los dientes saltones de uno y el pelo erizado del otro.

A primera vista parecía un grupo feliz. Las chicas sonreían. El señor Roque se sentó a una mesa flanqueado por sus bellezas, y los dos jóvenes tomaron asiento en las sillas del pasillo para espantar a los intrusos que intentaran hablar con el cineasta o, peor aún, birlarle una de las chicas.

El señor Roque se inclinaba hacia las modelos y cruzaba con ellas algunas palabras. Los hombres estaban muy animados, mas no era oro cuanto relucía. Si observabas detenidamente a las chicas, podías ver el aburrimiento tirando de sus caras como los años. No tenían nada que decir al señor Roque ni nada que decirse unas a otras. Pero todas tenían un trabajo que desempeñar y eso hacían. Así que los miembros del grupo permanecieron sentados, mostrándose encantadores, y al cabo de un rato regresaron a la limusina del señor Roque y fueron a Tunnel, donde el cineasta bailó sosamente con una de las chicas hasta que se dio cuenta de que se aburría como una ostra y volvió a casa solo. Las chicas se quedaron un rato y consumieron drogas. Luego Jack, el del pelo erizado, agarró a una de ellas, la llamó «zorra estúpida» y se la llevó a casa. Le dio más droga y ella le hizo una mamada.

Tales escenas se repiten todas las noches en los restaurantes y clubes de Nueva York. Allí siempre es fácil encontrar a las modelos de turno que acuden en bandadas a la ciudad, y a sus ayudantes, hombres como Jack y Ben, que prácticamente convierten en una profesión el hecho de ganarse la confianza de las chicas, cenar con ellas y, con mayor o menor éxito, seducirlas. Os presento a los cazamodelos.

Los cazamodelos son, de por sí, una especie. Van un paso por delante de los mujeriegos, es decir, los hombres que se acuestan con todo lo que lleve faldas. Los cazamodelos no están obsesionados con las mujeres sino con las modelos. Aman su belleza y detestan todo lo demás.

—Su estupidez, su fragilidad, su falta de valores, su equipaje —dice Jack.





Los cazamodelos viven en una suerte de universo paralelo con planetas propios (Nobu, Bowery Bar, Tabac, Flowers, Tunnel, Expo, Metropolis), satélites (apartamentos, muchos cerca de Union Square, que las grandes agencias alquilan para las modelos) y diosas (Naomi, Christy, Elle, Bridget).

Bienvenidos a su mundo. Su feo mundo.

### *Los cazamodelos*

No cualquier hombre puede ser un cazamodelos.

—Para conseguir modelos has de ser rico, guapo y/o artista —explica Barkley, un pintor joven y prometedor.

Tiene una cara como la de un ángel de Botticelli y un cabello rubio cortado a lo paje. Está sentado en su *loft* del Soho, el cual, como el resto de sus gastos, paga su padre, un magnate de las perchas de Mineápolis. Barkley lo acepta de buena gana, pues ser cazamodelos no sale barato. Están las copas, las cenas, los taxis y las drogas, casi siempre marihuana pero de vez en cuando heroína y cocaína. El oficio de cazamodelos también exige tiempo, mucho tiempo. Los padres de Barkley creen que su hijo está pintando, pero en realidad está demasiado ocupado planificando sus salidas con las modelos.

—La verdad es que este asunto de las modelos me aturde un poco —dice Barkley. Se pasea por su estudio con pantalones de cuero y el torso desnudo. Acaba de lavarse el cabello y tiene tres pelos en el pecho. Las modelos lo encuentran guapo y simpático. Lo adoran—. Hay que tratarlas como chicas normales. —Enciende un cigarrillo—. Si no tienes el valor de entrar en un local e ir directo a la chica más guapa, estás acabado. Es como si te rodeara una manada de perros y tuvieras que esconder el miedo.

Suena el teléfono. Hannah. Está haciendo un anuncio en Amsterdam. Barkley conecta el altavoz. Está sola y ha fumado un porro.

—Te echo de menos —gime. La voz es como una serpiente que intenta salir de su propia piel—. Si estuvieras aquí ahora mismo me introduciría tu campanita hasta la garganta. Hum, cómo me gusta.

—¿Qué te decía? —Barkley se mesa el pelo y enciende un canuto—. Estoy fumando contigo, baby.

Coerte Felske, autor de *Shallow man*, una novela acerca de un hombre que persigue a las modelos, dice:

—Hay dos clases de cazamodelos: los que lo consiguen y los que no.

Por encima de los cazamodelos están los supercazamodelos, esto es, los que se pasean con modelos como Elle Macpherson, Bridget Hall y Naomi Campbell.

—Esos tipos acuden a los lugares donde se congregan las modelos, ya sea París, Milán o Roma —explica Felske—. Tienen una posición en el mundo de la pasarela. Pueden elegir a las modelos. Las usan y luego las tiran.

Pero no todos los cazamodelos son de altos vuelos. En Manhattan, escala obligatoria para las modelos en ciernes, el simple hecho de ser rico puede bastar. Es el ejemplo de George y su socio Charlie. Todas las noches George y Charlie sacan a



cenar a un grupo de modelos. A veces hay hasta doce chicas.

George y Charlie podrían ser medio europeos o incluso medio orientales, pero en realidad son de Nueva Jersey. Poseen negocios de importación y exportación y aunque ninguno de los dos tiene todavía los treinta, cada uno vale varios millones de dólares.

—Charlie nunca se tira a las modelos —dice George entre risas mientras gira en su sillón de cuero, detrás del escritorio de caoba de su despacho. El suelo está cubierto de alfombras orientales y de las paredes cuelgan auténticas piezas de arte—. No le interesa. Para él es un deporte más.

—Para los cazamodelos las chicas no son más que trofeos —asegura Felske—. Tal vez porque se sienten poco atractivos o la ambición les ciega.

El año pasado George dejó embarazada a una modelo de 19 años. Se habían conocido cinco semanas antes. Ahora tienen un hijo de nueve meses. Él no quiere ni verla. Ella, por su parte, pide 4.500 dólares al mes para la manutención del niño, una póliza de vida de 500.000 dólares y un fondo de 50.000 dólares para la universidad del pequeño.

—¿No te parece un poco excesivo? —pregunta George.

Cuando sonrío, notas que el contorno superior de sus dientes está gris.

### *Las chicas de Wilhelmina*

¿Cómo consigue un hombre la posición de George?

—Las chicas viajan en tropel —explica Barkley—. Son grupos muy cerrados. Van juntas a todas partes y viven juntas en los pisos facilitados por las agencias. No se sienten seguras si no salen en manada. Eso intimida a los hombres. Por un lado resulta ventajoso, porque si hay veinte modelos en un mismo lugar, la que yo quiera no será la más guapa y, por tanto, tendré más probabilidades de éxito. Si solo hay una, por fuerza será la más guapa y ella lo sabrá. Si me acerco a un grupo de cuatro o cinco chicas y elijo a una, esta se creará mejor que las otras.

El primer paso es conocer a una de las chicas. La mejor forma de conseguirlo es a través de un amigo común.

—Una vez el cazamodelos recibe la aprobación de una chica —explica Felske—, deja de ser un tío normal.

Tres años atrás, George se encontró en un club con una chica que conocía del bachillerato y que salía con el *booker* de una agencia. A través de ella conoció a algunas modelos. Consumieron drogas y al final todos acabaron en el apartamento de las chicas. George tenía bastante material para mantenerlas contentas hasta las siete de la mañana. Coqueteó con una de ellas. Al día siguiente, la chica aceptó salir con él pero solo si sus amigas la acompañaban. George las invitó a cenar a todas.

—Fue el comienzo de mi obsesión —dice.

George conoce todos los apartamentos de modelos, los lugares donde, por quinientos dólares al mes, una principiante consigue dormir en una litera de un cuchitril de dos o tres dormitorios con otras cinco chicas. Pero los cazamodelos no pueden dormirse, porque las chicas entran y salen constantemente y es preciso



permanecer en contacto con, por lo menos, una de las muchachas del piso.

Las existencias, no obstante, nunca se acaban.

—Es muy fácil —dice George. Descuelga el teléfono y marca un número—.

Hola, ¿está Susan? —pregunta.

—Susan está en París.

—¡Vaya! —exclama decepcionado George—. Soy un viejo amigo suyo —en realidad, solo hace dos meses que la conoce— y acabo de regresar a la ciudad. Qué lástima. ¿Con quién hablo?

—Con Sabrina.

—Hola, Sabrina, soy George. —Charlan durante diez minutos—. Estábamos organizando una salida al Bowery esta noche. ¿Quieres apuntarte?

—Hummm, bueno, ¿por qué no? —dice Sabrina.

Casi puedes oír cómo George se besa el pulgar.

—¿Con quién estás? —pregunta George—. ¿Crees que tus amigas querrán apuntarse?

Luego cuelga.

—Cuando salimos es preferible que haya más tíos que tías —dice—. De lo contrario, a ellas les da por competir y se vuelven calladas. Si una chica está saliendo con un tío y se lo cuenta a sus amigas, puede ser un gran error. Ella cree que las chicas con que vive son sus amigas, pero en realidad solo son chicas que están en su misma situación. Las chicas intentan robarse los novios continuamente.

—Hay muchos bollicaos ahí fuera —dice Felske.

George afirma que tiene su propio método.

—En los apartamentos de modelos existe una jerarquía de disponibilidad sexual —explica—. Las chicas de Wilhelmina son las más fáciles. Willi suele recoger a chicas que crecieron en remolques o en el este de Londres. Elite tiene dos pisos, uno en la parte alta, en la calle Ochenta y seis, y otro en la parte baja, en la Dieciséis. Las mejores viven en el apartamento de la zona alta. Las chicas del piso de la zona baja son más «cordiales». Las modelos que viven con Eileen

Ford son intocables, sobre todo porque la criada de Eileen te cuelga el teléfono en las narices cuando llamas. Muchas chicas viven entre la calle Veintiocho y Union Square. Hay apartamentos en Zeckendorf Towers, la Veintidós y el sur de Park Avenue. Las modelos más veteranas, las que no paran de trabajar, viven en el East Side.

### *Vocabulario de los cazamodelos*

Cosa: modelo.

Civil: mujer que no es modelo.

—Siempre hablamos de lo difícil que es volver a las civiles —dice George—. Dejas de conocerlas o de hacer esfuerzos por conocerlas.

—Es más fácil llevarse una cosa a la cama que una civil —explica Sandy, un actor de ojos verdes y brillantes—. Las civiles esperan más de los tíos.



### *Análisis de las cosas*

Jueves por la noche en Barolo. Mark Baker, el restaurador y promotor, ofrece una de sus fiestas. Así es como funcionan. Los promotores están en contacto con las agencias. Las agencias saben que los promotores son dignos de confianza, que cuidarán de sus chicas y las entretendrán. Los promotores, por su parte, necesitan a los cazamodelos para sacar de casa a las chicas. Los promotores no siempre tienen dinero para invitarlas a cenar. Los cazamodelos sí. Alguien tiene que alimentarlas. Un cazamodelo conoce a alguien como el señor Roque. El señor Roque quiere chicas. Los cazamodelos quieren chicas y también quieren que se les vea con el señor Roque. Todos contentos.

Ese jueves por la noche, en la calle, el barullo es tremendo. La gente empuja para llamar la atención de un hombre alto de mirada malvada, que podría ser medio oriental y medio italiano. Dentro, el local rebosa de gente. Todo el mundo está bailando, todo el mundo es alto y guapo.

Hablo con una chica que adopta un falso acento europeo. Luego con una chica de Tennessee que acaba de regresar de su tierra.

—Llevaba pantalones acampanados y zapatos de plataforma y mi antiguo novio me dijo: «Carol Anne, ¿qué carajo llevas puesto?». Y yo le dije: «No estás en la onda, cariño. Esto es Nueva York».

Jack se acerca y empieza a hablar.

—Las modelos, aunque sean tontas, son muy manipuladoras. Existen tres categorías. La primera la forman las chicas nuevas que llegan a la ciudad. Suelen tener entre dieciséis y diecisiete años y salen mucho. No trabajan demasiado pero quieren estar ocupadas, necesitan conocer gente, por ejemplo, fotógrafos. La segunda categoría son las chicas que trabajan mucho. Tienen de veinte años para arriba y llevan en el negocio cinco años. Nunca salen, viajan mucho y apenas se las ve. La tercera categoría la forman las supermodelos. Buscan un auténtico pez gordo que pueda hacer algo por ellas. Están obsesionadas con el dinero, quizá porque tienen una profesión efímera. Jamás le echarían el ojo a un tipo que tuviera menos de veinte o treinta millones de dólares. Además, tienen complejo de «superchicas», es decir, solo salen con otras *top models*. A las demás modelos las ignoran o las critican.

—A los veintinueve años estas chicas ya tienen mucho bagaje —dice Jack—. Hijos, tíos impresentables con los que se han acostado. La mayoría procede de familias rotas o jodidas. Son guapas, pero al final no me dicen nada. Son jóvenes. Son incultas. Carecen de valores. Prefiero a las mayores. Tengo que encontrar a una sin bagaje, y en eso estoy.

### *Si consigues una, las consigues todas*

—El truco está en conseguir una chica importante, como una Hunter Reno o una Janna Rhodes —dice George—. Son chicas que han salido en portadas europeas. Si consigues una de ellas, puedes conseguir las todas. En los clubes nocturnos presto atención a las mayores. Siempre quieren volver temprano a casa porque al día



siguiente tienen que madrugar para trabajar. Las acompaña caballerosamente hasta un taxi y luego regresas y atacas a las jóvenes.

—Estas chicas solo quieren sentirse a gusto —dice Felske—. Son muy jóvenes y han de abrirse camino en un mundo de adultos. No están totalmente desarrolladas y los tíos que conocen se saben todos los trucos.

De regreso al *loft*, Barkley abre un refresco y se sienta en un taburete en medio de la estancia.

—Las mujeres más guapas del mundo son las modelos, pero no son inteligentes, sino frágiles y mucho más fáciles de lo que imaginas. Es más fácil tirarse a una modelo que a una chica normal. Las personas normales se comportan así cuando están de vacaciones. Se encuentran lejos de casa y hacen cosas que normalmente no harían. Las modelos siempre están lejos de casa porque no paran de viajar, de modo que siempre se comportan de ese modo.

Barkley bebe y se rasca la barriga. Son las tres de la tarde y lleva una hora levantado.

—Estas chicas son nómadas —dice—. Tienen un hombre en cada puerto. Me llaman cuando están en Nueva York, pero estoy seguro de que cuando se hallan en París, Roma o Milán llaman a otros. Cuando están en la ciudad nos comportamos como novios. Paseamos de la mano y nos vemos cada día. Muchas chicas lo quieren así, pero luego se marchan. —Barkley bosteza—. No sé, hay tantas chicas guapas que al final lo que deseas es alguien que te haga reír.

—Es increíble lo que puedo llegar a hacer para estar con esas chicas —dice George—. En una ocasión fui a misa con una modelo y su hija. He empezado a relacionarme casi exclusivamente con modelos mayores. Pronto tendré que retirarme porque me impiden hacer mi trabajo. Hacen que mi vida sea un desastre. —George se encoge de hombros y mira por la ventana de su despacho de la planta 34, con vistas de Manhattan—. Mírame —dice—, solo tengo 29 años y ya soy un viejo.



## 6.

### *La última seducción de Nueva York: Amar a Mr. Importante*

Una productora de cine de cuarenta y pocos años, a la que llamaré Samantha Jones, entró en Bowery Bar y, como siempre, los presentes levantamos la vista para ver quién la acompañaba. Samantha siempre aparecía rodeada, como mínimo, de cuatro hombres, y el juego consistía en adivinar quién era su amante. En realidad, poco tenía de juego, pues el novio siempre era el más joven y más guapo, el que mostraba una estúpida expresión de júbilo en la cara si acababa de conocer a Samantha, o de tedio si ya llevaba un tiempo con ella. En este caso, a esas alturas el chico ya había empezado a comprender que nadie tenía intención de dirigirle la palabra. ¿Para qué, si dentro de dos semanas iba a ser historia?

Todos admirábamos a Samantha. En primer lugar, no es fácil que una mujer de más de cuarenta consiga tíos de veinticinco. En segundo lugar, Samantha constituye una inspiración para Nueva York, pues en esta ciudad, si eres una soltera triunfadora, tienes dos opciones: dejarte la piel intentando encontrar una relación estable o mandarlo todo al cuerno y limitarte a disfrutar del sexo como hacen los hombres. O sea, Samantha.

Muchas neoyorquinas se plantean hoy día esta disyuntiva. Por primera vez en la historia de Manhattan, hay un montón de mujeres entre 30 y 40 años con tanto dinero y poder como los hombres o, por lo menos, con suficiente dinero y poder para sentir que no los necesitan salvo para el sexo. Esta novedosa situación alimenta muchas conversaciones. Hace poco, cuando un grupo de mujeres tomábamos el té en el hotel Mayfair, mi amiga Carrie, una periodista de 34 años, decidió ponerla en práctica. Renunciaría al amor y buscaría la satisfacción en el poder. Y, como ya veremos, funcionó. Hasta cierto punto.

#### *Mujeres de testosterona, hombres necios*

—Creo que me estoy convirtiendo en un hombre —dijo Carrie. Encendió su vigésimo cigarrillo del día y cuando el gerente del hotel le pidió que lo apagara, contestó—: Por supuesto, no me gustaría ofender a nadie.

Y aplastó el cigarrillo en la alfombra.

—¿Os acordáis de aquel tipo llamado Drew con el que me acosté? —preguntó. Todas asentimos con la cabeza. Aquel acontecimiento nos tranquilizó enormemente porque Carrie llevaba meses sin acostarse con nadie—. El caso es que después no sentí nada. Me levanté para irme a trabajar y le dije que ya le llamaría. Luego me olvidé totalmente de él.





—¿Quién dice que has de sentir algo? —repuso Magda—. Los hombres no sienten. Yo no siento nada después de un polvo. Desde luego que me gustaría, pero ¿para qué?

Nos recostamos en nuestras butacas y bebimos té como si perteneciéramos a un club especial. Éramos mujeres duras y estábamos orgullosas de ello. No había sido fácil llegar a una posición de completa independencia donde nos permitíamos el lujo de tratar a los hombres como objetos sexuales. Había exigido esfuerzo, soledad y llegar a comprender que, ante la posibilidad de que nunca hubiera nadie ahí fuera para nosotras, cada una debía cuidar de sí misma en todos los aspectos.

—Supongo que es la consecuencia de haber sufrido tantos desengaños —dije—. Al cabo de un tiempo ya no queremos volver a sentir. Solo queremos seguir adelante con nuestras vidas.

—Yo creo que es una cuestión de hormonas —opinó Carrie—. El otro día, cuando estaba en la peluquería sometiéndome a un tratamiento intensivo de hidratación capilar porque siempre me están diciendo que tengo el pelo seco como un estropajo, leí en *Cosmopolitan* que, según un estudio, las mujeres con un elevado nivel de testosterona son más agresivas y triunfadoras, tienen más parejas sexuales y es menos probable que se casen. En cierta manera, me tranquilicé. Me hizo sentir que no éramos unas chifladas.

—El truco es conseguir que los hombres cooperen —dijo Charlotte.

—Los hombres de esta ciudad fallan en dos aspectos —intervino Magda—. No quieren tener una relación, pero se mosquean si solo les quieres para el sexo. No pueden hacer simplemente lo que se espera de ellos.

—¿Alguna vez habéis llamado a un tipo a las doce de la noche para decirle que queréis ir a su casa y el tipo os ha dicho que sí? —preguntó Carrie.

—El problema del sexo es que no tiene fin —opinó Charlotte. Llamaba a los amantes fantásticos dioses sexuales, pero también ella tenía problemas—. Mi última conquista, un poeta, era genial en la cama pero se empeñaba en salir a cenar y conversar. —El tipo finalmente dejó de llamarla—. Quiso leerme sus poemas y me negué. Entre la atracción y la aversión apenas hay un paso —prosiguió—. Y generalmente la aversión comienza cuando empiezan a querer que les trates como personas y no como objetos sexuales.

Pregunté si había alguna forma realista de conseguir que «las mujeres practiquen el sexo como los hombres».

—Has de ser una auténtica zorra —dijo Charlotte—. Eso, o ser increíblemente dulce.

—Es demasiado tarde para la dulzura —replicó Carrie.

—En ese caso tendrás que convertirte en una zorra —dijo Magda—. Pero olvidas algo.

—¿Qué?

—Que podrías enamorarte.

—Lo dudo —contestó Carrie. Se reclinó en su butaca. Vestía unos tejanos y una chaqueta raída de Yves Saint-Laurent. Se sentó con las piernas separadas, como un hombre—. Voy a hacerlo. Voy a convertirme en una zorra.



La miramos y nos echamos a reír.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Que ya lo eres.

### *Conocer a Mr. Importante*

Como parte del estudio, Carrie fue a ver *La última seducción* a las tres de la tarde. Sabía que la película iba de una mujer que, llevada por su afán de dinero, sexo y control, utilizaba y se aprovechaba de todos los hombres que conocía, y jamás se lamentaba o se apiadaba de ellos.

Carrie nunca va al cine. Su madre, anglosajona protestante, le decía que solo los niños pobres y enfermos iban al cine, por tanto, se trataba de un gran acontecimiento para ella. Llegó tarde, y cuando el portero le dijo que la película ya había empezado, ella le contestó: «¿Y a mí qué, mamón? Estoy aquí para hacer un estudio. ¿No creerás que he venido a ver esta película por diversión?».

Al salir no podía quitarse de la cabeza la escena en que Linda Fiorentino se ligaba al hombre del bar y se lo montaba con él en el aparcamiento, contra la valla. ¿Era eso lo que debía hacer?

Carrie se compró unas sandalias de tacón y se cortó el pelo.

Un domingo por la noche acudió a una fiesta organizada por el diseñador Joop, una de esas fiestas de película con un montón de gente y de gays muy animados, y aunque Carrie tenía que trabajar al día siguiente, sabía que al final bebería demasiado y llegaría a casa demasiado tarde. A Carrie no le gusta llegar a casa de noche y no le gusta meterse en la cama.

El champán se acabó astutamente a media fiesta y la gente se agolpó frente a la cocina suplicando una copa de vino a los camareros. Un tipo pasó por delante con un puro en la boca y uno de los hombres con los que Carrie estaba charlando dijo:

—Oooh, ¿quién es ese? Parece una versión más joven y atractiva de Ron Perelman.

—Le conozco —dijo Carrie.

—¿Quién es?

—Mr. Importante.

—Lo sabía. Siempre le confundo con Perelman.

—¿Cuánto me dais si me acerco a hablarle? —preguntó Carrie mientras hacía lo que le había dado por hacer desde que se cortara el pelo: ahuecárselo hacia arriba mientras los chicos la miraban y reían.

—Estás loca —dijeron.

Carrie había visto a Mr. Importante en otra ocasión, pero supuso que no se acordaría de ella. Fue en una oficina donde trabajaba a veces. *Inside Edition* estaba entrevistándola sobre algo que había escrito acerca de los chihuahuas. Mr. Importante entró y empezó a contar a los cámaras que París estaba plagado de chihuahuas. Entretanto, Carrie se inclinó y se ató el cordón de la bota.

En la fiesta, Mr. Importante estaba sentado sobre el radiador de la sala.

—Hola —le dijo Carrie—. ¿Se acuerda de mí?





Por su mirada dedujo que él no tenía ni idea de quién era, y se preguntó si iba a entrarle el pánico.

Mr. Importante mordisqueó el puro y desvió la mirada, arrojó la ceniza a un lado y miró nuevamente a Carrie.

—Por supuesto que sí.

### *Otro Mr. Importante (en Elaine's)*

Carrie estuvo varios días sin ver a Mr. Importante. Entretanto, era evidente que algo se estaba cocinando. Tropezó con un amigo escritor que hacía dos meses que no veía.

—¿Qué te ha pasado? Estás muy cambiada —le dijo él.

—¿De veras?

—Te pareces a Heather Locklear. ¿Te has arreglado la dentadura?

Entonces fue a Elaine's y un escritor muy importante, al que no conocía, se sentó a su lado.

—No es tan dura como imagina —le dijo.

—¿Cómo dice?

—Se pasea como si fuera un as en la cama.

Carrie quiso preguntar «¿De verdad?», pero en lugar de eso se echó a reír y dijo:

—Tal vez lo sea.

El escritor le encendió el cigarrillo.

—Si quisiera tener una aventura con usted, tendría que durar mucho. No querría un rollo de una noche.

—En ese caso, te has equivocado de chica —respondió Carrie.

Luego fue a la fiesta del estreno de una de esas películas de Peggy Siegal y tropezó con un productor muy importante que le acompañó en su coche al Bowery. Mr. Importante estaba allí.

Se sentó a la mesa junto a ella. Sus costados se tocaban.

—Cuénteme —dijo Mr. Importante—. ¿Qué ha estado haciendo últimamente?

—¿Además de salir cada noche?

—Sí. ¿A qué se dedica?

—A esto —respondió Carrie—. Estoy elaborando un artículo para una amiga sobre mujeres que practican el sexo como los hombres. Ya me entiende, mujeres que se acuestan con hombres y luego no sienten nada.

Mr. Importante la miró fijamente.

—Pero usted no es así —dijo.

—¿Y usted? —repuso ella.

—En absoluto.

Carrie lo miró fijamente.

—¿Está usted enfermo?

—¡Ah, ya entiendo! —dijo Mr. Importante—. Nunca ha estado enamorada.

—Ja, no me diga.

—Ja, sí le digo.



—¿Y usted?

—Por supuesto que sí.

Fueron al apartamento de él. Mr. Importante abrió una botella de champán Crystal. Carrie estaba riendo, siguiendo adelante con su proyecto, cuando de repente dijo:

—Debo irme.

—Son las cuatro de la madrugada —repuso Mr. Importante, levantándose—. No dejaré que se vaya a estas horas.

Le dio una camiseta y unos pantalones cortos. Él entró en el cuarto de baño mientras ella se cambiaba. Carrie se metió en la cama y se recostó en las almohadas. Cerró los ojos. La cama de Mr. Importante era muy cómoda. En su vida había estado en una cama tan cómoda.

Cuando él regresó a la habitación, ella dormía profundamente.



## 7.

### *Las locas internacionales*

Si eres afortunado (o desafortunado, según se mire), puede que un día conozcas a cierta clase de mujer en Nueva York. Como un ave de vivos colores en constante migración, siempre está viajando. Pero no de una forma mundana. Esta mujer viaja de un lugar de moda a otro. Y cuando está harta de la temporada social de Londres, cuando se ha cansado de esquiar en Aspen o Gstaad, cuando está hasta el moño de las interminables fiestas de Sudamérica, regresa a Nueva York para descansar. Temporalmente, claro.

Una tarde lluviosa de enero, una mujer a la que llamaremos Amalita Amalfi llegó al aeropuerto Kennedy procedente de Londres. Vestía abrigo blanco de pelo artificial de Gucci, pantalones de cuero negro hechos a medida por New York Leather («Los últimos que hicieron con este cuero. Tuve que pelearme con Elle Macpherson para conseguirlos», dijo) y gafas de sol. Traía consigo diez bolsas de T. Anthony y parecía una estrella de cine. Lo único que le faltaba era la limusina, problema que se apresuró a arreglar. Tras solicitar a un hombre de negocios de aspecto acomodado que le ayudara con su equipaje, este no pudo negarse —como le ocurre a la mayoría—, y antes de darse cuenta él, Amalita y las diez bolsas de T. Anthony se dirigían a Manhattan en la limusina pagada por la compañía de él y él la estaba invitando a cenar esa misma noche.

—Me encantaría, cariño —dijo Amalita con su voz jadeante y ese ligero acento de escuela de señoritas suiza y bailes en palacio—, pero estoy cansadísima. Verás, es que he venido a Nueva York para descansar. Pero mañana, si quieres, podemos tomar el té. ¿Qué te parece en Four Seasons? Y luego podríamos ir de compras. Tengo que recoger algunos encargos en Gucci.

El hombre de negocios aceptó. Dejó a Amalita frente a un edificio de apartamentos de Beekman Place, anotó su teléfono y prometió llamarla.

Una vez arriba, Amalita telefoneó a Gucci. Imitando un distinguido acento inglés, dijo:

—Soy lady Caroline Beavers. Tienen un abrigo reservado a mi nombre. Acabo de llegar a la ciudad. Mañana iré a recogerlo.

—Muy bien, lady Beavers —dijo el dependiente.

Amalita colgó y se echó a reír.

Al día siguiente, Carrie estaba al teléfono con Robert, un viejo amigo.

—Amalita ha vuelto —dijo—. Voy a comer con ella.

—¡Amalita! —exclamó Robert—. ¿Sigue viva? ¿Sigue tan hermosa? Es peligrosa, pero si eres hombre y te acuestas con ella, pasas a ser miembro de un club especial. Ya sabes, estuvo con Jake y con Capote Duncan... todas esas estrellas del



rock billionarias. Es una cuestión de vínculos. El otro tipo piensa: yo y Jake.

—Los hombres sois ridículos —dijo Carrie.

Robert no le escuchaba.

—No hay muchas chicas como Amalita —prosiguió—. Gabriella era una de ellas. Y Marit. Y Sandra. Amalita es muy guapa y muy divertida y muy atrevida; en fin, es increíble. Cuando pasean por París llevan esos vestidos transparentes que vuelven locos a los hombres. Sus fotos aparecen en *W* y sitios así, y la fascinación de los hombres sigue creciendo. Su poder sexual es como una fuerza deslumbradora que puede cambiar la vida de un hombre. Si pudiera tocarla, piensa, pero no puede...

Carrie colgó.

Ese día, a la una de la tarde, estaba sentada en el bar de Harry Cipriani, esperando a Amalita. Como siempre, llegaba media hora tarde. En el bar, un hombre de negocios, su socia y un cliente estaban hablando de sexo.

—Creo que los hombres pierden interés por las mujeres que se entregan la primera noche —dijo la mujer. Vestía un traje azul marino muy cursi—. Una mujer no debe acostarse con un hombre antes de la tercera cita si quiere que este la tome en serio.

—Eso depende de la mujer —opinó el cliente.

Tenía unos 38 años y parecía alemán, pero hablaba con acento español. Un argentino.

—No le entiendo —dijo la socia.

—Ustedes las americanas de clase media que siempre andan a la caza de un hombre son las que deben seguir las reglas del juego. No pueden permitirse errores. Pero existe un tipo de mujer muy hermosa y de clase alta que puede hacer lo que le plazca.

En ese momento entró Amalita. Se produjo un gran revuelo en la puerta mientras abrazaba al encargado y le arrebatában los paquetes.

—¡Mírate! —dijo Amalita—. Qué esbelto. ¿Sigues corriendo ocho kilómetros cada día?

Vestía un traje de lana de Jil Sander (solo la falda costaba más de mil dólares) y una bufanda de cachemir verde.

—¿No hace un calor tremendo aquí dentro? —dijo mientras se abanicaba con sus guantes. Se quitó la chaqueta y todo el restaurante quedó boquiabierto—. ¡Cielos! —exclamó al ver a Carrie en el bar.

—Su mesa está lista —le informó el encargado.

—Tengo tantas cosas que contarte —dijo Amalita—. ¡He estado a punto de arruinar mi vida!

Amalita había visitado Londres en abril para asistir a una boda. Allí conoció a lord Skanky-Poo, aunque no es su verdadero nombre.

—Pero un auténtico lord, querida —dijo—, emparentado con la familia real. Y con castillo y raposeros. El muy idiota dijo que se había enamorado de mí nada más verme en la iglesia. «Querida, la adoro», me dijo durante la comida, «pero sobre todo adoro su sombrero». Eso debió bastarme para echar a correr, pero en aquella época tenía la cabeza un poco espesa. Estaba alojada en casa de Catherine Johnson-Bates, en



Londres, y era una pesadilla. No paraba de quejarse de que mis cosas estaban desperdigadas por todo el piso... en fin, ¿qué puedes esperar de una virgo? El caso es que estaba deseando encontrar otra casa donde alojarme y sabía que Catherine le había echado los tejos a lord Skanks, de modo que no pude resistir la tentación. Además, necesitaba un techo sobre mi cabeza.

Esa noche, después de la boda, Amalita prácticamente se instaló en la casa de Eton Square. Y durante las dos primeras semanas todo fue fantástico.

—Yo adopté mi papel de geisha —explicó Amalita—. Le hacía masajes en la espalda, le servía el té y leía los periódicos antes que él para señalarle lo más interesante.

Lord Skanks la llevó de compras. Organizaron una cacería en el castillo. Amalita le ayudó con la lista de invitados, consiguió a la gente debida, deslumbró a los sirvientes y a él lo dejó impresionado. Pero al regresar a Londres empezaron los problemas.

—¿Recuerdas la lencería que llevo tantos años coleccionando? —preguntó Amalita.

Carrie asintió. Conocía perfectamente la vasta colección de ropa de diseño adquirida por Amalita a lo largo de los últimos quince años. La conocía bien porque, de hecho, tuvo que ayudarle a envolverla en papel de seda para su almacenaje, tarea que había durado tres días.

—Pues una noche entra en el dormitorio cuando me estoy vistiendo y me dice: «Cariño, siempre me he preguntado qué se siente llevando liguero. ¿Te importa si... me lo pruebo? Así sabré qué sensación da ser tú».

»Hasta aquí, ningún problema —prosiguió Amalita—, pero al día siguiente me pide que le azote el culo con un periódico. “Cariño, ¿no crees que disfrutarías más si lo leyeras?”, le pregunté. “¡No, quiero una buena zurra!”, exigió. Y se la di. Otro error. Al final se levantaba por las mañanas, se ponía mi ropa y no salía de casa. La situación duró varios días, y entonces se empeñó en ponerse mis joyas de Chanel.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Carrie.

—No estaba mal. Lord Skanks era uno de esos ingleses hermosos que nunca sabes si es gay o no. Pero la situación era cada vez más patética. Le dio por pasearse por la casa a cuatro patas con el culo al aire. Me aterra pensar que antes de eso llegué a considerar la posibilidad de casarme con él.

»Al final le dije que me iba, pero me encerró en el dormitorio y tuve que escapar por la ventana. Para colmo llevaba unos tacones de aguja de Manolo Blahnik en lugar de unos Gucci, lo cual habría sido más sensato, pero le había dejado jugar con mis zapatos y los Manolos eran los únicos que no le gustaban. Dijo que eran de la temporada pasada. Luego no quería dejarme entrar en la casa. Dijo que iba a quedarse con mi ropa a cambio de una estúpida cuenta de teléfono. Dos mil libras. “¿Qué quieres que haga, cielo?”, le dije, “tengo que hablar con mi hija y mi madre de vez en cuando”.

»Pero yo guardaba un as bajo la manga. Había cogido su teléfono móvil y le llamé desde la calle. “Cariño”, le dije, “voy a tomar el té con Catherine. Cuando vuelva, quiero ver todas mis maletas hechas frente a la puerta. Las revisaré una a una



y si falta algo, aunque sea el taco de un tacón, llamaré a Nigel Dempster”.

—¿Te obedeció? —preguntó Carrie.

—¡Por supuesto! Los ingleses tienen pánico a la prensa. Si alguna vez necesitas poner a alguno en vereda, amenázale con llamar a los periódicos.

En ese momento el argentino pasó junto a ellas.

—Amalita —dijo, alargando una mano y haciendo una leve inclinación de cabeza.

—Hola, Chris. ¿Cómo estás?

E intercambiaron un montón de palabras en español que Carrie no entendió.

—Estaré en Nueva York toda la semana —explicó Chris—. Podríamos vernos algún día.

—Por supuesto, querido —respondió Amalita. Tenía una forma de arrugar los ojos cuando sonreía que solo podía significar «piérdete»—. Arg, un argentino rico —explicó luego—. Estuve en su rancho una vez. Cabalgamos en poní por sus terrenos. Su esposa estaba embarazada y él era tan mono que me lo tiré, pero ella lo descubrió. Y tuvo el morro de enfadarse. Él es un cabrón y ella debería haberse alegrado de que alguien se lo quitara de encima.

—¿Señorita Amalfi? —dijo el camarero—. La llaman por teléfono.

—Estupendo —dijo triunfalmente cuando regresó a la mesa—. Quiere llevarme de viaje. Brasil, Singapur. Le dije que tenía que pensarlo. Estos tipos están tan acostumbrados a que las mujeres se tiren a sus pies que has de hacerte rogar. Eso es lo que te diferencia de las otras.

De repente se produjo otro revuelo en la entrada. Carrie levantó la cabeza, pero enseguida la bajó y fingió examinarse las uñas.

—No mires —dijo— pero Ray está aquí.

—¿Ray? Ah, sí, conozco a Ray —dijo Amalita, aguzando la mirada.

Ray no era un hombre sino una mujer. Una mujer que podía incluirse, más o menos, en la misma categoría que Amalita. También era una belleza internacional irresistible para los hombres, pero estaba chiflada. Modelo a finales de los setenta, se mudó a Los Ángeles para labrarse una carrera de actriz. No consiguió ningún papel, pero sí varios actores conocidos. Y, como Amalita, tenía un hijo, se rumoreaba que de una superestrella.

Ray recorrió el restaurante con la mirada. Además de por otras cosas, era famosa por sus enormes ojos redondos de un azul tan pálido que casi parecían blancos. Se detuvieron en Amalita. Saludó con una mano y se acercó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con aparente placer cuando en Los Ángeles se rumoreaba que eran enemigas mortales.

—Acabo de llegar de Londres —explicó Amalita.

—¿Fuiste a esa boda?

—¿La de lady Beatrice? Sí. Fue maravillosa. Muchos europeos con títulos.

—Qué fastidio —dijo Ray. Tenía un acento ligeramente sureño, probablemente falso porque ella era de Iowa—. Debía ir, pero me lié con Snake —explicó, nombrando a un actor conocido por sus películas de acción. Tenía casi sesenta años pero seguía haciendo películas—. Y me fue imposible escapar.



—Comprendo —dijo Amalita cerrando los ojos.

Ray no pareció notarlo.

—He quedado con una amiga, pero le dije a Snake que nos veríamos en el hotel a las tres. Está en Nueva York en campaña de promoción. Y ya son casi las dos y cuarto. A Snake le molesta muchísimo la falta de puntualidad y yo siempre *suis en retard*.

—Hay que saber manejar a los hombres —dijo Amalita—. Pero recuerdo bien que Snak'e detestaba que le hicieran esperar. Salúdale de mi parte, querida, pero no te inquietes si te olvidas porque le veré el mes que viene. Me ha invitado a esquiar, como amigos, claro.

—Claro —dijo Ray.

Hubo una pausa incómoda. Ray miró a Carrie, que deseó poder cubrirse la cara con la servilleta. Te lo ruego, pensó, no me preguntes cómo me llamo.

—Bueno, será mejor que telefonee a mi amiga —dijo Ray.

—Buena idea —respondió Amalita—. El teléfono está allí.

—Se ha tirado a todo el mundo —susurró Carrie cuando Ray se hubo marchado—. Incluido a Mr. Importante.

—Ya basta, cielo, sabes que esas cosas no me interesan. Si una mujer quiere acostarse con un hombre, es asunto suyo. Pero Ray no es una buena persona. Oí decir que quiso trabajar para Madame Alex, pero que hasta ella pensó que estaba demasiado loca.

—Entonces, ¿de qué vive?

Amalita enarcó la ceja derecha y guardó silencio. Después de todo, era una dama de pies a cabeza, criada en la Quinta Avenida con baile de presentación en sociedad. Pero Carrie insistió.

—Acepta regalos. Un reloj de Bulgari. Un collar de Harry Winston. Ropa, coches, un bungalow en la propiedad de alguien, ayudas. Y dinero. Tiene un hijo. Hay muchos hombres ricos que se apiadan. Actores con muchos millones. A veces rellenan talones por valor de cincuenta mil dólares. Oh, te lo ruego —dijo, mirando a Carrie—, no pongas esa cara de alucinada. Siempre has sido una ingenua, cielo. Pero claro, tú tienes una profesión. Aunque te murieras de hambre, siempre te quedaría tu profesión. Las mujeres como Ray y como yo no queremos trabajar. Yo siempre he querido limitarme a vivir.

Amalita había dejado de fumar, pero cogió un cigarrillo de Carrie y esperó a que el camarero le ofreciera fuego.

—Pero eso no significa que sea fácil —prosiguió—. ¿Cuántas veces te he llamado llorando, sin un céntimo, sin saber qué hacer ni adónde ir? Los hombres hacen muchas promesas que no cumplen. Si hubiese podido ser una profesional del sexo, todo me habría resultado mucho más fácil. El sexo no habría sido un problema, porque cuando me gusta un hombre me acuesto con él. El problema es que, si eres una profesional, nunca estás al mismo nivel que el hombre. Eres una empleada, pero al menos te vas con el bolsillo lleno.

Levantó las cejas y se encogió de hombros.

—En cambio, mi estilo no tiene futuro. Y encima tengo que mantenerme





estupenda y vestir a la moda. Clases de gimnasia, masajes, tratamientos faciales, cirugía plástica. Sale caro. Mira a Ray. Se ha hecho los pechos, los labios y las nalgas. Ya no es una chiquilla. Tiene más de cuarenta.

Amalita aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Qué hago fumando? Es fatal para el cutis. Ojalá lo dejaras, cielo. ¿Recuerdas cuando estaba embarazada de mi hija? Estaba enferma y arruinada. Compartía una habitación con una estudiante en un piso penoso porque no podía permitirme otra cosa. Ciento cincuenta dólares al mes. Tuve que recurrir a la beneficencia para conseguir que me atendieran en el parto. Fui al hospital en autobús. Y cuando de verdad necesité ayuda, cielo, no había ningún hombre a mi lado. Estaba sola, salvo por algunas buenas amigas.

En ese momento Ray se acercó de nuevo a la mesa mordiéndose el labio inferior.

—¿Os importa que me siente? —preguntó—. Mi amiga está a punto de llegar, pero entretanto necesito una copa. Camarero, tráigame un vodka con martini. Sin hielo. —Se sentó sin mirar a Carrie—. Quiero hablar contigo de Snake —dijo a Amalita—. Me contó que estaba saliendo contigo.

—¿De veras? —repuso Amalita—. Bueno, ya sabes que Snake y yo tenemos una relación intelectual.

—Y yo que pensaba que era un buen polvo que se portaba bien con mi hijo —dijo Ray—. Pero eso no es lo que me preocupa. Creo que no puedo fiarme de él.

—Pensaba que estaba prometido a alguien —dijo Amalita—. Una mujer morena embarazada de su hijo.

—Mierda. Se llama Carmelita o algo así. Es una mecánica que vive en el culo del mundo. Utah. Snake iba a esquiar cuando su coche se averió y lo llevó a un taller. Y allí estaba ella con su llave inglesa y su mísera raja. Pero Snake está intentando sacársela de encima.

—Entonces, si no te fías de él lo tienes muy fácil —dijo Amalita—. Búscate espías. Yo tengo a mi masajista y a mi criada. Envíale a tu masajista o tu chófer y haz que luego te informen.

—¡Maldita puñetera! —gritó Ray. Abrió su boca grande y roja y, recostándose peligrosamente en la silla, soltó una sonora carcajada. Tenía el pelo rubio, casi blanco, y totalmente lacio. Estaba chiflada pero era increíblemente sexy—. Sabía que me caías bien —dijo. La silla golpeó el suelo y Ray casi se dio de morros con la mesa. Todo el mundo las miraba. Amalita apenas podía respirar de tanto reír—. ¿Por qué nunca hemos sido amigas? —preguntó.

—Caray, Ray, no tengo ni idea —dijo Amalita. Ahora solo sonreía—. Tal vez debido a Brewster.

—¿Ese actor de pacotilla? ¿Lo dices por esas mentirijillas que le conté sobre ti porque lo quería para mí sola? No puedes culparme por eso, corazón. Tenía la polla más grande de Los Ángeles. El día que se la vi estábamos cenando en un restaurante. Me agarró la mano y la colocó encima de su paquete. Me excité tanto que se la saqué de los pantalones y empecé a acariciarla. Una camarera nos vio y empezó a gritar, impresionada por las dimensiones, y al final nos echaron. Me dije que tenía que ser





mía y solo mía.

—Es cierto que la tenía bastante grande —convino Amalita.

—¿Bastante grande? Como la de un caballo, corazón —corrigió Ray—. Como ya sabes, soy una experta en la cama, por no decir la mejor. Pero he alcanzado un nivel en que las pollas normales ya no me dicen nada. Me acuesto con los tíos, desde luego, pero les explico la situación, les digo que he de tener derecho a salir y divertirme, a buscar mi propia satisfacción.

Ray solo había bebido tres cuartas partes de su martini, pero algo le estaba ocurriendo. Era como si estuviesen encendidas las luces largas pero no hubiese nadie al volante.

—Oh, sí —gimió—, cómo me gusta sentirme llena. Lléname, baby, tóname. —Empezó a mover la pelvis. Levantó el brazo derecho y cerró los ojos—. ¡Así, baby, así! ¡Oooh! —Terminó con un aullido y abrió los ojos. Estos se clavaron en Carrie, como si hubieran reparado en ella por primera vez—. ¿Cómo te llamas, bonita? —preguntó.

Carrie recordó de repente la historia de que Capote Duncan y Ray lo habían hecho en un sillón durante una fiesta, delante de todo el mundo.

—Carrie —respondió.

—¿Carrie...? ¿Te conozco?

—No —dijo Amalita—. Es una gran chica, una de las nuestras, pero una intelectual. Es escritora.

—Tienes que escribir mi historia —dijo Ray—. Te aseguro que mi vida sería un best seller. Me han ocurrido tantas cosas. Puede decirse que soy una superviviente. —Miró a Amalita en busca de confirmación—. Míranos. Las dos somos supervivientes. Las otras chicas como nosotras... Sandra...

—Está en Alcohólicos Anónimos, no para de trabajar y nunca sale —explicó Amalita.

—Gabriella...

—Chica de alterne.

—Mark...

—Se volvió loca. Desintoxicación. Luego Silver Hills.

—¿Y qué más? —preguntó Ray—. Me contaron que perdió la chaveta en tu sofá y tuviste que llevarla al manicomio.

—Ya ha salido. Ahora trabaja. Es RP.

—Relaciones Pobres, supongo —dijo Ray—. Quieren utilizarla por sus contactos sociales, pero tiene la mirada tan ida que es casi imposible hablar con ella. Se pasa el día sentada en el despacho como un parásito mientras los demás repasan su agenda de teléfonos.

Carrie soltó una carcajada.

Ray le miró echando fuego por los ojos.

—No tiene ninguna gracia, ¿sabes?



## 8.

*¡Ménage en Manhattan!**Siete hombres sueltan la pregunta inevitable*

Estoy cenando con un hombre. Vamos por nuestra segunda botella de Chateau Latour 1982. Es nuestra tercera cita. ¿O décima? Bueno, en realidad no importa, porque tarde o temprano ocurrirá lo inevitable.

—Estooo... —comienza él.

—¿Qué? —le insto yo, inclinándome.

Él apoya una mano en mi muslo. Pienso que a lo mejor va a «soltar la pregunta». No, seguro que no. En fin, nunca se sabe.

Vuelve al ataque.

—¿Alguna vez...?

—¿Alguna vez qué?

—¿Alguna vez... has querido...?

—¿He querido qué?

—¿Alguna vez has querido... acostarte con otra mujer? —termina con aire triunfal.

Aún sonrío, pero ahí está, sobre la mesa, como un charco de vomitona. Sé perfectamente qué viene a continuación.

—Y conmigo, claro —dice—. Ya sabes, un trío. —Entonces lanza el petardo final—. Podríamos proponérselo a alguna de tus amigas.

—¿Por qué iba a querer hacer eso? —Ni siquiera me molesto en preguntarle por qué cree que alguna de mis amigas estaría interesada.

—Bueno, a mí me gustaría —dice—. Y puede que a ti también.

No, gracias.

*Una variante sexual*

Nueva York es una ciudad adonde acude la gente para hacer realidad sus fantasías. Dinero. Poder. Un lugar en el espectáculo de David Letterman. Y puestos a pedir, ¿por qué no dos mujeres? Quizá todos deberíamos probarlo por lo menos una vez.

—De todas las fantasías, es la única que no decepciona —dijo un fotógrafo que conozco—. La vida es, en gran parte, una sucesión de decepciones leves. ¿Pero dos mujeres? Pase lo que pase, no puedes salir perdiendo.

Eso no es del todo cierto, como descubriría más tarde. Con todo, el trío es una fantasía en la que los neoyorquinos parecen destacar. Como dijo un amigo mío:

—No es una desviación sexual, sino una variante sexual.



Nueva York es una ciudad de opciones. ¿O acaso los tríos tienen un lado oscuro? ¿Podrían ser un síntoma de todo lo que va mal en Nueva York, producto de esa mezcla de desesperanza y anhelo que caracteriza a Manhattan?

Sea como fuere, todo el mundo tiene una historia que contar. Si no lo han hecho, conocen a alguien que lo ha hecho o vieron a tres personas a punto de hacerlo, como esas dos *top models* que arrastraron a un modelo hasta el servicio de caballeros de Tunnel, le obligaron a tomarse todas las drogas que llevaba encima y se lo llevaron a casa.

Un *ménage à trois* implica el número más espinoso de todas las relaciones: el tres. Por muy sofisticado que te creas, ¿podrías hacerlo? ¿Quién sale herido en todo esto? ¿Realmente tres son mejor que dos?

Seducidos, quizá, por la promesa de copas gratis, canutos gratis y cacahuetes con miel gratis, siete hombres aceptaron reunirse conmigo un lunes por la tarde en el sótano de una galería de arte del Soho para hablar de tríos. Cuando llegamos, encontramos al fotógrafo Peter Beard, muy querido por las mujeres, a cuatro patas. Estaba pintando formas sobre sus fotografías de animales en blanco y negro para hacer un collage. Algunas fotos tenían huellas de color óxido, y entonces recordé haber oído que Peter estaba utilizando su propia sangre como pintura. Vestía tejanos y una sudadera.

Peter es una especie de «hombre salvaje» del que se cuentan muchas historias. Por ejemplo, que se casó en 1970 con Cheryl Tiegs (cierto), y que una vez, en África, lo amarraron como a un cerdo y estuvieron a punto de arrojarlo a las fieras (probablemente falso). Dijo que seguiría trabajando mientras hablábamos.

—Trabajo constantemente para combatir el aburrimiento —explicó.

Preparamos bebidas y encendimos el primer canuto. Todos los hombres, salvo Peter, me pidieron que no utilizara su nombre real en el artículo.

—Podría perjudicarnos profesionalmente —explicó uno.

Iniciamos la conversación.

—Actualmente los tríos están a la orden del día —dijo Peter—. Conozco varias chicas, una de las cuales veré esta noche, que aseguran que más del noventa por ciento de sus amigas se lo han propuesto. Sin duda estamos ante un nuevo fenómeno.

Sumergió el pincel en la pintura roja. Al parecer las agencias de modelos, dijo, preparaban a muchas chicas para participar en tríos.

—Los agentes consiguen favores de las chicas a cambio de trabajos.

Tad, un arquitecto y niño bonito de 41 años, se mostró escéptico.

—Dejemos las estadísticas a la oficina del censo. —Y añadió—: El físico de las mujeres representa la sensualidad y la belleza, por eso es más fácil que un hombre fantasee con dos mujeres juntas. Dos hombres juntos no ofrecen ningún aliciente.

Peter levantó la vista de su obra.

—Si dos mujeres duermen en la misma cama, nadie piensa mal de ellas —dijo.

—Es más, nos gusta —intervino Simon, 48 años, propietario de una empresa de *software*.

—Nosotros, en cambio, no nos acostaríamos en la misma cama. O al menos yo



no lo haría —dijo Jonesie, 48 años, agente discográfico. Miró a los demás.

—Los hombres no quieren dormir juntos porque la mayoría ronca —dijo Peter—. Además, no es bueno para el sistema nervioso.

—Despierta toda clase de miedos inconscientes —sugirió Simon.

Hubo un momento de silencio mientras nos mirábamos unos a otros.

Peter rompió la tensión.

—La realidad subyacente puede explicarse con los estudios biológicos sobre ratas —dijo—. La densidad, el estrés y el hacinamiento. El primer fenómeno del hacinamiento de las ratas es la separación de los sexos. Y en esta ciudad, con tantos abogados y tanto hacinamiento, la presión es increíble. La presión se carga las hormonas, y cuando las hormonas están jodidas hay más homosexuales y la homosexualidad es la forma que tiene la naturaleza de reducir el crecimiento demográfico. Todas estas cosas antinaturales de las que estamos hablando se extienden exponencialmente.

—Eso lo resume todo —dijo secamente Tad.

—Llevamos vidas sensorialmente saturadas —dijo Peter—. Alta densidad. Intensidad. Millones de citas. Millones de citas con el abogado. Las cosas sencillas ya no nos divierten. Ahora hay que tener dos o tres chicas, o destapes en Pure Platinum.

—Puede que la razón para tener varias parejas sexuales sea, sencillamente, la curiosidad —dijo Tad.

—¿Y qué me decís de la sinceridad? —preguntó Peter—. Hoy día hay menos sinceridad, menos honestidad. Si una chica te atrae de verdad, no es probable que desees a otra chica. Pero hoy día hay menos sinceridad.

—Puede —dijo Jonesie.

—En Nueva York, cuando conoces a gente solo escuchas tonterías —prosiguió Peter sin advertir que sus pinces se estaban secando—. Oyes las mismas cosas en las fiestas y las cenas, hasta que al final dejas de ir.

—Reduces tus apariciones —convino Jonesie.

—Y entras en el lavabo y alguien de la industria de la moda te hace una mamada —dijo Peter. Hubo un breve y, si no me equivoco, respetuoso silencio—. Eso no es realidad, no es comunicación, no es sinceridad. Es solo un instante en unas vidas dominadas por el estrés.

—Y yo pensaba que solo quería un poco de sexo —dijo Tad.

### *Amor de éxtasis*

Esa era exactamente la situación de Tad tres años atrás, cuando experimentó la versión más básica de un trío.

Acababa de poner fin a una relación de cinco años. Se hallaba en una fiesta y vio a una atractiva joven de 20 años. La siguió y la vio subir a un taxi. Él la siguió en su Mercedes y cuando el taxi se detuvo en un semáforo, se acercó a la ventanilla y quedaron para el día siguiente en un club.

La chica apareció con una amiga llamada Andie.

—Por suerte —dijo Tad—, Andie estaba algo chiflada.



Acababa de bajar de un avión procedente de Italia y se estaba paseando con un abrigo de zorro. Después de tomarse unos éxtasis, los tres fueron al apartamento de Tad, bebieron champán, arrojaron las copas al suelo y empezaron a meterse mano. La chica de 20 años se durmió. Tad y Andie se enrollaron en la cama con la joven tumbada al lado.

Peter saltó de nuevo.

—Cada día tenemos más experiencias y, por tanto, hay que hacer más cosas y cada vez más aprisa —dijo—. Se trata de tentar a la suerte, ir cada vez más lejos...

—Es como si alguien pasara con una bandeja de galletas y cogieras dos al mismo tiempo —dijo Garrick, 30 años, guitarrista con banda propia.

Tad empezaba a estar de acuerdo con Peter.

—El caso es tener más y más. Cuatro pechos mejor que dos.

Por fortuna llegó Sam, un inversor financiero de 41 años, la clase de hombre que se pasaba el día diciendo que quería casarse pero que a menudo «olvidaba» telefonar a la mujer con la que estaba saliendo. Por tanto, seguía soltero. Sam dijo que había participado en varios tríos.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntamos.

Sam se encogió de hombros.

—Por variar. Tarde o temprano me canso de estar con la misma persona.

Explicó que existen tres situaciones básicas que conducen a los tríos. Primera: el tío lleva tiempo presionando a su novia para que acepte en la cama a otra mujer, tal vez porque se aburre o porque desea secretamente acostarse con la amiga.

Segunda: la novia desea secretamente acostarse con otra mujer y consigue que su novio se apunte para que a ella le sea más fácil.

Tercera: dos mujeres que se gustan planean llevarse un hombre a la cama.

Sam contó que en una ocasión se convenció de que Libby, una chica con la que salió durante seis meses, deseaba acostarse con Amanda, su mejor amiga, cuando en realidad, reconocía ahora, era él quien deseaba hacerlo.

Libby finalmente accedió a arreglar un encuentro. Amanda fue a su casa. Bebieron vino. Se sentaron en el sofá. Sam pidió a las dos mujeres que se desnudaran.

—¿Y?

—Fue un completo fracaso —admitió Sam. Mientras Libby se quedaba en el sofá bebiendo vino, Sam se llevó a Amanda a la cama—. Me tenía embelesado. El problema de los tríos es que generalmente acabas prefiriendo a una u otra, por lo que una de las chicas se siente excluida —dijo. Finalmente, Libby se subió a la cama—. Creo que querían que les dijera lo que debían hacer, que yo tomara el mando, pero me sentía tan atraído por Amanda que no pude.

Libby nunca lo superó. Dos meses más tarde ella y Sam se separaron. Libby y Amanda estuvieron una temporada sin hablarse.

Sam reconocía que los tríos podían tener «consecuencias», pero «lo haces de todos modos porque eres tío».

Primera regla de un trío:

—Nunca lo hagas con la novia —dijo Garrick—. Siempre acaba mal.

Segunda regla:



—No se puede planificar, porque siempre hay algo que falla —explicó Simon, que había participado en seis o siete tríos—. Tiene que ser espontáneo.

Antes de llegar a la tercera regla, sonó el timbre de la puerta. Eran Jim, un mago de 21 años, e Ian, un productor de televisión de 25 años. Jim explicó que había participado en un trío la semana pasada.

—Luego puedes contárselo a tus amigos —dijo—. Fue un poco chungo, porque los tres acabábamos de ver *Tres formas de amar*.

Antes de que pudiera continuar, sonó de nuevo el timbre y nos miramos extrañados.

—¿Quién puede ser?

No faltaba nadie.

Peter levantó la vista de su obra.

—Es otra mujer —dijo con calma.

Subí a abrir la puerta. No había duda de que era otra mujer. Nos miramos asombradas.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—Lo mismo te digo —contesté.

Luego hicimos lo que las mujeres de Nueva York hacen independientemente de cómo se sientan: nos besamos en la mejilla.

—Hola, Chloe —dije.

Vestía una chaqueta con estampado de leopardo y un pañuelo rosa. Chloe es una chica conocida en la ciudad, una de esas mujeres encantadoras que nadie sabe cómo terminará.

Los hombres nos vieron bajar. Jim se reclinó en su silla.

—Puede que por fin veamos un poco de acción —dijo.

Chloe y yo nos miramos.

—No, gracias —respondimos al unísono.

Chloe examinó la sala.

—Parece un interrogatorio —comentó.

Alguien le preparó un vodka y yo le puse al corriente de la conversación.

—Creo que a las mujeres no les van los tríos —dijo Chloe, como si hablara de artículos de peluquería—. A las chicas les gusta acaparar toda la atención. —Bebió vodka—. He conocido a muchos hombres interesados en hacer un trío. Un día estaba con un novio y con otra pareja que quería probar un juego sadomasoquista. Me metieron en una habitación con el marido de ella, al que conocía desde hacía años. Nos miramos y le dije: «Esto no va a funcionar porque los dos tenemos el papel de sumisos. Es absurdo. Nos anulamos mutuamente».

Yo quería saber qué ocurría si, en un trío, las dos mujeres acababan por ignorar al hombre.

—Ojalá —dijo Simon.

—Es justamente lo que todos queremos —dijo Tad—. Es como ver una película en directo, ahí mismo, en la cama.

El hombre hace todo ese trabajo para conseguir que las dos mujeres se lo monten.





Jonesie estaba convencido de que el objetivo era otro. Le dio por utilizar la palabra «pro». Ignorábamos si se refería a una prostituta especializada en tríos o qué.

—Normalmente, los tríos ocurren porque la pro quiere montárselo con la mujer —dijo Jonesie—. En realidad es lesbiana, pero está dispuesta a acostarse con el hombre para conseguir a la mujer. La pro mantendrá al hombre ocupado todo el tiempo que pueda para que la otra mujer, que es a quien de verdad desea, no sienta que el tipo la ha enredado. La pro finalmente remata al hombre y luego devora a la otra mujer.

—No estoy de acuerdo —dijo Simon—. La experiencia de Jonesie es limitada.

### *Decir no*

—Una de las chicas de mi trío adoraba el sexo —dijo Jim—. Se había acostado con todos los tíos que conocíamos.

—Espera un momento —le interrumpió Chloe—. ¿Cómo sabes que se acostó con ellos?

—Porque Ian se acostó con ella —explicó Jim— y dijo que a ella le encantaba montárselo con todos.

—¿Y cómo podía saberlo? —dijo Chloe, indignada—. A lo mejor solo le gustaba acostarse con él. Ese es el problema con los tíos.

—La chica piensa que puede comportarse como un hombre —replicó Ian—. No entiende por qué las mujeres tienen que ser diferentes de los hombres. Si un hombre puede acostarse con todas las tías que le dé la gana, ¿por qué no puede ella hacer lo mismo con los tíos?

—Mirad a Simon —dijo Jonesie—. Le encantaría tener su teléfono.

—La otra chica era todo lo contrario —prosiguió Jim—. Era un poco virginal. En toda su vida solo había tenido dos novios. Las dos chicas vivían juntas, y la locatis cambió la vida de la virginal, porque una semana más tarde quería tirarse a todo el mundo. En cualquier caso, los tres éramos buenos amigos. Me había acostado con la chica locatis y llevaba un año detrás de la chica virginal. Fuimos al cine y después compramos una botella de vino y fuimos a su apartamento. Nos bebimos la botella entera.

—Solo toca a tres copas por cabeza —objetó Chloe.

—Hubo una época, querida Chloe, en que también tú te emborrachabas con tres copas de vino —dijo Tad.

—Vale ya —protestó Jim—. El caso es que fuimos a su apartamento y nos bebimos el poquísimo vino que teníamos y después yo y la locatis nos metimos en su dormitorio. Es uno de esos cuartos donde solo cabe la cama. Empezamos a enrollarnos, pero la locatis quería a la otra chica. Y yo también. Nos dedicamos a observarla desde la cama. Iba de un lado a otro haciendo sus cosas.

—¿Qué llevaba puesto? —preguntó Simon.

—No lo recuerdo —dijo Jim—. Pero al final la atrapamos cuando pasaba por delante del cuarto.

—Y la violasteis —dijo Simon.





Jim sacudió la cabeza.

—Nooo. La sentamos en la cama y empezamos a acariciarla. Luego coloqué la mano de una chica en el pecho de la otra, hasta que al final las dos se animaron. Yo intentaba mantenerme al margen para poder observar. Después de eso empezaron a montárselo juntas con todos los tíos de Nueva York. Estoy casi seguro de que lo hicieron con veinte tíos del Buddha Bar.

Ian también tenía una historia que contar.

—Una vez estaba enrollándome con una chica en una cama. Tumbada al lado había otra chica, y en un momento dado nuestras miradas se encontraron. Estuvimos cinco minutos mirándonos fijamente. Fue lo mejor de todo. Una experiencia muy íntima.

Peter Beard, que había permanecido extrañamente callado, de repente habló:

—Hay que ser un auténtico gilipollas para decir no a un trío.

### *Es un deporte*

—Los tríos, sin embargo, no es algo que uno deba hacer con la chica que quiere —dijo Tad.

—Lo mejor es hacerlo con una gran amiga a la que le guste jugar —opinó Ian.

—Por eso todos los hombres desearían hacer un trío contigo —dijo Tad a Chloe—, porque eres una gran amiga.

Chloe le clavó una mirada asesina.

En ese momento Ian hizo una confesión:

—Yo he estado en más tríos de dos hombres y una mujer que a la inversa. —Y añadió—: Pero no me lo monté con el tío.

Se hizo el silencio. No estaba segura de haber oído bien.

—Es mucho más fácil, como un deporte. —Ian se encogió de hombros—. La chica ha de traerme sin cuidado, o de lo contrario no dejaría que mi colega se lo montara con ella. De hecho, la chica no ha de significar nada para ninguno de los dos.

—Y sale mucho más barato —añadió Sam, el inversor financiero.

Pensé en algunas amigas que me habían confiado su fantasía de acostarse con dos hombres a la vez. Decidí decirles que no se molestaran en hacerla realidad.

Chloe no estaba muy convencida.

—Jamás he conocido a dos hombres que quisieran participar juntos en un trío —dijo—. Además, los tíos sois tan jodidamente competitivos que no podríais soportarlo.

—No me gustaría hacerlo con una mujer después de que esta haya pasado por otro hombre —comentó Peter.

Tad no estaba de acuerdo.

—Si se trata de mi mejor amigo, todo vale.

—Desde luego —convino Ian.

—No me importa quién vaya primero —dijo Tad.

—Es una conspiración entre colegas —explicó Ian—. Se plantean si serán



capaces de hacerlo y cuando lo hacen, lo celebran.

Jim sacudía vehementemente la cabeza.

—No estoy de acuerdo.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Ian.

—Exacto, ¿cómo puedes? Una vez lo hiciste con Ian —reveló Tad.

—Es el concepto lo que no comparto —dijo Jim.

Ian le señaló con un dedo.

—Pero él me empujaba hacia la chica —dijo.

### *La relación se estrecha*

Garrick dijo que había participado en unos diez tríos.

—¿Qué pasa? Tengo 35 años, me han ocurrido muchas cosas. —Y algunos fueron con otro tío—. Siempre con Bill, mi mejor amigo.

Bill era modelo y él y Garrick se conocieron en un gimnasio, cuando Bill le pidió que le ayudara con las pesas.

—La mayoría de los hombres que entrenaban en el gimnasio eran gays —dijo Garrick—, de modo que hacíamos lo que fuera para demostrar que nosotros no lo éramos. Casi diría que los tríos eran una confirmación de nuestra heterosexualidad. Así demostrábamos nuestra masculinidad al otro.

Garrick dijo que también lo hacía por el espectáculo.

—A veces los dos lo hacíamos con la chica al mismo tiempo. Una vez que la mujer acepta estar con dos tíos, se presta a casi todo.

Garrick se inclinó hacia delante y dio una calada a su cigarrillo.

—Bill lo hizo una vez con otro hombre —dijo, y se echó a reír—. Siempre le tomo el pelo con eso. Conectaron. Para mí eso constituye una tendencia homosexual latente. Ignoro si yo tengo esa tendencia. Puede que Bill simplemente no fuera mi tipo.

Los hombres más jóvenes guardaron silencio.

Nos reclinamos en las sillas. Se estaba haciendo tarde. Casi era hora de cenar.

—Ay, no sé —dijo Garrick—. Estoy convencido de que los tríos son emocionalmente buenos para nuestra psique. Es una experiencia sexual tan atípica que casi no cuenta. Cuando ha terminado ya no piensas en ella. Si un hombre engaña a su esposa o a su novia, le persigue el remordimiento. Los tríos, como sabes que no tienes una relación con esas personas, no suponen ninguna amenaza. Además —añadió—, te acerca más al otro hombre. Fortalece la unión. Después de compartir una experiencia tan íntima, la relación se estrecha.

¿Y qué ocurre después? ¿Qué ocurre al día siguiente?

—Oh, ningún problema. En una ocasión salimos los tres a desayunar —dijo Garrick—. Lo recuerdo porque pagué yo.



## 9.

*¿Qué tiene dos ruedas, lleva sirsaka y pretende darme gato por liebre? Los chicos ciclistas*

Unas semanas atrás conocí a un chico ciclista. Ocurrió en una fiesta literaria que tenía lugar en un gran salón de mármol. Me estaba poniendo morada de salmón ahumado a hurtadillas cuando un amigo escritor se acercó y me dijo:

- Vengo de hablar con un hombre muy interesante.
- ¿De veras? ¿Dónde? —pregunté, mirando suspicazmente en derredor.
- Antes era arqueólogo y ahora escribe libros científicos... Es fascinante.
- No me digas más.

Acababa de localizar al hombre en cuestión. Vestía lo que supuse era la versión urbana de un traje de safari: pantalones de color caqui, camisa beige a cuadros y una americana de tweed algo gastada. Tenía el pelo entre rubio y gris peinado hacia atrás, dejando al descubierto un atractivo perfil. Crucé la sala con la velocidad que me permitían mis sandalias de tacón. El escritor estaba conversando con un hombre maduro, pero enseguida me hice con la situación.

—Alguien me ha dicho que es usted fascinante —dije—. Espero que no me decepcione.

Lo llevé hasta una ventana abierta donde le atiborré de cigarrillos y vino barato. Transcurridos veinte minutos tuve que dejarle porque había quedado con unos amigos para cenar.

Me telefoneó al día siguiente, cuando todavía me hallaba en la cama con resaca. Le llamaremos Horace Eccles. Habló de amor. Me encantó eso de estar en la cama con la cabeza dolorida mientras un hombre guapo me decía cosas bonitas al oído. Quedamos para cenar.

La cosa empezó a torcerse casi desde el principio. Primero me llamó para decirme que llegaría una hora antes. Luego llamó para desmentirlo. Luego llamó para avisar que llegaría media hora tarde. Luego llamó y dijo que estaba a un par de manzanas. Al final llegó tres cuartos de hora tarde.

Y para colmo en bicicleta.

Al principio no me di cuenta. Solo noté un desaliño un poco inusual para un escritor y cierto jadeo que atribuí a mi presencia.

- ¿Dónde te gustaría cenar? —me preguntó.
- He reservado una mesa en Elaine's —dije.

Horace Eccles frunció el entrecejo.

—Pensaba que cenaríamos en algún restaurante del barrio.

Le clavé una de mis miradas y dije:

—Yo no ceno en restaurantes del barrio.



Por un instante pensé que la cita iba a suspenderse. Finalmente, Horace farfulló:

—Verás, es que he venido en bicicleta.

Me volví y contemplé el ofensivo artilugio, atado a una farola.

—No, gracias —dije.

### *Mister New Yorker y sus tres velocidades*

Ese no fue mi primer encuentro con la subespecie romántico-literaria de Manhattan, que es como he acabado por llamar a los chicos ciclistas. Hace un tiempo estuve en una cena con uno de los ciclistas más famosos de la ciudad, al que llamaremos Mr. New Yorker. Redactor de la publicación que lleva ese mismo nombre, aparenta 35 años pero tiene más, es moreno y posee una sonrisa arrolladura. Cuando sale, suele elegir a mujeres solteras, y no solo porque estas quieran que les publique algo en el *New Yorker*. Mr. New Yorker es culto y un poco desaliñado. Se sienta a tu lado, te habla de política y te pregunta tu opinión. Te hace sentir inteligente. Y cuando menos lo esperas, desaparece.

—Oye, ¿dónde está Mr. New Yorker? —preguntaba todo el mundo a las once.

—Fue a hacer una llamada —explicó una mujer— y luego se largó con su bici. Iba a encontrarse con alguien.

La imagen de Mr. New Yorker deslizándose en la noche con su americana de tweed, pedaleando como un loco en su bici de tres velocidades (con guardabarrros para no mancharse los pantalones), me perseguía. Lo imaginé frenando frente a un edificio del Upper East Side, o quizá del Soho, apoyándose contra el interfono y luego resoplando ligeramente, subiendo la bici por la escalera. En ese momento se abría una puerta y él y su enamorada reían mientras se preguntaban dónde poner la bici. Entonces se daban un abrazo sudado y terminaban sobre el futón del suelo.

Los chicos ciclistas gozan de una larga tradición literario-social en Nueva York. Los santos patronos de los chicos ciclistas son George Plimpton, el escritor de pelo blanco cuya bici pendía boca abajo sobre las cabezas de sus empleados en las oficinas del *Paris Review*, y Murray Kempton, el columnista de pelo blanco del *Newsday*. Llevan años circulando en bici y son la inspiración de la nueva generación de chicos ciclistas, como el ya mencionado Mr. New Yorker y un montón de redactores y escritores de libros, revistas y periódicos que se obstinan en atravesar el romántico paisaje de Manhattan pedaleando en solitario. Los chicos ciclistas de Nueva York forman una especie particular de solteros. Inteligentes, divertidos, románticos, esbeltos, atractivos, protagonizan los sueños de las estudiantes crecidas. Hay algo increíblemente, ejem, encantador en un chico ciclista con americana de tweed, sobre todo si lleva gafas.

Las mujeres tienden a sentir por ellos una mezcla de pasión y afecto maternal. Pero existe el otro lado de la moneda: los chicos ciclistas no están casados y probablemente nunca se casarán, a menos que renuncien a su bici.



### *Por qué John E Kennedy Jr. no era un chico ciclista*

—Ir en bicicleta no es exactamente un acto de poder —dijo el señor Eccles—. Si no eres alguien poderoso como George Plimpton, tienes que bajarte de la bici antes de doblar la esquina y sacarte a hurtadillas los pantalones de dentro de los calcetines.

Los chicos ciclistas no van en bicicleta por deporte, como esos idiotas que ves dando vueltas y vueltas por el parque. Utilizan la bicicleta como medio de transporte y, por otro lado, para conservar su juventud literaria. Imagina Oxford a la hora del crepúsculo, pedaleando sobre los adoquines mientras una mujer aguarda frente al río Cherwell, ataviada con un vestido suelto y sosteniendo un tomo de Yeats. Así es como los chicos ciclistas se ven cuando pedalean por Manhattan esquivando taxis y baches. Aunque John F. Kennedy Jr. era, sin duda alguna, el soltero ciclista más famoso y codiciado de Nueva York, su aspecto atlético le desviaba de la categoría de chico ciclista. Porque los chicos ciclistas prefieren cruzar la ciudad en sirsaka a hacerlo en pantalones cortos y camiseta ajustada. Y los chicos de la bici desprecian esos pantalones ceñidos con cojín de espuma cosido al trasero. Los chicos ciclistas aceptan con estoicismo el dolor castigador que inflige el duro asiento de una bicicleta.

—Yo no tengo pantalones de ciclista —explicó Mr. New Yorker, y añadió que en invierno lleva calzoncillos largos para protegerse del frío.

Por eso, probablemente, los chicos ciclistas reciben más agresiones físicas que sus homólogos más atléticos. También porque circulan a cualquier hora (cuanto más tarde mejor, es más romántico), en cualquier estado y por cualquier lugar.

—Los borrachos pegan gritos desde sus ventanas para asustarnos —dijo Eccles. Y cosas peores.

Durante un Halloween, Mr. New Yorker, que vestía una capa de policía británico, pasó frente a un grupo de chicos de doce años que le tiraron de la bici.

—Les dije: «No puedo pelearme con todos a la vez. Pelearé solo con uno». Todos los chicos dieron un paso atrás salvo uno, el más grande. Entonces comprendí que tampoco quería luchar con él.

La banda se abalanzó sobre Mr. New Yorker y procedió a golpearle. En ese momento algunos curiosos empezaron a gritar y los muchachos huyeron.

—Tuve suerte —dijo Mr. New Yorker—. No se llevaron la bici, pero sí algunos discos que había en la cesta. —Transportaba discos de vinilo, no discos compactos, otro rasgo del auténtico chico ciclista.

Eccles explicó una historia parecida.

—Hace dos días estaba circulando por Central Park a las diez de la noche cuando me rodeó una banda de patinadores. Eran prácticamente niños. Me flanquearon con intención de reducirme, pero pedaleé a toda pastilla y los dejé atrás.

El sexo representa un peligro aún mayor, como descubrió un periodista al que llamaremos Chester. Este no circula en bici tanto como antes porque, hace un año, tuvo un accidente después de un interludio romántico. Estaba escribiendo un artículo sobre las bailarinas *topless* cuando hizo amistad con Lola. Es posible que Lola viera en ellos a Marilyn Monroe y Arthur Miller. A saber. El caso es que una noche le



llamó para decirle que estaba tumbada en su cama del Trump Palace y deseaba verle. Chester montó en la bici y se plantó en el lugar en quince minutos. Retozaron durante tres horas seguidas. Luego Lola le dijo a Chester que tenía que irse porque vivía con un hombre y este podía llegar en cualquier momento. Chester salió del edificio como alma que lleva el diablo y saltó sobre su bici. Pero las piernas le temblaban de tanto sexo y empezó a sufrir calambres cuando bajaba por Murray Hill. Al final chocó contra el bordillo y se dio de morros contra el suelo.

—Fue muy doloroso —dijo—. Cuando el asfalto te despelleja la piel es como una quemadura de primer grado.

Por suerte, el pezón volvió a crecerle.

### *Una enorme cosa de acero entre las piernas*

Circular en bicicleta por Manhattan es sin duda, un deporte peligroso. Si esos escritores vivieran en el Oeste, es posible que llevaran pistolas al estilo de Larry McMurtry, Tom McGuane o Cormac McCarthy. Pero como viven en Nueva York, los chicos ciclistas son más del estilo de Clark Kent. Tranquilos durante el día, por la noche se convierten en un peligro público. Pero ¿quién puede reprochárselo?

—Nos saltamos semáforos en rojo, circulamos en contra dirección. Somos, en cierto modo, delincuentes —dijo Chester.

—Siento como si tuviera una enorme cosa de acero entre las piernas palpitando —explicó un chico ciclista que prefirió permanecer en el anonimato.

—Ahora mismo tengo mi mano sobre la bici —dijo Kip, un agente literario que hablaba por teléfono desde su despacho—. Circular en bici por la ciudad te da libertad. Siento que floto por encima de las masas. Con la bici me permito una audacia que no puedo permitirme en los demás aspectos de mi vida. Cuando voy en bici siento que soy el mejor, la persona más conectada consigo misma y con la ciudad.

Los chicos ciclistas son algo especiales en lo que a su bici se refiere. No suelen montar bicicletas de montaña de alta tecnología. Nada de horquillas de suspensión elastomer. Entre los más típicos está Mr. New Yorker, que lleva una bici de tres velocidades con una cesta detrás y guardabarros. La bici tiene que inspirar nostalgia.

—Has de tener una cesta para llevar la compra, el ordenador y la cartera —dijo Mr. New Yorker.

—La bici es como un perro o un hijo —dijo Kip—. La cuido y la limpio con esmero.

Cuando los chicos ciclistas hablan de sus bicis, muchas veces se diría que están hablando de mujeres.

—Adoro mi bici y me siento muy unido a ella —dijo uno—, pero es cierto que no existe mucha diferencia entre una bici y otra.

—En una ocasión yo estuve loco por una bici —explicó Kip—. Era de aluminio. La decapé y la pulí, pero luego me la birlaron y estuve muy deprimido. No se me pasó hasta que compré otra bici y la dejé superguapa.

Al igual que las novias, en Nueva York se roban muchas bicis.





—Si pasas diez minutos en una librería, puede que cuando salgas tu bici ya no esté —dijo Eccles.

Eso, sin embargo, no supone necesariamente un problema, según Mr. New Yorker.

—Puedes amortizar una bici en tres meses si comparas su precio con lo que te habrías gastado desplazándote en metro —dijo—. Y en un mes si utilizas el taxi.

La bici también ayuda a conocer mujeres.

—Es una buena forma de iniciar una conversación —dijo Thad, un escritor—. Hablar de ella te ayuda a mitigar la timidez.

Y, al parecer, es una buena manera de saber si esa noche habrá tomate o no.

—Una vez una mujer se puso furiosa cuando le propuse entrar la bici en su casa —dijo Thad—. Por otro lado, si una mujer te invita a entrar la bici, la cosa está clara.

—El hecho de que una mujer te deje o no entrar la bici en su casa te indica si es una persona relajada o no —dijo Eccles—. Si es una persona tensa, querrá la bici bien lejos de sus cosas.

Pero a veces una bici no es solo una bici, y se diría que las mujeres lo saben.

—Te miran con escepticismo porque te ven demasiado ambulante e independiente —explica Eccles—. Y poco elegante.

—Hay algo de Peter Pan en los chicos ciclistas —dijo Kip—. Por eso mi bici ya no me acompaña a todas partes.

—Indica cierto egoísmo —convino Eccles—. No podemos llevar a nadie. Y a los hombres con bici se les atribuye una libertad excesiva.

Eccles añadió que, con 52 años, tenía diez razones por las que no se había casado, «ninguna de ellas particularmente buena».

También puede indicar cierta tacañería. Una ayudante de redacción de una revista para hombres elegantes recordaba una cita que había tenido con un chico ciclista que conoció en la presentación de un libro. Después de hablar durante un rato, quedaron para cenar en un asador del Upper West Side. Llegó tarde, montado en su bici (ella esperaba fuera fumando un cigarrillo tras otro), y después de sentarse a la mesa y examinar la carta, él le dijo:

—Verás, acabo de darme cuenta de que en realidad me apetece pizza. ¿Te importa si nos vamos? —Y se levantó.

—Pero primero tendríamos que... —dijo ella, mirando al camarero.

Él la agarró del brazo y se la llevó fuera.

—Solo bebiste un poco de agua. Yo ni siquiera probé la mía. No pueden cobrarte por eso.

Fueron a casa de ella y comieron pizza, y luego él se marchó. Se vieron varias veces, pero en cada ocasión él quería ir a su casa a las diez de la noche y encargar comida. La mujer finalmente le dejó y se lió con un banquero.

### *El problema de la entrepiera*

Los chicos ciclistas suelen cometer el error de querer convertir a sus novias en chicas ciclistas. Joanna, una mujer que creció en la Quinta Avenida y ahora es





decoradora, se casó con un chico ciclista.

—Los dos íbamos en bici, de modo que al principio no fue un problema — dijo—. Pero noté que algo iba mal cuando, por mi cumpleaños, me regaló un asiento para bicicleta. Luego, por Navidad, me regaló un portabicis para el coche. Cuando nos divorciamos, se quedó con el portabicis. ¿No te parece increíble?

—¿Chicos ciclistas? No, gracias —dijo Magda, la novelista—. No quiero ni imaginar cuánto debe de apestarles la entrepierna. He estado a punto de ser atropellada por muchos de ellos. Son unos kamikazes egoístas. Si son tan rápidos en la cama como en la bici, lo tienen mal.

—Las mujeres no encuentran sexys a los hombres que circulan en bicicleta — dijo Thad—. Les parece infantil. Al final te das cuenta de que no puedes pasarte la vida dando a las mujeres una impresión falsa de ti mismo.



## 10.

### *Las chicas de Manhattan visitan a las viejas colegas del Greenwich*

El peregrinaje a casa de una amiga que se ha ido a vivir a un barrio residencial fuera de la ciudad es algo que han tenido que hacer casi todas las mujeres de Manhattan y una experiencia que pocas repetirían. En realidad, la mayoría regresa a casa entre mareada y hecha polvo. He aquí un ejemplo de lo que ocurre.

Jolie Bernard era agente de bandas de rock del International Creative Management. Hace cinco años, cuando no estaba recorriendo el mundo con sus botas de vaquera, codeándose con estrellas del rock que a veces se llevaba a la cama, vivía en Nueva York, en un piso de un solo dormitorio decorado con sillones de cuero negro y un enorme equipo de música. Tenía una melena larga y rubia y un cuerpecito firme con grandes tetas. Cuando regresaba a casa tenía un millón de mensajes en el contestador, y cuando salía llevaba dinero y drogas en el bolsillo. Era bastante conocida.

Pero de repente algo ocurrió. Nadie pensó que podría suceder, pero sucedió, lo que demuestra que en este mundo no hay imposibles. Al cumplir los 35 conoció a un inversor financiero que trabajaba para Salomon Brothers, y muy poco después se casaron, ella quedó encinta y se fueron a vivir a Greenwich.

—Nada cambiará —nos dijo—. Seguiremos viéndonos. Podréis venir a casa en verano para hacer barbacoas.

Claro, claro, contestamos.

Pasaron dos años. Nos contaron que había tenido un mocosito, y luego otro. Jamás recordábamos los nombres ni el sexo.

—¿Cómo está Jolie? —preguntaba a Miranda, que en una época fue su mejor amiga.

—No lo sé —decía Miranda—. Cada vez que la llamo no puede hablar. Cuando no es porque el jardinero acaba de llegar, es porque ha pillado a la criada fumando porros en el planchador o uno de los niños está berreando.

—Qué horror, pero qué horror —respondíamos, y cambiábamos de tema.

Pero hace un mes ocurrió lo inevitable: unas tarjetas blancas ribeteadas de florecillas lilas llegaron para invitar a cuatro amigas de Jolie a una despedida de soltera que esta celebraba en su casa. Las esperaba el sábado a la una de la tarde. Como dijo Miranda, ir de visita a Connecticut es lo último que a la gente le apetecería hacer un sábado por la tarde.

—Jolie me telefoneó para suplicarme que fuéramos —dijo Miranda—. Quiere que vayamos algunas amigas de la ciudad para que la fiesta no sea un muermo.

—El beso de la muerte —dije.



Con todo, las cuatro mujeres decidieron ir. Miranda, 32 años, directora ejecutiva de un canal de televisión por cable; Sarah, 38 años, propietaria y directora de una compañía de relaciones públicas; Carrie, 34 años, especie de periodista; y Belle, 34 años, banquera y la única mujer casada del grupo.

### *Viejo Greenwich, nuevas enemigas*

Como era de esperar, el sábado amaneció el día más hermoso del año hasta ese momento. Soleado y con una temperatura de más de veinte grados. Cuando las chicas se encontraron en la estación Grand Central, refunfuñaron por tener que pasar el día más bonito del año metidas en casa de Jolie, aun cuando, como buenas urbanitas, ninguna de ellas salía jamás a pasear si podía evitarlo.

El problema empezó en el tren. Como siempre, Carrie se había acostado a las cuatro de la mañana, tenía una terrible resaca y temía que tarde o temprano fuera a vomitar. Belle se puso a discutir con la mujer que tenía delante porque su hijo no paraba de asomar la cabeza por encima del respaldo para sacarle la lengua.

Entonces Sarah explicó que Jolie llevaba tres meses en Alcohólicos Anónimos, de modo que era posible que en la fiesta no hubiera alcohol.

Carrie y Miranda decidieron bajarse del tren en la siguiente estación y regresar a la ciudad, pero Belle y Sarah se lo impidieron. Y luego Sarah le dijo a Carrie que también ella debería ingresar en Alcohólicos Anónimos.

El tren se detuvo en el viejo Greenwich y las cuatro mujeres se apolonaron en el asiento trasero de un taxi.

—¿Por qué lo hacemos? —preguntó Sarah.

—Porque debemos —respondió Carrie.

—Espero que no tenga ninguna herramienta de jardinería ultramoderna —dijo Miranda—. Como vea una, gritaré.

—Si veo un solo niño, gritaré.

—Mirad. Hierba. Árboles. Aspirad el aroma del césped recién cortado —dijo Carrie, que había empezado a encontrarse mejor. Todas la miraron con suspicacia.

El taxi se detuvo delante de una casa blanca de estilo colonial, cuyo valor había aumentado con la construcción de un tejado de pizarra y de balcones en la primera planta. El césped estaba increíblemente verde y los árboles que salpicaban el jardín tenían una orla de flores rosa en la base.

—Qué perrito tan mono —dijo Carrie cuando un perdiguero rubio corrió ladrando hacia ellas.

Al alcanzar el límite del jardín, el animal retrocedió bruscamente, como si una cuerda invisible tirara de él.

Miranda encendió un Dunhill.

—Cercado eléctrico invisible —dijo—. Todas las casas lo tienen. Y apuesto lo que queráis a que saldrá el tema.

Las mujeres permanecieron en la entrada, mirando fijamente al perro, que ahora estaba sentado en medio del jardín, más tranquilo pero agitando denodadamente la cola.



—¿Podemos irnos? —preguntó Sarah.

Dentro de la casa ya había media docena de mujeres sentadas en los sofás, las piernas cruzadas y una taza de café o té sobre las rodillas. En una mesa había emparedados de pepino, quesadillas con salsa y, desterrada a un rincón, una enorme botella de vino blanco sin abrir. Lucy, la novia, observó con cierto pavor la llegada de las mujeres de Manhattan.

Se hicieron las presentaciones de rigor.

Una mujer llamada Brigid Chalmers, vestida de Hermés de pies a cabeza, bebía lo que parecía un bloody-mary.

—Llegáis tarde, chicas. Jolie empezaba a creer que ya no vendríais —dijo con esa grosería despreocupada que solo las mujeres emplean entre ellas.

—Fue culpa del tren —se excusó Sarah.

—Perdona, ¿acaso nos conocemos? —susurró Miranda al oído de Carrie, lo que significaba que acababa de declararle la guerra a Brigid.

—¿Eso que bebes es un bloody-mary? —preguntó Carrie.

Brigid y otra mujer se miraron.

—En realidad es un virgin-mary —dijo. Sus ojos se desviaron hacia Jolie—. Pasé muchos años bebiendo y yendo de fiesta en fiesta, hasta que al final me di cuenta de lo mucho que me aburría. Ahora me ocupo de cosas más importantes.

—En estos momentos lo único importante para mí es un vodka —dijo Carrie—. Tengo una resaca de cuidado. Si no consigo una copa...

—¡Raleigh! —gritó una mujer desde el sofá, inclinándose para ver qué ocurría en otras habitaciones—. ¡Raleigh, sal al jardín a jugar!

Miranda se acercó a Carrie.

—¿Le está hablando a su perro o a su hijo?

### *Sexo en el matrimonio*

Miranda se volvió hacia Brigid.

—Y dime, Brigid, ¿a qué te dedicas exactamente?

Brigid abrió la boca y se introdujo una quesadilla.

—Trabajo en casa. Tengo una compañía de asesoramiento.

—Comprendo —dijo Miranda al tiempo que asentía con la cabeza—. ¿Y sobre qué asesoras?

—Sobre informática.

—Es nuestra Bill Gates del barrio —dijo una mujer llamada Marguerite que bebía agua en una copa de vino—. Cuando tenemos un problema con el ordenador, llamamos a Brigid y ella lo soluciona.

—Es muy importante —dijo Belle—. Los ordenadores pueden ser muy complicados, sobre todo si no lo usas cada día. —Sonrió—. ¿Y tú, Marguerite? ¿Tienes hijos?

Marguerite se ruborizó ligeramente y desvió la mirada.

—Uno —dijo con cierta tristeza—. Un pequeño ángel. Bueno, ya no es tan pequeño. Tiene ocho años, pero estamos buscando el segundo.



—Margie está probando la fecundación *in vitro* —explicó Jolie, y, dirigiéndose a toda la sala, añadió—: Me alegro tanto de haber tenido los míos al principio.

Por desgracia, Carrie eligió ese momento para salir de la cocina portando un enorme vaso de vodka con dos cubitos de hielo.

—Hablando de mocosos —dijo—, el marido de Belle quiere dejarla preñada, pero ella no quiere, así que se fue a una farmacia para comprar uno de esos aparatos que te indican cuándo estás ovulando, y la dependienta le deseó buena suerte. Entonces Belle le contestó: «No se confunda. Si lo quiero es para saber cuándo no debo hacerlo». ¿No es una pasada?

—Yo no podría estar embarazada en verano —aseguró Belle—. No soportaría que la gente me viera en bañador.

Brigid volvió al tema inicial.

—¿Y a qué te dedicas tú, Miranda? —preguntó—. Vives en Manhattan, ¿verdad?

—Soy directora ejecutiva de un canal de televisión por cable.

—Oh, adoro el cable —dijo una mujer llamada Rita, que llevaba tres collares de oro macizo en el cuello y un anillo de pedida con un zafiro de doce quilates en el dedo, junto a una alianza con incrustaciones también de zafiro.

—Miranda es nuestra Bob Pitman del barrio, ya sabes, el fundador de MTV —dijo Belle con una dulce sonrisa.

—Oh, desde luego —respondió Rita—. Mi marido trabaja en la CBS. Le diré que te he conocido, Miranda. Estoy segura de que... de hecho, ¡yo fui su ayudante...! hasta que la gente descubrió que salíamos juntos. En aquella época él estaba casado.

Ella y las demás mujeres de Connecticut se miraron.

Carrie se sentó junto a Rita y le derramó encima un poco de vodka.

—Lo siento —dijo—. Hoy no es mi día. ¿Te traigo una servilleta?

—No hace falta —dijo Rita.

—Me parece fascinante eso de cazar a un hombre casado —opinó Carrie—. Creo que yo no podría hacerlo. Probablemente acabaría como íntima amiga de la esposa.

—Para eso están los cursos del Learning Annex —dijo secamente Sarah.

—Ya, pero yo no quiero asistir a un curso con una panda de fracasados —replicó Carrie.

—Conozco a mucha gente que ha asistido a cursos en el Learning Annex —dijo Brigid—. Son bastante buenos.

—¿Cuál fue el que más nos gustó? —preguntó Rita—. Ah, sí, el curso sadomasoquista. Cómo ser una dominadora.

—El uso del látigo es lo único que consigue mantener despierto a mi marido —dijo Brigid—. Sexo en el matrimonio.

Lucy rió valientemente.

### ***Sorpresa en el barrio residencial: un bidé***

Carrie se levantó y bostezó.



—¿Alguien sabe dónde está el cuarto de baño?

Pero no fue al cuarto de baño ni estaba tan borracha como parecía. Subió de puntillas por la escalera, cubierta por una alfombra oriental, y pensó que si ella fuera Jolie seguramente sabría qué clase de alfombra oriental era porque esa era la clase de cosas que una mujer debía saber si estaba casada con un rico banquero y organizando un hogar en un barrio residencial.

Entró en el dormitorio de Jolie. Una gruesa moqueta blanca cubría el suelo y por todos lados había fotografías enmarcadas en plata, algunas de Jolie en traje de baño con la larga melena rubia ondeando.

Carrie contempló las fotografías durante un rato. ¿Cómo era la vida de Jolie? ¿Cómo ocurrió? ¿Cómo encontraba una mujer a un hombre que se enamoraba de ella y le daba todo eso? Con 34 años, jamás le había sucedido nada parecido y probablemente nunca le sucedería.

Y esa era la clase de vida que había creído, mientras crecía, que podría tener sencillamente porque lo deseaba. Pero los hombres a los que quería no querían esa vida o no la querían a ella, y los hombres que sí querían esa vida eran demasiado aburridos. Entró en el cuarto de baño. Mármol negro desde el suelo hasta el techo. Un bidé. Tal vez los maridos de los barrios residenciales se negaban a hacerlo a menos que sus esposas estuvieran recién lavadas, a diferencia de los hombres urbanos.

Entonces casi se le escapó un grito al ver una fotografía en color, de 35 por 45 centímetros, en la que aparecía Jolie a lo Demi Moore, ataviada con un salto de cama muy corto y abierto por el centro para mostrar unas tetas a punto de reventar y una barriga enorme. Jolie miraba orgullosa a la cámara, con una mano encima del ombligo, que sobresalía como un pedúnculo. Carrie tiró de la cadena y echó a correr escalera abajo.

—Estamos abriendo los regalos —le regañó Brigid.

Carrie se sentó al lado de Miranda.

—¿Qué te ocurre?

—Una fotografía —dijo Carrie—. En el cuarto de baño del amo. No te la pierdas.

—Disculpad —se excusó Miranda.

—¿Qué estáis tramando? —preguntó Jolie.

—Nada —dijo Carrie.

Miró a la novia, que sostenía unas bragas rojas de seda ribeteadas de encaje negro y con una abertura en la entrepierna. Todo el mundo reía. Es lo que se hace en una despedida de soltera.

### *Tengo escalofríos*

—¿No alucinaste con la fotografía? —preguntó Miranda.

El tren las mecía suavemente de regreso a la ciudad.

—Si alguna vez me quedo embarazada —dijo Belle—, no saldré de casa en nueve meses. No veré a nadie.



—Yo creo que podría pillarle el gusto —dijo melancólicamente Sarah, mirando por la ventanilla—. Tienen casas, coches y niñeras. Sus vidas parecen tan ordenadas. Me dan envidia.

—¿Qué hacen en todo el día? —preguntó Miranda—. Eso es lo que me gustaría saber.

—Ni siquiera le dan al sexo —dijo Carrie.

Estaba pensando en su nuevo novio, Mr. Importante. Ahora todo era maravilloso, pero dentro de un año o dos, si es que duraban tanto, ¿qué ocurriría?

—No vais a creer la historia que me contó Jolie sobre Brigid —dijo Belle—. Mientras vosotras estabais arriba, me llevó a la cocina y me dijo: «Sé agradable con Brigid. Hace poco descubrió a Tad, su marido, montándose con otra mujer».

La otra mujer era Susan, la vecina de Brigid. Susan y Tad trabajaban en Manhattan y desde hacía un año cada día iban juntos en coche a la estación. Cuando Brigid los pilló eran las diez de la noche y estaban dentro del coche, estacionados al final de la calle, borrachos. Brigid había salido a pasear el perro.

Abrió sin más la puerta del coche y dio unas palmadas a Tad en su trasero desnudo.

—Wheaton tiene la gripe y quiere que su papá le dé las buenas noches —dijo, y regresó a su casa.

Estuvo toda una semana ignorando la situación mientras Tad estaba cada vez más histérico. La llamaba diez veces al día desde el despacho. Cada vez que quería discutir el asunto, ella salía con algún tema de los niños. Al final, el sábado por la noche, cuando Tad estaba preparando unos margaritas en la terraza, se lo dijo.

—Estoy embarazada de tres meses, pero esta vez poco importa si lo perdemos. ¿No te alegras, cariño?

Luego agarró la jarra de los margaritas y la vertió sobre la cabeza de Tad.

—Típico —comentó Carrie mientras se limaba las uñas con el canto de una caja de cerillas.

—Yo me alegro mucho de poder confiar en mi marido —dijo Belle.

—Tengo escalofríos —dijo Miranda. En ese momento cruzaron un puente y vislumbraron Manhattan, oscuro y marrón—. Necesito una copa. ¿Quién se apunta?

Después de tres cócteles en Ici, Carrie telefoneó a Mr. Importante.

—Hola —dijo él—. ¿Cómo estás?

—Fue horrible —explicó Carrie con una risita—. Ya sabes que odio esas cosas. Solo saben hablar de niños, de escuelas privadas, del amigo que fue expulsado del club de campo y de la niñera que se la pegó con el Mercedes.

Carrie podía oír a Mr. Importante dar caladas a su puro.

—No te preocupes, pequeña, te acostumbrarás —dijo.

—No, gracias.

Carrie se volvió hacia su mesa. Miranda había secuestrado a dos tipos, uno de los cuales ya estaba conversando seriamente con Sarah.

—Me largo al Bowery —dijo, y colgó.





## 11.

### *Las chicas huyen de la tierra de las casadas para una noche de topless*

Cosas terribles pueden suceder a las chicas de Manhattan cuando regresan a la ciudad tras visitar a sus amigas casadas y con hijos de los barrios residenciales.

El día después de la despedida de soltera en casa de Jolie, se produjeron muchas llamadas.

Sarah se había roto un tobillo patinando a las cuatro de la madrugada. Miranda se había tirado a un tío en un armario durante una fiesta, sin condón. Carrie había hecho algo tan ridículo que estaba segura de que su relación con Mr. Importante tenía los días contados. Y nadie podía encontrar a Belle.

#### *El amigo jugueteón*

Miranda no había ido a la fiesta con intención de perder la cabeza, de hacer lo que ella llamaba su «imitación de Glenn Close».

—Solo quería irme a casa, dormir bien y trabajar el domingo.

Esa era la gran ventaja de estar soltera y sin hijos: podías trabajar los domingos. Pero Sarah la convenció de que fuera.

—Podrías hacer buenos contactos —le dijo Sarah, que con su firma de RP estaba constantemente buscando «contactos» que también podían traducirse por «citas».

La fiesta era en la casa de un ricacho de la 64 Este. Chicas de treinta y tantos vestidas de negro y casi todas rubias. El tipo de mujer que siempre va a las fiestas de los tíos con pasta y que siempre trae a sus amigas, de modo que había escuadrones enteros buscando hombres pero fingiendo lo contrario.

Sarah se perdió en la multitud. Miranda se quedó junto al bar. Poseía una melena morena y ondulada y vestía unas mallas ajustadas, de modo que destacaba.

Dos chicas pasaron por su lado y Miranda —quizá sea un poco paranoica— habría jurado que una de ellas decía: «Esa chica es Miranda Hobbes, una auténtica zorra». De modo que Miranda, en un tono que nadie podía oír, contestó:

—Es cierto, soy una auténtica zorra, cariño, pero gracias a Dios no me parezco a vosotras.

Y se acordó de los diminutos tenedores de afiladas púas con que las chicas de Greenwich habían servido el pastel de zanahoria y queso bajo en calorías.

Un hombre se acercó. Traje hecho a medida. Bueno, no era exactamente un hombre, pues no aparentaba más de 35 años. Miranda había pedido al camarero un vodka doble con tónica.

—¿Sedienta? —preguntó el hombre.



- No. Lo que de verdad me apetece es un filete.  
—Le conseguiré uno —dijo el hombre, que resultó tener acento francés.  
—Ya nos veremos —respondió Miranda, e intentó alejarse.

No quería participar de la fiesta. Estaba harta de sentir que no encajaba, pero tampoco quería irse a casa porque estaba harta de estar sola y se encontraba un poco borracha.

—Me llamo Guy —dijo él—. Tengo una galería en la 79.

Miranda suspiró.

—Por supuesto.

—Tal vez la conozcas.

—Mira, Guy...

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Puedes tocarme el ano con la polla?

Guy sonrió maliciosamente.

—Desde luego.

—Entonces te sugiero que te des por culo.

—¡Caray! —exclamó Guy, y Miranda se preguntó si era realmente estúpido o solo lo parecía porque era francés.

El hombre la tomó de la mano y empezó a tirar de ella hacia la escalera. Miranda le siguió porque pensó que un tipo capaz de mantener la calma después de ser insultado no podía estar tan mal. Terminaron en el dormitorio del ricacho, que tenía una colcha de seda roja en la cama, y para colmo Guy llevaba encima cocaína. Empezaron a besarse. La gente entraba y salía de la habitación.

Por alguna razón, se metieron en el ropero. Artesonado de pino viejo, percheros repletos de americanas y pantalones, estantes con jerséis de cachemir y zapatos. Miranda curioseó las etiquetas. Saville Row, qué aburrido. Entonces se volvió y Guy estaba justo delante de ella. Empezaron a meterse mano. Las mallas cayeron. El amigo juguetón asomó.

—¿Era grande? —le preguntó Carrie por teléfono.

—Grande. Y francés —respondió Miranda. (¿Cómo pudo?)

Cuando terminaron, él dijo:

—Oye, cielo, será mejor que no se lo cuentes a mi novia. —Y le metió la lengua en la boca por última vez.

Entonces se lo contó todo: vivía con una novia desde hacía dos años, estaban prometidos aunque él no sabía si quería casarse, pero vivían juntos, ¿qué remedio le quedaba? Y entonces ella fue Glenn Close sin el conejo.

Al día siguiente, Guy consiguió el número de teléfono de Miranda y la llamó para volver a verla.

—Y ese es el surtido del que podemos elegir —dijo Miranda.

### *Newbert se preocupa*

A mediodía, Newbert, el marido de Belle, llamó a Carrie para saber si había visto a su mujer.



—Si estuviera muerta me habría enterado —dijo Carrie.

### *La patinadora ingenua*

Luego le tocó a Sarah, quien, según Miranda, se puso a patinar en el sótano de su casa a las cuatro de la madrugada. Borracha. Una mujer adulta aferrándose al papel de ingenua. ¿Hay algo más patético? Lo dudo.

No obstante, ¿qué puede hacer Sarah? Tiene 38 años, no está casada y le gustaría tener pareja. Y los hombres, como bien sabemos, las prefieren jóvenes. Incluso las mujeres de la despedida de soltera, aunque ahora eran mayores que Sarah, se habían casado más jóvenes. Tal vez haya perdido el tren para siempre. Por eso se pone a patinar en el sótano de su casa con un chico de 25 años. En lugar de acostarse con él. Él quiere, pero ella teme que su cuerpo le parezca demasiado viejo.

—Hoooola —dice Sarah cuando Carrie la llama por la tarde. Está tumbada en el sofá de su diminuto pero ideal apartamento de una habitación situado en un rascacielos de la Segunda Avenida—. Oh, estoy bieeen. Parece increíble, ¿eh? —Habla con un tono alegre que suena falso—. Solo un tobillo un poco roto. Y los médicos de urgencias eran una monada. Luke no me dejó sola ni un momento.

—¿Luke?

—Bueno, Lucas. Un tío monísimo. Un amiguito. —Sarah suelta una risita horrible.

—¿De dónde sacaste los patines?

—Oh, eran de él. Llegó con ellos a la fiesta. ¿No es una monada?

Seis semanas enyesada. Durante ese tiempo tendrá que caminar coja y dirigir su negocio de RP como mejor pueda. No tiene seguridad social. El negocio no da para tanto.

¿Es eso mejor o peor que estar casada y vivir en las afueras? ¿Mejor o peor? Quién sabe.

### *Belle en el Carlyle*

Belle llama desde el Carlyle. Dice algo acerca de un tesorero de los Miami Dolphins. En Frederick's. Dice algo acerca de su marido, Newbert, y una salsa de espaguetis.

—La salsa de espaguetis me sale buenísima —dice—. Soy una esposa estupenda.

Carrie está de acuerdo.

Cuando llegó a casa tras la despedida de soltera, ella y Newbert discutieron. Belle se marchó a Frederick's, el club nocturno. El tesorero estaba en Frederick's. Le dijo una y otra vez que su marido no la amaba lo suficiente.

—Sí me quiere —repuso Belle—. Usted no entiende nada.

—Yo la querría aún más.

Belle se echó a reír, se marchó y se alojó en una suite del Carlyle.

—Ahora mismo me están sirviendo una copa —dice.



Cree que Newbert podría estar nervioso porque acaba de enviar su novela. Cree que podría estar enfadado porque ella no quiere tener hijos. No mientras no venda la novela. Cuando se quede embarazada, todo habrá terminado, así que ahora ha de hacer lo posible por divertirse.

### *Todos los caminos llevan a Baby Doll*

Tras la despedida de soltera y después de hablar por teléfono con su nuevo novio, Mr. Importante, Carrie fue al Bowery. Samantha Jones, la productora de cine cuarentona, estaba allí. La mejor amiga de Carrie. A veces.

Barkley, el cazamodelos y futuro pintor de 25 años se había hecho un sitio en la mesa de Samantha.

—Me encantaría que pasaras por mi *loft* —dijo Barkley, apartándose sus mechones rubios de la cara.

Samantha estaba fumando un puro habano. Aspiró y arrojó el humo a la cara de Barkley.

—Estoy segura, ¿pero qué te hace pensar que me gustarán tus garabatos?

—Bueno, no tienen que gustarte —dijo Barkley—. Con que te guste yo es suficiente.

Samantha sonrió maliciosamente.

—No me gustan los menores de treinta y cinco. No tienen experiencia suficiente para satisfacer mis gustos.

—Pruébame —dijo Barkley—. O por lo menos invítame a una copa.

—Nos vamos —anunció Samantha a Carrie—. Hemos de buscar otra guarida.

La encontraron. El Baby Doll Lounge. *Topless* en Tribeca. No pudieron sacarse de encima a Barkley, así que le dejaron venir. Les convendría estar con un tío en un bar de *topless*. Además, tenía hierba. Fumaron en el taxi, y al llegar al Baby Doll Lounge, Samantha agarró a Carrie del brazo (Samantha casi nunca hace esas cosas) y le dijo:

—Quiero que me hables de Mr. Importante. Estoy segura de que es el hombre que te conviene.

Carrie tuvo que pensarse si quería responder o no, porque entre ella y Samantha siempre ocurría lo mismo. Justo cuando estaba feliz con un hombre, Samantha aparecía y la llenaba de dudas.

—Creo que estoy loca por él —dijo al fin.

—¿Pero sabe lo estupenda que eres? ¿Lo estupenda que me pareces? —preguntó Samantha.

Un día, Samantha y yo nos acostaremos juntas con el mismo hombre, pero no esta noche, pensó Carrie.

La camarera, una mujer, se acercó.

—Cómo me alegro de volver a ver mujeres por aquí —dijo, y procedió a servirles copas gratis.

Eso siempre era un problema. Entonces Barkley intentó iniciar una conversación sobre lo mucho que le gustaría ser director y que a fin de cuentas era lo



que todos los pintores hacían, así que ¿por qué no se olvidaba de la tediosa etapa de pintor y empezaba a dirigir?

Dos chicas bailaban sobre el escenario. Parecían auténticas: culos grandes y pechos pequeños y caídos. Para entonces, Barkley estaba gritando:

— ¡Soy mejor que David Salle! ¡Soy un jodido genio!

— ¿De veras? ¿Quién lo dice? — gritó Samantha.

— Todos somos genios — dijo Carrie, y se fue al lavabo.

Para ello tuvo que cruzar el pasillo entre los dos escenarios y bajar por una escalera. El lavabo tenía las baldosas rotas y una puerta de madera gris que no cerraba bien. Pensó en Greenwich. Matrimonio. Hijos.

No estoy preparada, pensó.

Subió, se quitó la ropa, subió al escenario y se puso a bailar. Samantha la miraba muerta de risa, pero cuando la camarera se acercó a Carrie y le pidió educadamente que bajara, ya no reía.

Al día siguiente Mr. Importante telefoneó a las ocho de la mañana. Iba a jugar al golf. Parecía tenso.

— ¿Cuándo volviste a casa? — preguntó—. ¿Qué hiciste?

— No mucho — respondió Carrie—. Fui al Bowery y luego al Baby Doll Lounge.

— ¿No me digas? ¿Hiciste allí algo especial?

— Bebí demasiado. — Carrie soltó una carcajada.

— ¿Quieres contarme algo más?

— No, la verdad es que no — respondió Carrie con la vocecita infantil que utilizaba cuando quería tranquilizar a Mr. Importante—. ¿Y tú?

— Alguien me llamó por teléfono esta mañana para contarme que te vio bailando en *topless* en el Baby Doll Lounge.

— ¿De veras? ¿Cómo sabe que era yo?

— Lo sabe y punto.

— ¿Estás enfadado?

— ¿Por qué no me lo dijiste? — preguntó él.

— ¿Estás enfadado?

— Estoy enfadado porque no me lo dijiste. ¿Cómo puedes tener una relación si no puedes ser sincera?

— ¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

— Créeme — dijo Mr. Importante—, si puedes confiar en alguien, es en mí.

Y colgó.

Carrie agarró las fotos de Jamaica (qué felices parecían, descubriéndose el uno al otro) y recortó aquellas donde salía Mr. Importante con su puro. Luego pensó en lo que sentía cuando dormía con él, en cómo se acurrucaba contra su espalda.

Quería pegar las fotos en una cartulina y escribir arriba «Retrato de Mr. Importante con su puro», y abajo «Te echo de menos» con muchos besos.

Contempló las fotos durante un rato, pero no hizo nada con ellas.



## 12.

### *Skipper y Mr. Maravilloso buscan sexo desenfrenado en los setos de Southampton*

Tal vez sea el hecho indiscutible de que casi todo el mundo tiene mejor aspecto con la piel bronceada. O tal vez sea una prueba más de que el instinto sexual es más fuerte que la ambición, incluso para los neoyorquinos. En cualquier caso, hay algo en los Hamptons que insta a los encuentros sexuales carentes de sentido, a esos apareamientos vergonzosamente breves que casi nadie desea reconocer por la mañana.

Digamos que es una mezcla de piel (las mujeres en *topless* de Media Beach), geografía (se tarda taaanto en ir de Southampton a East Hampton, sobre todo a las cuatro de la mañana) y topografía (todos esos setos elevados que invitan a las parejas a escabullirse).

Con todo, dilucidar el modo en que esos elementos pueden funcionar a tu favor, sobre todo si eres hombre, exige cierta astucia. Y la juventud no es necesariamente una ventaja. Has de conocer bien el tema o de lo contrario puede que termines con algo que no esperabas.

He aquí un relato aleccionador sobre tres solteros optimistas que pasaron el fin de semana del Cuatro de Julio en los Hamptons.

Conozcamos primero a los personajes.

Soltero 1: Skipper Johnson, 25. Niño pijo. Abogado de artistas. El chico perfecto. Aspira a dirigir algún día un gran estudio de cine en Nueva York. Sus juguetes: un Mercedes pequeño, ropa de Brooks Brothers («Tengo un cuerpo Brooks Brothers») y un teléfono móvil que no deja en paz ni un minuto. Hace poco unos amigos se quejaron de que Skipper se había pasado dos horas hablando por teléfono en el aparcamiento de la playa, cerrando un trato.

—Ir a la playa es una pérdida de tiempo —dice Skipper— y odio llenarme de arena. —Está preocupado por su reciente falta de éxito con las mujeres—. ¿Acaso se piensan que soy gay? —dice con seriedad.

Soltero 2: Mr. Maravilloso, 65 años aunque solo confiesa 60. Mandíbula cuadrada, pelo blanco, ojos azules y brillantes, constitución atlética, todas sus partes funcionan cuando deben. Casado y divorciado cinco veces. Doce hijos. Esposas segunda, tercera y cuarta: buenas amigas. Los colegas se preguntan cuál es su secreto. Juguetes: ninguno, pero puede hablar del ático en Park Avenue, de la casa en Bedford y del apartamento en Palm Beach. Está pasando el fin de semana con unos amigos en Further Lane, East Hampton. Está pensando en comprar una casa.

Soltero 3: Stanford Blatch, 37. Guionista. El próximo Joe Eszterhas. Gay, pero tiene debilidad por los heteros. Pelo moreno, largo y rizado; se niega a cortárselo o a





recogerlo en una coleta. Algún día se casará y tendrá hijos. Se aloja en la casa de su abuela de Halsey Neck Lane, en Southampton. La abuela vive en Palm Beach. Juguetes: no conduce, de modo que convence al chófer de la familia para que le pasee los fines de semana. Desde que era niño conoce a todo el mundo que vale la pena conocer, por lo que no tiene que demostrarlo.

### *La ducha fría de Skipper*

Viernes noche. Skipper Johnson llega en coche a Southampton. Ha quedado en Basílico con cuatro mujeres, todas en la veintena, que trabajan en Ralph Lauren y que a simple vista son indistinguibles. Skipper encuentra tranquilizadora la insulsa belleza de esas chicas. Como también el hecho de que sean varias, pues así no tiene que pasarse la noche intentando entretenerlas.

Beben Pine Hamptons en el bar. Skipper paga. A las once, va a M-80. Fuera hay cola, pero Skipper conoce al portero. Beben cócteles en vasos de plástico. Skipper encuentra a unos amigos: los cazamodelos George y Charlie.

—Tengo doce chicas durmiendo en mi casa este fin de semana —explica George.

George sabe que a Skipper le encantaría ir, de modo que no le invita. Dos de las modelos se arrojan mutuamente la bebida entre carcajadas.

A las dos de la madrugada una de las chicas vomita entre los arbustos. Skipper se ofrece a acompañarlas a casa: un rancho antes de alcanzar la zona buena de Southampton. En la nevera solo hay una caja de cervezas. Skipper entra en un dormitorio, se sienta en la cama con una de las chicas y bebe cerveza. Se tumba, cierra los ojos y rodea con su brazo la cintura de la muchacha.

—Estoy demasiado borracho para conducir —dice con voz de cachorrillo.

—Quiero dormir —dice ella.

—Deja que me quede, te lo ruego. Te prometo que solo dormiremos —asegura Skipper.

—De acuerdo, pero dormirás sobre la colcha y vestido.

Skipper obedece. Se duerme y empieza a roncar. En algún momento de la noche, la chica lo manda al sofá.

Sábado por la mañana. Skipper se dirige a su casa de East Hampton, pero decide desviarse a Bridgehampton para hacer una visita a sus amigos Carrie y Mr. Importante. Este está en el jardín, sin camisa, fumando un puro y regando las plantas que rodean la piscina.

—Estoy de vacaciones —dice.

—¿Pero qué haces? ¿No tienes jardinero? —pregunta Skipper.

Carrie está fumando cigarrillos y leyendo el *New York Post*.

—Él es el jardinero. Y también lavacoches.

Skipper se quita los pantalones y, en calzoncillos de boxeador, se sumerge en el agua como un personaje de dibujos animados, esto es, con las rodillas dobladas y apuntando hacia los lados. Cuando sale para coger aire, Mr. Importante le dice:

—Ahora comprendo por qué no te comes una rosca.





- ¿Qué se supone que debo hacer? —pregunta Skipper.  
—Fumarte un puro —responde Mr. Importante.

### *El señor Match enamorado*

Sábado, Halsey Neck Lane. Stanford Blatch está sentado junto a la piscina, hablando por teléfono y viendo cómo la novia de su hermano, a la que odia, trata de leer su *New York Observer*. Habla en voz alta para molestarla.

—Tienes que salir de la ciudad —está diciendo—. Esto es ridículo. ¿Es que quieres pasarte el fin de semana en Manhattan trabajando? Coge ahora mismo un hidroavión. Pago yo. De acuerdo, tráete los manuscritos. Vosotros los agentes trabajáis demasiado. Desde luego que hay sitio. Tengo toda la planta de arriba.

Stanford cuelga. Se acerca a la novia de su hermano.

—¿Conoces a Robert Morriskin? —La chica le mira sin comprender—. Lo suponía. Es un agente literario joven y emprendedor. Un hombre adorable.

—¿Es escritor? —pregunta ella.

### *Skipper lo estropea*

Sábado noche. Skipper acude a una barbacoa en casa de los Rappaport, un matrimonio joven que siempre parece estar al borde del divorcio. Se emborracha de nuevo y vuelve a probar el truco de «beber cerveza tumbado en la cama», con una chica llamada Cindy. Todo va bien hasta que comenta que Jim Carrey le parece un genio.

—Verás, tengo novio —dice ella.

Domingo. Mr. Maravilloso llama a sus amigos, les dice que está harto de Bedford y que viene con su Ferrari. Stanford Blatch está sentado junto a la piscina con una americana de manga corta y pantalones ajustados de Armani. Se halla de nuevo al teléfono con Robert Morriskin.

—¿Por qué no vienes esta noche? Hay una fiesta a lo grande. Ya no se hacen fiestas así por aquí. Puedes traerte a una chica, si quieres. No me importa.

### *Algo increíble sucede*

Domingo noche. Fiesta de Coerte Felske en casa de Ted Fields. Skipper no ha sido invitado y está molesto. Con todo, se las arregla para asistir ofreciéndose como chófer a Stanford Blatch, a quien conoce vagamente y a quien siempre invitan a todas partes.

La fiesta tiene lugar en el jardín. Skipper nota que una joven llamada Margaret le presta mucha atención. Margaret es baja, morena y pechugona. Aunque bonita, no es el tipo de Skipper. Trabaja de relaciones públicas. Skipper y Margaret deciden que tienen que ir al lavabo y eso supone caminar por un sendero flanqueado de antorchas hasta los retretes portátiles. Se desvían hacia un seto. Empiezan a besarse. Entonces sucede algo increíble.



—Me muero por hacer algo —dice Margaret.

Se arrodilla y le baja la cremallera a Skipper, que no da crédito a sus ojos. El acto dura menos de dos minutos.

—Me llevarás a casa, ¿verdad? —le dice Margaret con un codazo.

—No puedo —responde Skipper—. Prometí a Stanford que le acompañaría en coche y tú vives en la otra dirección.

### *¡Oh, Mr. Maravilloso!*

Further Lane. Mr. Maravilloso llega justo a tiempo para la cena. Su anfitrión, Charlie, lleva cinco años divorciado. Ha invitado a algunos hombres y mujeres de treinta y cuarenta y tantos. Mr. Maravilloso se sienta junto a una mujer llamada Sabrina: 32 años y pechos a punto de explotar bajo un corpiño negro de Donna Karan. Mr. Maravilloso le trae una copa, se muestra comprensivo cuando le habla de su ex marido. A las once, Sabrina recuerda que tiene que ir a Stephen's Talk House para reunirse con unos amigos. Mr. Maravilloso se ofrece a conducir el coche de Sabrina, que parece un poco achispada. Aterrizan en casa de Sabrina a las tres de la mañana. Cuando entra, la compañera de Sabrina dice:

—Si vienes con malas intenciones, ya puedes irte.

La chica se tumba en el sofá y apaga la luz.

Más tarde, en torno a las cinco de la mañana, Mr. Maravilloso empieza a sentir claustrofobia. La casa de Sabrina es diminuta. Desde el dormitorio puede oír los ronquidos de la amiga en el sofá de la sala. Voy a volverme loco, piensa.

Lunes. Mr. Maravilloso llama a Sabrina, a quien acaba de dejar hace una hora. Le sale el contestador.

—¿Te apetece ir a la playa?

En Media Beach se reúne con Carrie y Mr. Importante. Entonces vislumbra a una rubia con un cocker. Mr. Maravilloso se acerca y empieza a hacerle gracias al perro. Entablan una conversación. Piensa que la cosa promete hasta que el novio se aproxima. Un tipo grande, pesado, paticorto y con un tórax demasiado desarrollado. Mr. Maravilloso regresa a su toalla. Samantha Jones está sentada con Carrie y Mr. Importante. La rubia y su novio se ponen a pasear por la playa. Cuando pasan frente a Mr. Maravilloso, ella le saluda agitando un brazo.

—¿Lo veis? Os dije que estaba interesada en mí. Muy interesada —dice Mr. Maravilloso.

—¿En ti? —Samantha suelta una sonora carcajada.

### *Crisis en el móvil*

Skipper está jugando a tenis cuando suena su móvil.

—Hola, cielo —dice Margaret—. Me preguntaba qué hacías.

—Estoy en medio de un partido de tenis.

—¿Quieres venir a mi casa cuando termines? Me encantaría prepararte una cena.



—Uf, no puedo.

—¿Qué quieres decir con que no puedes?

—Que todavía no sé lo que voy a hacer. Le dije a otra gente que iría a cenar a su casa.

—Pues iremos juntos.

Skipper baja la voz.

—No es posible. Se trata de una cena de negocios.

—Mi pequeño magnate —dice Margaret.

Robert Morriskin llega finalmente en hidroavión. Stanford está algo mosca con él por no haber llegado un día antes, de modo que envía al chófer en la vieja furgoneta Ford en lugar del Mercedes.

Mr. Maravilloso regresa de la playa. Sabrina le ha telefoneado. Él la llama enseguida pero le sale el contestador.

### *¿Es Elle?*

Lunes noche. Carrie, Mr. Importante y Mr. Maravilloso se dirigen a una fiesta. Mr. Maravilloso conduce despacio su enorme Mercedes por Mecox Lane y deja atrás los tres establos. El sol empieza a bajar y la hierba tiene un verdor sereno. Hay una pequeña colina, y cuando el coche alcanza la cumbre aparece una mujer patinando torpemente. Lleva una camiseta blanca ajustada y unos diminutos pantalones cortos. Lleva su melena castaña recogida en una coleta, pero son sus piernas lo que destaca.

—Me he enamorado —dice Mr. Maravilloso. Cuando la mujer gira por una calle, él sigue recto, pero luego se detiene y pone las manos sobre el volante—. Debo volver.

Carrie lanza una mirada a Mr. Importante que este ignora. Se ríe y sigue la corriente a su amigo.

Mr. Maravilloso acelera.

—Mírala. No tiene ni idea de patinar. Se hará daño.

Adelantan a la chica.

—¿Es Elle? Se parece a Elle —dice Mr. Importante.

Carrie va en el asiento trasero fumando un cigarrillo.

—Demasiado joven —responde.

Mr. Importante baja la ventanilla y dice:

—Hola.

La chica se acerca al coche.

—Hola —responde con una sonrisa—. ¿Nos conocemos?

—No lo sé —dice Mr. Maravilloso, acercando el cuerpo a la ventanilla—. Soy Mr. Maravilloso.

—Yo soy Audrey. —La chica mira a Mr. Importante—. Se parece a alguien que conozco.

Mr. Maravilloso baja del coche.

—¿Sabe frenar? Hay que saber frenar. El patinaje puede ser peligroso.

La chica ríe.



—Se hace así —explica Mr. Maravilloso, colocándose de cuclillas con un pie delante y levantando los brazos al frente.

—Gracias —dice la chica, y se aleja patinando.

—¿Es usted modelo? —pregunta Mr. Maravilloso.

—No; soy estudiante —contesta ella por encima del hombro.

Mr. Maravilloso regresa al coche.

—Lleva un anillo en el dedo. ¿Cómo es posible que su marido la deje patinar sola? Le habría pedido que se casara conmigo. Qué hermosa es. ¿Cómo dijo que se llamaba? Audrey. Se llama Audrey. Un nombre un poco anticuado, ¿no os parece?

### *El chico de la cretona azul*

Stanford ha organizado una cena en Delia Femina's para Robert. Después, todos regresan a casa y fuman porros. A las dos, Robert se retira con la excusa de que al día siguiente tiene que repasar un montón de manuscritos. Stanford le acompaña a su habitación, que está decorada con cretona típica de Southampton.

—Siempre he adorado este cuarto —dice Stanford—. Hoy día ya no se hace esta cretona azul. Espero que no pases calor. Pienso que en verano es mejor dormir sin sábana. Así dormíamos de pequeños, antes de que mi abuela descubriera el aire acondicionado.

Stanford se sienta en una butaca mientras Robert se desviste. A Robert no parece importarle y Stanford sigue parlotando. Robert se acuesta y cierra los ojos.

—¿Cansado? —pregunta Stanford. Se acerca a la cama y mira a Robert, que tiene los ojos cerrados—. ¿Duermes?

### *El día de la Independencia*

Martes 4 de julio. Suena el móvil. Es Margaret.

—Hola, cielo. La gente ha decidido marcharse pronto pero yo no quiero. ¿Cuándo piensas regresar a la ciudad? ¿Puedes llevarme?

—No pienso irme hasta mañana por la mañana —contesta Skipper.

—Bueno, mañana por la mañana me va bien. Llamaré al trabajo para avisar.

—Vale —dice Skipper de mal humor.

—¿No te gusta el último día de los puentes, cuándo todo el mundo se ha ido y tú sigues aquí? Salgamos a cenar.

—No puedo. Prometí a unos amigos...

—No te preocupes —dijo Margaret—. El fin de semana próximo nos veremos sin falta. Podemos hacer planes mañana, en el coche.

Martes por la tarde. Mr. Maravilloso gira con su Mercedes por la calle donde vio por última vez a Audrey. Baja del coche, abre el maletero y después de cierto forcejeo se pone unos patines. Recorre un par de manzanas. Luego se apoya contra el coche y espera.



## 13.

### *Hablan las guapas*

Cuatro chicas quedaron una tarde en un restaurante del Upper East Side para hablar de lo que representa ser joven e increíblemente bella en Nueva York. Lo que representa ser buscada, invitada, molestada, envidiada, incomprendida y simplemente encantadora antes de cumplir los veinticinco.

Camilla fue la primera en llegar. Un metro setenta y siete, piel blanca, labios carnosos, pómulos redondos, nariz pequeña. Camilla tiene 25 años pero dice que «se siente vieja». Empezó a trabajar de modelo a los dieciséis. Hace unos meses, cuando la conocí, estaba cumpliendo su labor como «acompañante» de un conocido productor de televisión, lo que significa que sonreía y respondía cuando alguien le hacía una pregunta. Aparte de eso, poco esfuerzo tenía que hacer, salvo encender de vez en cuando un cigarrillo.

Las mujeres como Camilla no tienen que esforzarse demasiado, y aún menos con los hombres. Aunque muchas mujeres habrían matado por salir con Scotty, el mencionado productor, Camilla me dijo que se había aburrido con él.

—No es mi tipo.

Demasiado viejo (43), no lo bastante atractivo, no lo bastante rico. Dijo que acababa de llegar de un viaje a St. Moritz con un joven noble europeo. Esa, explicó, era su idea de pasarlo bien. El hecho de que Scotty fuera uno de los solteros más codiciados de Nueva York carecía de importancia para Camilla. Ella era el premio, no Scotty.

Las otras tres chicas no habían llegado, así que Camilla siguió hablando.

—No quiero parecer una hija de puta —dijo, mirando, en derredor—, pero casi todas las chicas de Nueva York son unas ignorantes, unas cabezas huecas. Son incapaces de mantener una conversación. No saben qué tenedor deben usar. No saben dar una propina a la criada de la casa de campo donde están invitadas.

Hay un puñado de mujeres como Camilla en Nueva York. Pertenecen a una especie de club secreto, una hermandad urbana que exige ciertas condiciones para poder ingresar: ser extraordinariamente guapa, ser joven (entre 17 y 25 años, o por lo menos no reconocer más de 25), ser inteligente y ser capaz de permanecer sentada en un restaurante nuevo durante horas.

Lo de ser inteligente, no obstante, parece relativo. Como dijo Alexis, una amiga de Camilla:

—Yo soy una intelectual, leo mucho. Puedo leerme una revista de cabo a rabo de un tirón.

Sí, estas son las guapas que desequilibran la balanza entre hombres y mujeres en Nueva York porque se llevan más de lo que les toca en cuanto a atenciones,



invitaciones, regalos, ofertas de ropa, dinero, viajes en aviones privados y cenas en yates en el sur de Francia. Son las mujeres que acompañan a los solteros importantes a las mejores fiestas y galas benéficas. Las mujeres a las que entrevistan. Ellas tienen la sartén por el mango. Nueva York debería estar a sus pies. Pero ¿ocurre realmente así?

### *Hablemos de canallas*

Las otras chicas llegaron. Además de Camilla, que dijo que estaba «soltera pero trabajándose a un joven vástago» de una familia de Park Avenue, estaban: Kitty, 25 años, aspirante a actriz que vivía actualmente con Hubert, un actor de 55 años todavía famoso pero en paro; Shiloh, 17 años, modelo que tres meses antes había sufrido una especie de crisis y ahora apenas salía; y Teesie, 22 años, modelo recién asentada en Nueva York cuya agencia le había dicho que dijera que tenía diecinueve.

Las chicas eran «amigas» y solían encontrarse por las noches. Incluso más de una vez habían salido con el mismo «canalla», como decía Kitty.

—Eso, hablemos de canallas —propuso una de ellas.

—¿Alguien conoce a un tío llamado S.P.? —preguntó Kitty, melena oscura y desaliñada, ojos verdes y voz de niña—. Es un tío con canas y cara de bollo que está en todas partes. Pues un día que estaba en el Bowery, se acercó y me dijo: «Eres demasiado joven para darte cuenta de que quieres acostarte conmigo, pero cuando seas lo bastante mayor para darte cuenta, serás demasiado mayor para que yo quiera acostarme contigo».

—Los hombres siempre intentan comprarnos —dijo Camilla—. Una vez, un tío me dijo: «Ven a St. Barts conmigo este fin de semana, te lo ruego. No tenemos que acostarnos, te lo prometo. Solo quiero abrazarte». Rechacé la oferta, y cuando el tipo regresó de St. Barts, me dijo: «¿Por qué no viniste? Te dije que no nos acostaríamos». Y le respondí: «¿No comprendes que si me voy de fin de semana con un hombre significa que quiero acostarme con él?».

—Una persona de mi antigua agencia intentó venderme a un hombre rico —explicó Teesie. Tenía facciones pequeñas y un cuello de cisne—. El hombre era amigo de una de las «booker», y esta le prometió que podría «tenerme». —Teesie parecía de repente indignada y llamó a un camarero—. Perdona, pero mi vaso tiene una mancha.

Shiloh, deseosa quizá de competir, intervino:

—Hay tíos que me han ofrecido billetes de avión, tíos que se han ofrecido a llevarme en sus aviones privados. Yo me limito a sonreír y no vuelvo a dirigirles la palabra.

Kitty se inclinó y dijo:

—Una vez, un tipo me ofreció una operación de pechos y un apartamento. «Cuido de mis chicas incluso después de dejarlas», me dijo. Era un australiano bajo y calvo.





### *Dash en el hotel Mark*

—¿Por qué todos esos tíos sin atractivo están tan seguros de lo que pueden hacer por ti? —preguntó Teesie.

—La mayoría de los hombres son unos arrogantes —dijo Shiloh, de piel almendrada, melena negra y lacia y enormes ojos negros. Vestía una camiseta corta y ajustada y una falda larga con vuelo—. No los soporto. Un día conocí a un hombre que no era arrogante, pero ahora mismo está en la India. No me sentí intimidada por él. No intentó tocarme.

—Hay dos clases de tíos —dijo Camilla—. Los babosos que solo quieren acostarse contigo y los que se enamoran al instante. Es patético.

—¿Qué tíos se enamoran al instante? —preguntó Kitty.

—Ya sabes —dijo Camilla—, Scotty, Capote Duncan, Dash Peters.

Capote Duncan era el escritor sureño de treinta y pico que siempre iba acompañado de chicas jóvenes y bonitas. Dash Peters era un conocido agente de Hollywood que visitaba Nueva York con frecuencia. Ambos habían roto el corazón de mujeres treintañeras no solo atractivas sino también hábiles en ciertos aspectos.

—Yo salí una vez con Dash Peters —dijo Teesie, mesándose su corta cabellera—. Se empeñó en pasar la noche conmigo en el hotel Mark. Me envió cestas de flores, todas blancas. Me rogó que fuera a la sauna con él. Luego quiso que le acompañara a una fiesta estúpida en los Hamptons, pero me negué.

—Yo le conocí en el sur de Francia —explicó Camilla.

Camilla hablaba a veces con un falso acento europeo y ahora lo estaba utilizando.

—¿Te compró algo? —preguntó Teesie, fingiendo desinterés.

—No. ¿Podría traerme un margarita helado? Este está caliente —pidió Camilla al camarero. Miró a Teesie—. Solo algo de Chanel.

—¿Ropa o complementos?

—Ropa —dijo Camilla—. Ya tengo un montón de bolsos de Chanel y me aburren.

Se hizo el silencio y entonces habló Shiloh.

—Yo apenas salgo. No lo soporto. Me he vuelto muy espiritual.

De su cuello colgaba un cordón de cuero y un cristal pequeño. Lo que la llevó a retirarse fué una experiencia con un actor famoso de treinta y pocos años que, al ver la foto de Shiloh en una revista, se había puesto en contacto con su agencia. Ésta entregó a Shiloh el número de teléfono del actor. Lo había visto en una película y, como le parecía mono, le llamó. El actor la invitó a pasar dos semanas en su casa de Los Ángeles. Luego vino a verla a Nueva York, pero empezó a comportarse de una forma extraña. Solo quería ir a los clubes de destape, donde pretendía que las chicas hicieran cosas especiales para él porque era famoso.

Kitty apoyó los codos en la mesa.

—Hace un par de años me dije que ya estaba harta de que me jodieran, así que decidí desvirgar a un tío para luego dejarle. Fui mala, pero el tío ya tenía veintiún años, demasiado mayor para ser virgen, de modo que se lo merecía. Primero fui muy





dulce y luego no volví a dirigirle la palabra. No importa si eres guapa o no. Si puedes convertirme en lo que el tipo quiere que seas, lo tienes en el bote.

—Si un tío me dice que le gustan las medias de red y los pintalabios, significa que lo que le atraen son los accesorios, no la persona —dijo Tessie.

—Si Hubert fuera mujer, sería una auténtica guarra —dijo Kitty—. Acepté llevar minifalda, pero con bragas debajo. Una vez no tuve más remedio que desquitarme con él porque no paraba de insistir en que nos acostáramos con otra mujer. El caso es que tengo un amigo gay, George, con el que a veces nos besamos, pero como si fuéramos niños. Bueno, pues le dije a Hubert: «Cariño, George pasará la noche con nosotros». Hubert me preguntó que dónde pensaba acostarle. Le dije que podía dormir con nosotros y que Hubert haría de receptor. Se quedó atónito. «Cariño», le dije, «si de verdad me quieres, lo harás porque es lo que deseo». En fin, tenía que hacerlo —dijo Kitty, tras pedir otro margarita—. Ahora estamos empatados.

### *Hola, Kitty*

—Los viejos son asquerosos —dijo Camilla—. Yo paso de salir con ellos. Hace un par de años me dije: ¿por qué he de salir con hombres feos, viejos y ricos cuando puedo salir con hombres guapos, jóvenes y ricos? Además, los viejos no nos entienden. Por mucho que se esfuercen, pertenecen a otra generación.

—Yo no creo que los tíos viejos estén tan mal —dijo Kitty—. Bueno, la verdad es que cuando Hubert me llamó la primera vez y dijo que quería salir conmigo, le pregunté la edad y cuánto pelo le quedaba en la cabeza. Tuvo que cortejarme mucho. La primera vez que vino a buscarme, salí con el pelo sucio y sin maquillaje. Si realmente me desea tanto, pensé, quiero que me vea tal como soy. A la mañana siguiente de nuestra primera noche juntos encontré un ramo de mis flores favoritas en cada habitación. Había averiguado quién era mi escritor preferido y me compró todos sus libros. Y en el espejo escribió con espuma de afeitar: «Hola, Kitty».

Las chicas aullaron.

—Qué encanto —dijo Teesie—. Adoro a los hombres.

—Yo también, pero a veces necesito descansar de ellos —dijo Shiloh.

—A Hubert le encanta que me meta en líos —explicó Kitty—. Le encanta que me compre demasiada ropa y no pueda pagar la cuenta. Le encanta aparecer y solucionar el problema. Los hombres nos necesitan —aseguró triunfalmente. Iba por su segundo margarita—. Por otro lado, los hombres son... más grandes. Nos dan seguridad.

—Te dan algo que las mujeres no pueden darte —dijo Shiloh—. El hombre debe mantener a su novia.

—Hubert me hace sentir muy segura. Me permite tener la infancia que nunca tuve —explicó Kitty—. Yo no estoy de acuerdo con todas esas ideas feministas. Si los hombres necesitan dominar, que dominen. Las mujeres deberían abrazar su feminidad.

—Creo que los hombres pueden ser complicados, pero sé que si no me funciona



con uno siempre habrá otro —dijo Teesie—. Los hombres no cuestan dinero.

—El verdadero problema son las otras mujeres —opinó Camilla.

—A riesgo de parecer odiosa, la belleza nos da un poder enorme, podemos conseguir lo que queramos —dijo Kitty—. Otras mujeres lo saben y nos odian, sobre todo las maduras. Piensan que estamos invadiendo su territorio.

—Muchas mujeres, cuando llegan a los treinta, empiezan a ser conscientes de su edad —intervino Camilla—. Es un estigma que han impuesto los hombres. Naturalmente, la que se parezca a Christie Brinkley no tiene ese problema.

—Pero se vuelven malas —dijo Kitty—. Hacen comentarios. Las mujeres dan por hecho que soy idiota y que estoy con Hubert por su dinero. Al final, por despecho, acabo poniéndome faldas aún más cortas.

—Nadie se molesta en preguntarnos. La gente se limita a hacer suposiciones —dijo Teesie.

—Las mujeres son, por naturaleza, envidiosas —aseguró Shiloh—. No tiene nada que ver con la edad. Es muy triste. Cuando ven a una chica guapa, la miran mal. Eso demuestra cómo les va en la vida. Se sienten tan inseguras e infelices que no pueden soportar que a otra mujer le vaya mejor.

—Por eso casi todos mis amigos son hombres.

Las otras tres se miraron y asintieron con la cabeza.

¿Y el sexo?, preguntó alguien.

—A cada tío le digo que tiene el paquete más grande que he visto en mi vida —dijo Kitty. Sus amigas rieron con nerviosismo. Kitty sorbió por la caña las últimas gotas de su margarita—. Hay que sobrevivir —dijo.



## 14.

### *Retrato de un modelo de ropa interior bien dotado: el Hueso baja de su enorme valla publicitaria*

Al final de la escalera se abre una puerta y la silueta del Hueso, modelo de ropa interior y actor en ciernes, aparece en el umbral. Se apoya contra el marco de la puerta con un brazo en alto. El cabello, moreno, le cubre media cara y sonrío al verte jadear.

—Siempre andas de un lado para otro —te dice como si a él lo único que le gustara fuera pasarse el día tumbado en la cama.

Recuerdas lo que su amigo, el guionista Stanford Blatch, te dijo: «El Hueso parece que viaje con su propio director de iluminación». Te resulta abrumador y tienes que desviar la vista. «El Hueso es el equivalente humano de un abrigo de marta», asegura Stanford.

Últimamente Stanford te ha estado dando el peñazo sobre el Hueso. El teléfono suena, descuelgas y es Stanford.

—¿Quién es más sexy, el Hueso o Keanu Reeves?

Suspiras. Y aunque en realidad no conoces al Hueso ni te importa, respondes:

—El Hueso.

Tal vez, en parte, por remordimiento. Sabes que deberías saber quién es el Hueso: el tipo musculoso que aparecía casi desnudo en la enorme valla publicitaria de Times Square y en todos los autobuses. Pero tú nunca vas a Times Square y nunca prestas atención a los autobuses, salvo cuando están a punto de atropellarte.

Pero Stanford insiste.

—El Hueso y yo pasamos por delante de su anuncio el otro día —dice— y quiso arrancar un trozo de su nariz para colgarla en su apartamento. Yo le dije que arrancara el paquete. Así, cuando las mujeres le preguntaran si lo tenía grande, él podría contestar: de cuatro metros. El Hueso tuvo el otro día un detallazo conmigo —prosigue—. Quiso invitarme a cenar. Dijo: «Stanford, has hecho tanto por mí que quiero hacer algo por ti». «No seas tonto», le dije. Pero ¿sabes una cosa? Es la primera persona, que me propone invitarme a cenar. ¿Puedes creer que alguien tan guapo sea tan encantador?

Accedes a conocerle.

### *Serás una estrella*

El día que conoces al Hueso, en el Bowery, con Stanford a su lado, quieres odiarle. Tiene 22 años. Es modelo. Etcétera. Intuyes que también él quiere odiarte. ¿Será realmente estúpido? Además, no crees que los *sex symbols* sean realmente sexy



en persona. El último que conociste te recordaba a un gusano. Literalmente.

Pero este no. El Hueso no es exactamente lo que aparenta.

—Adopto personalidades diferentes de acuerdo con la persona con quien estoy —dice.

Entonces se pierde entre la multitud.

Dos meses más tarde estás en Barocco, en la fiesta de cumpleaños de un modelo, y te encuentras al Hueso. Está en la otra punta de la sala, apoyado en la barra del bar, y te sonrío. Agita un brazo. Te acercas. Te cubre de abrazos y los fotógrafos no paran de hacerte fotos. Al final acaba sentándose en la mesa delante de ti. Tú y tu amigo estáis en medio de una discusión acalorada e interminable. El Hueso se te arrima constantemente para preguntarte si estás bien. Y le dices que sí mientras piensas que no comprende que tú y tu amigo siempre os habláis así.

Stanford, que conoce a todo el mundo en Hollywood, envía al Hueso a unas audiciones en Los Ángeles para pequeños papeles en varias películas. Deja a Stanford un mensaje:

«Todo el mundo habla de ti —dice—. Eres genial. Vas a ser una estrella. ¿Te lo he repetido suficientes veces? Eres una estrella, eres una estrella, eres una estrella.»

Stanford ríe.

—Me está imitando —dice.

Tú y el Hueso os emborracháis en Bowery Bar.

### *Un sobresaliente fácil*

El Hueso vive en un estudio diminuto donde todo es blanco: cortinas blancas, sábanas blancas, edredón blanco, sillón blanco. Cuando entras en el cuarto de baño compruebas si utiliza cremas especiales, pero no.

El Hueso creció en Des Moines, Iowa. Su padre era maestro y su madre la enfermera de la escuela. En el instituto, el Hueso no se juntaba con los chicos pasotas, sino que sacaba sobresalientes y daba clases particulares a niños pequeños después de la escuela. Todos le miraban con respeto.

Al Hueso nunca le pasó por la cabeza hacerse modelo, pero en octavo fue votado el chico más guapo de la escuela. En realidad aspiraba a una profesión emocionante, como la de detective. Sin embargo, fue a la Universidad de Iowa y estudió literatura durante dos años. Estaba haciendo lo que su padre quería. Uno de sus profesores, un hombre joven y atractivo, le llamó a su despacho, se sentó junto a él y deslizó una mano hasta el paquete del Hueso.

—Podrías ganarte fácilmente un sobresaliente —le dijo.

El Hueso no volvió a sus clases y tres meses más tarde dejó la universidad.

Últimamente alguien se dedica a telefonar a su apartamento para dejar mensajes donde solo hay música. Al principio escuchaba las canciones porque pensaba que tarde o temprano oiría la voz de algún amigo. Ahora las escucha en busca de alguna pista.

—Creo que es un hombre —dice.



### *Infancia en Iowa*

Estás tumbada en la cama con el Hueso, como si tuvierais doce años (tumbada boca abajo con las piernas colgando por un lado), y dices:

—Cuéntame una historia.

—La historia en la que más pienso últimamente es la de mi ex novia.

Era el verano de 1986 y el Hueso tenía catorce años. Era uno de esos días de verano en Iowa en que el cielo está despejado y los campos de maíz totalmente verdes. Veía crecer el maíz a lo largo del verano, cuando paseaba en coche con los amigos.

El Hueso y su familia acudieron a la feria del estado. Se encontraba paseando con un amigo entre las exhibiciones de ganado cuando la vio. Estaba cepillando una novilla. El Hueso agarró a su amigo del brazo y le dijo:

—¡Esa será mi mujer!

No volvió a verla en todo un año. Entonces, una noche en que acudió a uno de esos bailes juveniles que celebran los pueblos para que los adolescentes no se metan en líos, la vio. Tonteó con ella el día de Nochebuena.

—Y luego me dejó —dijo—. Me hizo mucho daño.

Un año y medio más tarde, cuando la chica decidió que le quería, el Hueso la rechazó.

—Aunque me moría de ganas por estar con ella —explicó—. Finalmente di el brazo a torcer.

El Hueso salió con la chica de forma intermitente durante unos años. Ella trabaja de programadora informática en Iowa City. Todavía se llaman. Tal vez un día se case con ella. El Hueso sonrío y cuando lo hace se le arruga la nariz por arriba.

—Tal vez —dijo—. Es una historia tan bonita que me emociona.

—El Hueso siempre dice que podría volver a Iowa, tener hijos y hacerse policía —explica Stanford.

—Es adorable, siempre y cuando no lo haga —comentas, y luego te das cuenta de tu cinismo.

### *Sé que soy un neurótico*

Tú y el Hueso tenéis hambre, así que vais a Bagels R Us el domingo a las seis de la tarde. Hay dos mujeres policía sentadas en un rincón fumando. La gente lleva ropa sudada y sucia. El Hueso se come la mitad de tu bocadillo de jamón y queso.

—Podría comerme cuatro —dice—, pero no lo hago. Cuando me como una hamburguesa me asalta el remordimiento.

El Hueso se preocupa de su aspecto.

—Cada día me cambio de ropa cinco veces —explica—. ¿Quién no se mira en el espejo cien veces antes de salir? Tengo dos espejos en mi apartamento y salto de uno a otro. Cuando me miro en un espejo y me gusto, voy al otro para ver si en ese tengo el mismo aspecto. ¿No lo hace todo el mundo? —pregunta—. A veces me distraigo fácilmente —dice—. Los pensamientos se amontonan en mi cabeza y carecen de



lógica.

—¿Qué te distrae ahora? —preguntas.

—Tu nariz.

—Gracias. Odio mi nariz.

—Y yo la mía —dice el Hueso—. Es demasiado grande. Pero creo que depende del peinado. El otro día Stanford me dijo: «Me gusta cómo llevas el pelo. Hace que tu nariz parezca más pequeña».

Os echáis a reír.

De nuevo en la calle, el Hueso te da un codazo.

—Han escrito mal la palabra cachorros —dice.

Levantas la vista. Un hombre vestido con un mono está de pie junto a un enorme mástín gris, sujetando un letrero que dice: «Venta de cachorros».

—¿Eh? —dice el hombre.

Hay un sucio camión rojo y blanco estacionado detrás.

—Ha escrito mal la palabra cachorros —dice el Hueso.

El hombre contempla el letrero y sonríe.

—Oiga, un poco más arriba venden los mismos cachorros por doscientos dólares en lugar de dos mil —dice el Hueso, y el hombre se echa a reír.

Más tarde estás recostada en el borde de la cama con las manos debajo de la cabeza, mirando al Hueso, que se halla tumbado en la cama con una mano en la cintura de los téjanos.

—Tan pronto estoy paseando tranquilamente por la calle como de repente me deprimó sin razón —dice—. Sé que soy un neurótico. Lo veo y lo siento. Soy demasiado autoanalítico, autocrítico, demasiado consciente de mí mismo. Soy muy consciente de todo lo que digo. —Hace una pausa y prosigue—. Antes de decir algo, primero lo pienso para no equivocarme.

—¿No te parece una pérdida de tiempo? —preguntas.

—Solo me lleva un segundo. Si un desconocido se me acerca y me pregunta si soy modelo, yo le digo «No, soy estudiante».

—¿Y?

El Hueso ríe.

—Pierde interés por mí —dice.

Stanford te telefona.

—El Hueso me ha dejado un mensaje encantador —dice, y te lo hace escuchar—. «Stannie, ¿te has muerto? ¿Estás muerto? Debes de estarlo, porque no respondes al teléfono. —Ríe—. Llámame.»

### *¿El mayordomo de Ivana Trump?*

Estás en el apartamento del Hueso. Te recuerda a cuando tenías dieciséis años, en tu pequeña ciudad de Connecticut, y salías con aquel tío tan guapo y fumabas hierba mientras tus padres pensaban que estabas montando a caballo. Nunca averiguaron la verdad.

Contemplas por la ventana la luz solar reflejada en las casas de ladrillos rojizos.



—He querido tener hijos desde que era niño —explica el Hueso—. Es mi sueño. Pero eso era antes. Antes de que le ocurriera todo esto.

Hace un par de semanas el Hueso consiguió un papel secundario en una película que reunía a todos los actores jóvenes de Hollywood del momento. Fue a una fiesta y acabó llevándose a casa a la novia de uno de los actores, una nueva supermodelo. El actor amenazó con matarlos a los dos, de modo que tuvieron que huir temporalmente de la ciudad. Solo Stanford sabe dónde están. Stanford te llama para decirte que no ha parado con el teléfono. *Hard Copy* ofreció al Hueso dinero para aparecer en su publicación y Stanford les dijo:

—¿Quién os pensáis que es, el mayordomo de Ivana Trump?

—No entiendo a qué viene tanta tontería —dijo el Hueso—. Sigo siendo yo, no he cambiado. La gente no para de decirme que no cambie. ¿En qué esperan que me convierta? ¿En un egomaniaco? ¿Un gilipollas? ¿Un capullo? Me conozco muy bien. ¿De qué te ríes? —te pregunta.

—No me estoy riendo —contestas—. Estoy llorando.

—¿Has notado que el Hueso no tiene olor? —comenta Stanford.





## 15.

### *Adora a su ratoncito, pero no se la enseña a mamá*

He aquí un relato sobre un sucio secreto del mundo de las relaciones. Casi todo el mundo lo ha experimentado desde un bando u otro.

Anocheía y dos hombres estaban tomando unas copas en el Princeton Club. Ambos tenían treinta y pocos años y ambos habían sido unos pijos bien parecidos. Ahora su atractivo empezaba a decaer y en la cintura lucían seis kilos de más que no conseguían perder. Habían ido juntos a la universidad y se habían trasladado a Nueva York tras la licenciatura. Eran buenos amigos. Compartían una amistad poco habitual entre hombres. Podían, de hecho, hablar de cosas. Por ejemplo, de dietas que no funcionaban. Y de mujeres.

Walden acababa de ascender a socio en una firma de abogados y de prometerse a una dermatóloga. Stephen llevaba tres años con una novia. Era productor de un programa de televisión.

La prometida de Walden estaba fuera de la ciudad, en una convención sobre el colágeno. Cada vez que se ausentaba, Walden se sentía solo. Le recordaba a sus épocas pasadas de auténtica soledad, de meses que se convirtieron en años. Y siempre le traía el mismo recuerdo, el de la mujer con quien había sido más feliz y lo que él le había hecho.

Walden la conoció en una fiesta llena de gente guapa de Manhattan. Lucía un vestido negro corto que marcaba unos pechos de considerable tamaño. Su cara, no obstante, era poco agraciada. Pero tenía una hermosa melena negra y rizada.

—Siempre poseen algún rasgo destacable —dijo Walden, y bebió un sorbo de martini.

Esta chica, Libby, tenía algo especial. Estaba sentada en un sofá, sola, y no parecía incómoda. Se le acercó una chica, una chica guapa, y le susurró algo al oído. Libby se echó a reír pero no se levantó. Walden estaba de pie junto al sofá, bebiendo cerveza mientras decidía qué chica mona abordar. Libby le miró y sonrió. Parecía simpática. Walden se sentó, seguro de que sería un alto momentáneo.

Se decía que en cualquier momento se levantaría para abordar a una chica guapa, pero no lo hacía. Libby había estudiado en Columbia y Harvard. Le habló de derecho. Le habló de su infancia con cuatro hermanas en Carolina del Norte. Tenía 24 años y una beca para hacer un documental. Se inclinó y retiró un cabello del jersey de Walden.

—Mío —dijo, y rió.

Hablaron largo y tendido. Él terminó su segunda cerveza.

—¿Te gustaría venir a mi casa? —preguntó ella.



Él aceptó, imaginando lo que iba a ocurrir. Se enrollarían y al día siguiente él se marcharía y la olvidaría. Walden, como la mayoría de los neoyorquinos, clasificaba enseguida a las mujeres en una de las siguientes categorías: rollo de una noche, novia potencial o aventura fogosa de dos semanas. En aquella época se acostaba con muchas mujeres y de vez en cuando se producían escenas dramáticas en su sala de espera.

Libby era, sin duda, un rollo de una noche. No era lo bastante guapa para mostrarla en público.

—¿A qué te refieres? —preguntó Stephen.

—Simplemente pensaba que era más fea que yo —explicó Walden.

Al llegar a casa de Libby —un piso con dos dormitorios en un rascacielos de la Tercera Avenida que compartía con su prima—, ella abrió la nevera y sacó una cerveza. La luz de la nevera reveló un cuerpo algo rellenito. Libby se volvió y tendió la botella a Walden.

—Quiero que sepas que me gustaría acostarme contigo —dijo.

Una chica bonita no habría dicho eso, pensó él mientras dejaba la cerveza sobre la mesa y empezaba a desvestirla. Le mordió el cuello y le bajó el sujetador sin desabrocharlo. Luego le quitó las medias. Libby no llevaba bragas. Fueron al dormitorio.

—Me sentí desinhibido porque no era guapa —explicó Walden—. Experimenté menos peligro y, al mismo tiempo, más sentimiento. No sentía presión alguna porque sabía que no iba a salir con ella.

Se durmió abrazado a Libby.

—Al día siguiente —prosiguió—, desperté sintiéndome muy cómodo, muy relajado. Llevaba mucho tiempo angustiado pero con Libby de repente me noté tranquilo, en paz. Era el primer contacto emocional sincero que tenía desde hacía tiempo, de modo que me entró pánico y me fui.

Caminó hasta su casa con las manos en los bolsillos. Era invierno y había olvidado los guantes en casa de Libby.

—Estas cosas siempre ocurren en invierno —dijo Stephen.

### *Amigos de verdad*

Walden estuvo dos meses sin verla y regresó a su estado de angustia. Si Libby hubiese sido bonita, habría salido con ella. Al final la llamó para invitarla a comer. Comieron, la tarde pasó volando, fueron al apartamento de ella e hicieron el amor. Empezaron a verse dos veces por semana. Vivían en el mismo barrio. Cenaban en restaurantes de la zona o ella cocinaba algo.

—Con Libby me era muy fácil hablar de mis emociones —dijo Walden—. Podía llorar delante de ella. Le contaba mis fantasías sexuales más íntimas y las representábamos. Incluso hablamos de hacer un trío con una amiga suya. Ella también me contaba sus fantasías, que eran increíblemente complejas. Me pedía que la zurrara. Tenía sus secretos, pero era una mujer muy práctica. Siempre me he preguntado si se había creado esa compleja vida interior porque no era guapa. Si no



estás en el Olimpo de la belleza puedes llegar a ser una persona muy interesante.

Entretanto, un tío petardo le iba detrás. Para Walden no suponía ninguna amenaza.

Conoció a todos los amigos de Libby pero él nunca la presentó a sus amigos. Jamás pasaba un fin de semana entero con ella, ni siquiera un día completo, y nunca iban juntos a ninguna fiesta.

—No quería que se creara falsas esperanzas —dijo Walden.

No obstante, Libby nunca se quejó, nunca le exigió nada. Una vez le preguntó si la mantenía oculta porque no era suficientemente guapa.

—Mentí y le dije que no —explicó Walden—. El caso es que si cerraba los ojos, Libby me satisfacía en todos los aspectos.

Walden pidió otra copa.

—Muchas veces me preguntaba si me sentía feo por dentro y por ello experimentaba ese vínculo con ella.

—Bueno, todos los hombres odian en secreto a las mujeres guapas porque eran las que les rechazaban en el instituto —dijo Stephen.

Él tenía una historia similar.

El abuelo de Ellen era un personaje famoso en el mundo de la televisión. Stephen conoció a Ellen en una fiesta del trabajo. Ambos habían salido a la terraza a fumar un cigarrillo y empezaron a hablar. Era una chica muy cachonda. Tenía novio. Después de eso, ella y Stephen se vieron muchas veces en acontecimientos del trabajo.

—Nos convertimos en buenos amigos —dijo Stephen—, cosa que no suele ocurrirme con las mujeres. No tenía intenciones sexuales. Cuando salía con ella podía hablar como un tío. Ellen podía hablar de películas, de Letterman, y conocía la televisión. La mayoría de las mujeres no comprenden la televisión. Si intentas hablar de televisión con una chica guapa, se duerme.

Iban al cine pero «solo como amigos». Tal vez ella quisiera pescarle, pero aunque así fuera Stephen no se daba cuenta. Hablaban de sus respectivas relaciones, de sus insatisfacciones. Stephen estaba saliendo con una chica que se había ido tres meses a Europa y le escribía cartas poco animadas.

Un día, mientras almorzaban, Ellen le describió un encuentro sexual que había tenido con su novio. Le había hecho una paja utilizando vaselina.

—De repente empecé a verla como un ser sexual —dijo Stephen—. Cuando una chica no es bonita, es preciso que ponga el sexo encima de la mesa. No puede andarse con sutilezas.

Ellen rompió con su novio y Stephen empezó a salir con muchas mujeres. Hablaba de ellas con Ellen. Una noche, durante una cena en un restaurante, Ellen se inclinó y le dio un beso con lengua en el oído. Stephen se puso como una moto.

Fueron a casa de ella y lo hicieron.

—Fue genial —dijo Stephen—. Rendí más que con las demás mujeres. Echamos tres polvos de cuarenta y cinco minutos cada uno.

La relación progresó. Veían la tele en la cama y hacían el amor con la tele encendida.



—Una mujer guapa jamás permitiría que tuvieras la tele puesta durante el acto sexual —dijo Stephen—. Pero la televisión relaja porque dejas de ser el centro. Las mujeres como Ellen te permiten ser tú mismo.

Reconoció que desde el punto de vista de Ellen, la relación probablemente no era ninguna maravilla.

—Durante los seis meses que salimos... en fin, probablemente íbamos *más* al cine cuando éramos amigos. Nuestras citas eran horribles. Encargábamos comida y alquilábamos vídeos. Me sentía terriblemente culpable y superficial. Ella no era ninguna belleza y yo me sentía superficial por dar tanta importancia al aspecto físico. Era una gran chica.

### *Entonces ella estalló*

Ellen empezó a presionarle. ¿Cuándo quieres que te presente a mi abuelo? —preguntaba—. Está deseando conocerte.

—Yo quería conocer a su abuelo —explicó Stephen—. Era toda una celebridad. Pero no podía. Cuando conoces a los abuelos de una chica, significa que la relación va en serio.

Para resolver su problema, Stephen empezó a hacer de chulo de Ellen, es decir, a buscarle tíos con los que salir. Una noche Ellen fue a una fiesta donde debía conocer a un amigo de Stephen, pero el tipo no se mostró interesado y Ellen se enfadó. Fue a casa de Stephen y se enrollaron.

Dos semanas más tarde, Stephen conoció a una chica mona en una fiesta de un *loft* de Tribeca. Se la presentó a sus padres casi inmediatamente, aunque con ella no tenía las conversaciones que compartía con Ellen. Siguió acostándose con las dos, poniendo en práctica con su nuevo ligue lo que aprendía sobre sexo con Ellen. Esta quería saberlo todo: qué hacían, cómo era la chica en la cama, qué sentía, de qué hablaban.

Entonces Ellen estalló. Un domingo por la tarde se presentó en casa de Stephen y tuvieron una pelea tremenda. Ella empezó a pegarle.

—Me dio puñetazos —dijo Stephen.

Ellen se marchó pero le telefoneó dos semanas más tarde.

—Nos reconciamos por teléfono —explicó Stephen— y fui a su casa para lo de siempre. En el momento crucial, me expulsó de la cama a patadas. No se lo eché en cara porque estaba demasiado enfadado conmigo mismo. La respetaba y me alegré por ella.

Walden apoyó una rodilla en el mostrador.

—Seis meses después de dejarla, Libby se prometió con un tío. Me llamó para decirme que iba a casarse.

—Estaba enamorado de Ellen pero nunca se lo dije —confesó Stephen.

—Yo también estaba enamorado —dijo Walden—. Enamorado de una forma increíblemente mundana.



## 16.

### *Perdidas en Manhattan*

Hay cosas peores que ser mujer, estar soltera y tener 35 años en Nueva York. Por ejemplo, ser una mujer, estar soltera y tener 25 años en Nueva York.

Es un rito de iniciación que pocas mujeres repetirían. Significa dormir con los hombres equivocados, vestir la ropa equivocada, tener la compañera de piso equivocada, hacer los comentarios equivocados, ser ignorada, ser despedida, no ser tomada en serio y, en resumen, ser tratada como un trapo. Pero hay que pasar por ello. Así pues, si alguna vez te has preguntado cómo las mujeres consiguen llegar a ser solteras de 35 años en Nueva York, sigue leyendo.

Hace dos semanas, Carrie se encontró con Cici, 25 años y ayudante de un diseñador floral, en la fiesta de Louis Vuitton. Carrie estaba intentando saludar a cinco personas a la vez cuando Cici surgió de la penumbra.

—Hoooola —dijo, y cuando Carrie se volvió hacia ella repitió—: Hoooola.

Carrie tuvo que interrumpir su conversación con un editor.

—¿Qué, Cici? ¿Qué ocurre? —preguntó.

—No lo sé. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien, muy bien —respondió Carrie.

—¿Qué has estado haciendo?

—Lo de siempre. —El editor estaba a punto de ponerse a hablar con otra persona—. Cici, yo...

—Hace mucho que no te veía —dijo Cici—. Te echo de menos. Ya sabes que soy tu más ferviente admiradora. Hay gente que dice que eres una hija de perra, pero yo siempre te defiendo, siempre digo: «Es una de mis mejores amigas y no es ninguna hija de perra».

—Gracias.

Cici se quedó callada, mirando fijamente a Carrie.

—Y tú, ¿cómo estás? —preguntó esta al fin.

—Muy bien —dijo Cici—. Cada noche me visto, salgo, nadie me hace ni puto caso, regreso a casa y lloro.

—Oh, Cici —exclamó Carrie—. No te preocupes, es solo una mala etapa. Oye, tengo que...

—Lo sé —dijo Cici—. No tienes tiempo para mí. No importa. Hablaremos más tarde. —Y se alejó.

Cici Yor y Carlyne Everhardt, su mejor amiga, son dos mujeres de 25 años que, como la mayoría de mujeres de 35 años, llegaron a Nueva York para labrarse un futuro.

Carlyne Everhardt escribe para una revista sobre la vida nocturna



neoyorquina. Llegó de Texas hace tres años. Es una de esas chicas de cara muy guapa y algún kilo de más que no le preocupa, o por lo menos no lo bastante para hacerte pensar que sí.

Cici es lo contrario de Carolyne. Rubia, delgada, con una de esas caras extrañamente elegantes en las que la gente no repara porque su dueña no se cree bonita. Cici es ayudante de Yorgi, el famoso y solitario diseñador floral.

Cici llegó a Nueva York hace año y medio desde Filadelfia.

—En aquella época era una pequeña Mary Tyler Moore —dice—. Incluso llevaba unos guantes blancos en el bolso. Durante los primeros seis meses no salí a divertirme. Estaba demasiado preocupada por conservar mi trabajo.

¿Y ahora?

—No somos lo que se dice unas chicas agradables —dice Cici con un acento de la costa Este que consigue sonar sexy e indiferente.

—Torturamos a la gente —explica Carolyne.

—Carolyne es famosa por sus rabietas —dice Cici.

—Y Cici no habla con la gente. Solo les clava miradas despectivas.

### *Noches árabes*

Carolyne y Cici son íntimas amigas y se conocieron, como suele ocurrir con las amistades femeninas de Nueva York, a través de un tío borde.

Antes de conocer a Cici, Carolyne había trabado amistad con Sam, un inversor financiero de 42 años. Se lo encontraba cada vez que salía por la noche. Sam tenía novia, una suiza que trataba de abrirse camino en la radio. Una noche, Sam y Carolyne se encontraron en Spy. Estaban borrachos y empezaron a morrearse. Sé encontraron otra noche, fueron a casa de Sam y se acostaron. Y así otras dos veces.

Luego la novia de Sam fue deportada, pero la relación siguió en la misma línea. Cada vez que Carolyne y Sam se veían por casualidad en un bar, se iban a la cama. Una noche coincidieron en System y ella le hizo una paja en un rincón. Luego salieron a la calle y lo hicieron en un callejón, detrás de un contenedor de basura. Después, Sam se subió la cremallera de los pantalones, besó a Carolyne en la mejilla y le dijo:

—Muchas gracias. Ya nos veremos.

Ella empezó a arrojarle basura.

—Aún no he acabado contigo, Samuel —gritó.

Dos semanas más tarde, Cici estaba en Casa La Femme cuando vio a dos hombres que conocía. Con ellos iba un tercer tipo, un tío moreno que vestía una camisa blanca y fina y unos pantalones caqui. Cici se percató de que tenía un gran cuerpo. Parecía tímido y empezó a coquetear con él. Acababa de cortarse el pelo y no paraba de apartarse el flequillo y mirar al chico mientras bebía champán. El trío tenía planeado ir a la fiesta de cumpleaños de una amiga en un *loft* del Soho. Invitaron a Cici a ir con ellos. Fueron caminando. Cici no paraba de reír y de tropezar con el tío, que en un momento dado la rodeó con un brazo.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.





- Veinticuatro.
- Una edad perfecta.
- ¿Perfecta para qué? — preguntó Cici.
- Para mí — dijo él.
- ¿Cuántos años tienes tú?
- Treinta y seis — mintió él.

En la fiesta había mucha gente. Cerveza de barril, vodka y ginebra en vasos de plástico. Cici se hallaba frente a la barra y acababa de volverse hacia la sala cuando vio que se acercaba un terremoto desde la otra punta del *loft*. Era una chica grande con una melena larga y morena, una gruesa capa de carmín en los labios y un vestido (si se le podía llamar así, pensó Cici) que parecía hecho de pañuelos de gasa floreados. Las mil y una noches.

El acompañante de Cici se volvió justo cuando la chica se detenía frente a ellos.

- ¡Carolyne! — exclamó—. Me encanta tu vestido.
- Gracias, Sam — dijo Carolyne.
- ¿Es del diseñador del que me hablaste? — preguntó Sam—. ¿El que te dijo que te haría un montón de vestidos gratis si escribías sobre él?
- ¿Te importaría cerrar el pico? — exclamó Carolyne. Se volvió hacia Cici—. ¿Quién eres y qué haces en mi fiesta de cumpleaños?
- Él me invitó — contestó Cici.
- ¿Siempre aceptas invitaciones de los novios de otras chicas?
- Carolyne, yo no soy tu novio — intervino Sam.
- ¿Ah, no? Te has acostado conmigo una veintena de veces. ¿Qué me dices de la última vez, de la paja en System?
- ¿Le hiciste una paja en un club? — preguntó Cici.
- Carolyne, yo ya tengo novia — dijo Sam.
- La deportaron. Y ahora no puedes dejar de sobarme.
- Ha vuelto — dijo Sam—. Está viviendo en mi apartamento.
- ¿Tienes novia? — insistió Cici.
- Me torturas — dijo Carolyne a Sam—. Lárgate y llévate a tu zorra barata.
- ¿Tienes novia? — dijo de nuevo Cici, y siguió preguntando lo mismo hasta que salieron a la calle.

Dos semanas más tarde Carolyne se encontró con Cici en el lavabo de un club.

— Solo quería decirte que vi a Sam — explicó Carolyne mientras se pintaba los labios—. Se puso de rodillas y me pidió que volviera con él. Dijo que yo estaba por encima.

— ¿Por encima de qué? — preguntó Cici, simulando que se retocaba el maquillaje frente al espejo.

— ¿Tonteste con él? — preguntó Carolyne, cerrando su pintalabios con un golpe seco.

— No. Yo no tonteste con nadie.

Como es natural, Carolyne y Cici se hicieron íntimas.





### *Odio Miami*

Carrie conoció a Cici en Bowery Bar el año pasado, en torno a esta misma época. Estaba sentada a una mesa algo colocada, y era tarde, cuando una chica se abalanzó sobre ella y empezó a decir cosas como «eres mi ídolo» y «qué guapa eres» y «¿dónde te compraste esos zapatos?, me encantan». Carrie se sintió halagada.

—Quiero ser tu mejor amiga —dijo Cici con una voz que acariciaba a Carrie como un gato—. ¿Puedo ser tu mejor amiga? Venga, di que sí.

—Verás...

—Cici.

—Cici —dijo Carrie con cierta severidad—. Las cosas no funcionan así.

—¿Por qué no?

—Porque llevo quince años en Nueva York y...

—Oh —dijo Cici, repentinamente hundida—. ¿Pero puedo llamarte? Te llamaré.

—Luego se dirigió a otra mesa, se sentó y se volvió para saludar a Carrie.

Dos semanas más tarde Cici telefoneó a Carrie.

—Tienes que venir a Miami con nosotras.

—Odio Miami. Jamás pondré un pie en Miami —dijo Carrie—. Si alguna vez vuelves a llamarme para mencionarme Miami, te colgaré.

En Miami, Cici y Carlyne se alojaron en casa de unos amigos con pasta de la Universidad de Texas. El viernes por la noche salieron y se emborracharon y Cici se dio el lote con Dexter, uno de los tejanos. Al día siguiente por la noche, no obstante, le irritó que la siguiera a todas partes, la abrazara e intentara besarla como si fueran una pareja.

—Subamos arriba a jugar un poco —le susurraba Dexter al oído.

Cici no quería, de modo que siguió ignorándole y Dexter salió de la casa hecho una fiera. Regresó dos horas más tarde con una chica.

—Hola a todos —dijo, y saludó a Cici con una mano cuando pasó por la sala de estar con la chica camino de la primera planta.

La muchacha le hizo una mamada. Luego bajaron y Dexter anotó su número de teléfono con grandes aspavientos.

Cici salió de la casa gritando y llorando al tiempo que Carlyne llegaba en su coche alquilado. También estaba gritando y llorando. Al parecer Sam se encontraba también en Miami y habían tropezado. Quería montar un *ménage à trois* con ella y una rubia que hacía destape. Cuando Carlyne le dijo que se fuera al cuerno, Sam la arrojó a la arena de South Beach y espetó:

—La única razón por la que he salido contigo es porque siempre nos hacían fotos en las fiestas.

### *¡Página seis!*

Dos semanas más tarde, Carlyne terminó saliendo en la columna de cotilleos «Página Seis» del *Post*. Había ido a una fiesta de Tunnel y cuando el portero le impidió la entrada, empezó a gritarle. El hombre intentó acompañarla a un taxi, ella



le pegó un puñetazo y él la redujo contra el suelo. Al día siguiente Carlyne hizo que el redactor de la revista para la que trabajaba llamara a Tunnel a fin de pedir que despidieran al portero. Luego llamó a «Página Seis». Cuando la noticia se publicó, compró veinte ejemplares del periódico.

Luego Cici fue expulsada del apartamento que compartía con una abogada de Filadelfia, la hermana mayor de un amigo del instituto.

—Cici, has cambiado —dijo la mujer—. Estoy muy preocupada por ti. Ya no eres una chica agradable y no sé qué hacer.

Cici le gritó que estaba celosa y se mudó al sofá de Carlyne.

En torno a esa época apareció en una columna de cotilleos una noticia desafortunada sobre Carrie. Estaba intentando ignorarla cuando Cici la telefoneó.

—¡Dios mío, Carrie, eres famosa! —exclamó, toda ilusionada—. Sales en el periódico. ¿Lo has leído?

Se puso a leer la horrible noticia en voz alta y Carrie empezó a gritarle.

—Déjame que te dé un consejo. Si quieres sobrevivir en esta ciudad: nunca, nunca llames a nadie para leerle algo horrible que hayan publicado sobre él o ella en la prensa. Has de fingir que no lo has leído, ¿entiendes? Y si te pregunta si lo has leído, miente y di que no, que tú nunca lees esa basura. *Capito?* Pero bueno, Cici, ¿de qué lado estás?

Cici empezó a llorar. Carrie colgó y se sintió culpable.

### *Mr. Vestigio*

—Voy a presentarte a un tío del que sé que vas a enamorarte, pero no lo hagas —dijo Carlyne a Cici, de modo que Cici se enamoró.

Ben, 40 años, era restaurador y promotor de fiestas, había estado casado en dos ocasiones (de hecho seguía casado, pero su esposa había regresado a Florida) y visitado un centro de desintoxicación una docena de veces. Todo Nueva York le conocía y cuando su nombre salía en una conversación, la gente ponía los ojos en blanco y cambiaba de tema. Pese al exceso de alcohol y cocaína, todavía conservaba un vestigio de lo que una vez fue —encantador, divertido, guapo— y Cici se enamoró de ese vestigio. Pasaron juntos dos fines de semana fantásticos aunque no llegaron a acostarse. Entonces una noche fueron a una fiesta, él desapareció y Cici lo encontró frotándose contra una modelo de dieciséis años que acababa de llegar a la ciudad.

—¡Eres un cerdo! —gritó Cici.

—¡Venga ya! —dijo él—. Has de dejarme vivir mis fantasías. Tengo la fantasía de estar con una chica de dieciséis años. —Sonrió y mostró unos dientes separados.

Al día siguiente Cici apareció por sorpresa en su apartamento. La hija de tres años de Mr. Vestigio estaba de visita.

—Te he traído un regalo —dijo Cici, como si nada hubiese ocurrido.

El regalo era un conejito. Lo dejó en el sillón y el animal se meó varias veces.

Entretanto, Carlyne se fue a vivir con Sam. Aunque conservaba su piso, dormía cada noche en casa de Sam y siempre se dejaba algo: zapatos, perfume,



blusas, cremas faciales. Así ocurrió durante tres meses. La víspera del Día de los Enamorados, Sam estalló.

—¡Quiero que te largues! ¡Largo!

—No te entiendo —dijo Carlyne.

—No hay nada que entender —repuso Sam—. ¡Solo quiero que tú y tus cosas os larguéis de aquí ahora mismo!

Sam abrió una ventana y empezó a arrojar fuera las cosas de Carlyne.

—Esto no quedará así, cabrón —dijo ella, y le propinó un manotazo en la cabeza.

Sam se volvió.

—Me has pegado —dijo.

—Sam...

—No puedo creerlo... me has pegado. —Empezó a retroceder—. No te acerques. —Se agachó lentamente y cogió a su gato.

—Sam —dijo Carlyne, caminando hacia él.

—Detente —le ordenó él. Sujetó al gato por las axilas, de manera que las patas apuntaran hacia Carlyne. Sostenía al animal como un arma—. He dicho que te detengas.

—Sam, Sam... —Carlyne sacudió la cabeza—. Me da mucha pena.

—A mí no —dijo él. Corrió al dormitorio y acunó al gato entre sus brazos—. Es una bruja, ¿verdad, Puffy? Una auténtica bruja.

Carlyne dio unos pasos hacia la cama.

—No quería...

—Me has pegado —dijo Sam con una voccecita de niño pequeño—. No vuelvas a pegarme. No vuelvas a pegar a Sam.

El gato escapó de los brazos de Sam y cruzó la habitación.

—Ven aquí, minino, ven —dijo Carlyne—. Ven aquí. ¿Quieres leche?

Y oyó que se encendía el televisor.

### *Le estamos torturando*

Carrie siempre andaba prometiendo a Cici y Carlyne que cenaría con ellas, así que un día, finalmente, aceptó. Era domingo. Su única noche libre. Carlyne y Cici se hallaban sentadas a la mesa con las piernas cruzadas y removiendo sus bebidas. Estaban muy elegantes. Carlyne estaba hablando por su móvil.

—Mi trabajo me exige salir cada noche —dijo Cici con hastío—, por lo que siempre estoy cansada.

Carlyne apagó el móvil y miró a Carrie.

—Esta noche tenemos que ir a una fiesta llena de modelos. Deberías venir —dijo con un tono que sugería lo contrario.

—¿Cómo va todo? —preguntó Carrie—. ¿Qué tal con Sam?

—Bien —dijo Carlyne.

Cici encendió un cigarrillo y miró hacia otro lado.

—Sam fue por ahí diciendo que él y Carlyne nunca se habían acostado cuando



todo el mundo les ha visto montádoselo, así que le estamos torturando.

—Descubrimos que estaba viendo a una chica con infecciones —explicó Carlyne—, así que le llamé y le dije: «Sam, prométeme como amigo que no te acostarás con ella».

—Luego les vimos desayunando en una cafetería.

—Nosotras íbamos de punta en blanco y ellos en chándal. Nos acercamos y nos pidieron un cigarrillo. Les dijimos que se lo pidieran al camarero.

—Nos sentamos en la mesa de al lado, adrede. Intentaron conversar con nosotras, pero Carlyne no paraba de hacer llamadas con su móvil. Entonces yo dije: «Sam, ¿cómo está la chica con la que te vi la semana pasada?».

—Lo estaba pasando fatal. Le enviamos una nota que decía: «Herpe simple 19».

—¿Existe el herpe simple 19? —preguntó Carrie.

—No —dijo Cici—. ¿No lo entiendes?

—Ya —dijo Carrie. Hizo una pausa y encendió lentamente un cigarrillo. Luego dijo—: ¿Qué demonios os pasa?

—Nada —dijo Cici—. Solo me importa mi profesión. Como a ti. Tú eres mi ídolo.

Entonces las chicas consultaron sus respectivos relojes y se miraron.

—¿Te importa? —preguntó Cici—. Tenemos que irnos a esa fiesta.

**17.*****¡Arde Manhattan!***

***A Mr. Importante le entra el pánico sexual.***

***Los vapores estivales de Manhattan dan lugar a fantasías en las aceras,  
bailes ebrios, crisis nerviosas en el dormitorio  
y pesadillas con aire acondicionado.***

Nueva York es una ciudad muy distinta en agosto. Es como vivir en un país sudamericano con un dictador corrupto y borracho, una inflación por las nubes, carteles de narcotráfico, carreteras polvorientas, cañerías atascadas, o sea, un país donde nada va a mejor, donde la lluvia nunca llega.

La psique de los neoyorquinos se desploma con el calor. Emergen malos pensamientos y malos sentimientos que conducen a un mal comportamiento, la especialidad de los neoyorquinos. Es taimado. Es indecente. Las relaciones terminan. Personas que no deberían juntarse se juntan.

Manhattan arde. Los días a 35 °C se suceden sin descanso. Todo el mundo está irritable. Con el calor, no puedes fiarte de nadie, y aún menos de ti misma.

Carrie está tumbada en la cama de Mr. Importante. Son las ocho de la mañana e intuye que no está bien. En realidad, lo sabe con certeza. Está llorando como una magdalena sobre la almohada.

—Carrie, tranquilízate —le ordena Mr. Importante.

Ella le mira. Su cara es una máscara hinchada y grotesca.

—Se te pasará. Debo irme a trabajar. Ahora mismo. Voy a llegar tarde.

—¿Puedes ayudarme? —pregunta Carrie.

—No —contesta él mientras introduce los gemelos de oro por las ranuras de los puños almidonados de su camisa—. Solo tú puedes ayudarte. Averigua cómo.

Carrie se cubre la cabeza con la sábana y sigue llorando.

—Llámame dentro de dos horas —dice Mr. Importante antes de salir de la habitación—. Adiós.

Regresa a los dos minutos.

—He olvidado mi caja de puros —comenta mirando a Carrie mientras cruza la habitación. Ella está tranquila.

—Adiós —dice.

—Adiós.

Es el décimo día sin tregua de un calor y una humedad asfixiantes.



### *El ritual calórico de Mr. Importante*

Carrie está pasando demasiado tiempo con Mr. Importante. Él tiene aire acondicionado. Ella también, pero el suyo no funciona. Han desarrollado un pequeño ritual. El ritual calórico. Cada noche, a las once, si no han salido, Mr. Importante la telefonea.

—¿Cómo está tu apartamento? —pregunta.

—Caliente —responde Carrie.

—¿Qué haces?

—Sudar.

—¿Quieres dormir en mi casa? —pregunta él, casi con timidez.

—Claro, por qué no —responde ella, y bosteza.

Se pone a correr por el apartamento, cruza como un cohete el portal (pasa por delante del portero de noche, que siempre lanza miradas indecentes) y sube a un taxi.

—Hoooola —dice Mr. Importante cuando abre la puerta. Está desnudo. Habla como si estuviera medio dormido, como si se sorprendiera de verla.

Se meten en la cama. Letterman o Leño. Mr. Importante solo tiene unas gafas. Se las turnan.

—¿Has pensado en comprarte un aparato de aire acondicionado? —pregunta.

—Sí —responde Carrie.

—Puedes conseguir uno por 150 dólares.

—Lo sé. Me lo has contado.

—En fin, solo lo digo porque no puedes dormir aquí cada noche.

—No te preocupes por mí —dice Carrie—. No me importa pasar calor.

—No quiero que pases calor en tu apartamento —replica Mr. Importante.

—Si solo me invitas porque te doy pena, no lo hagas —dice Carrie—. Solo quiero venir si me echas de menos, si no puedes dormir sin mí.

—Oh, te echaba de menos. Por supuesto que te echaba de menos —dice Mr. Importante. Después de una pausa, pregunta—: ¿Tienes dinero suficiente?

Carrie le mira.

—De sobra.

### *El treinta y tres de Newbert*

Esta ola de calor relaja, te hace sentir como si estuvieras ebrio. En el Upper East Side, las hormonas de Newbert se han disparado. Quiere tener un hijo. En primavera. Su esposa Belle le ha dicho que se niega a estar embarazada en verano porque no quiere que la gente la vea en bañador. Ahora dice que no quiere estar embarazada en verano porque no quiere sufrir náuseas en medio de ese calor. Newbert le ha recordado que, como inversora financiera, pasa todo el día entre las paredes de cristal ahumado de un edificio de oficinas con aire acondicionado. En vano.

Newbert, entretanto, pasa los días dando vueltas por el apartamento en



pantalón corto, esperando que su agente le llame con noticias sobre su novela. Mira programas de entrevistas. Se corta los pellejos de las uñas con instrumentos despuntados. Telefona a Belle veinte veces al día. Ella siempre le trata con dulzura.

—Hola, bomboncito.

—¿Qué opinas de las pinzas de depilar de Revlon con las puntas afiladas? — pregunta él.

—Me parece una idea excelente — dice ella.

Una noche, durante la ola de calor, Belle tiene una cena de negocios con unos clientes japoneses. Muchas inclinaciones de cabeza y apretones de mano. Belle y cinco hombres con traje oscuro entran en el City Crab. A media cena, Newbert aparece por sorpresa. Está bastante ebrio. Viste pantalones cortos, como si fuera de acampada. Decide hacer su versión del *morris*. Coge varias servilletas de tela y, columpiándolas en cada mano, avanza unos pasos, lanza una pierna al frente, retrocede unos pasos y lanza una pierna atrás. Añade algunas patadas a los lados que no forman parte del *morris* original.

—Por cierto, es mi marido — explica Belle a sus clientes, como si eso ocurriera todos los días—. Le encanta divertirse.

Newbert saca una cámara fotográfica y empieza a hacer fotos a los clientes.

—Digan treinta y tres.

### *Caníbales en Le Zoo*

Carrie está en Le Zoo, un restaurante nuevo, cenando con un montón de gente que apenas conoce, entre ellos Ra, el nuevo chico de *It*. El restaurante tiene tres mesas y sufre *overbooking*, de modo que hay un montón de gente haciendo cola en la acera. Alguien se dedica a pasar botellas de vino blanco. Muy pronto se forma una fiesta en la calle. Es el principio de la ola de calor y la gente está simpática: «Oh, no sabes las ganas que tenía de conocerte», «Deberíamos trabajar juntos», «Hemos de vernos más a menudo». Carrie habla con todo el mundo y no odia a nadie. Y por una vez no siente que todo el mundo la odia.

Una vez dentro del restaurante, Carrie se sienta entre Ra y su agente. Alguien del *New York Times* no para de hacer fotos. Ra apenas habla. Mira mucho, se toca la barbilla y asiente con la cabeza. Después de cenar, Carrie va a casa de la agente de Ra a fumar porros. Es lo mejor que puede hacer con este calor. Los canutos son fuertes. Es tarde. Ra y su agente la acompañan a coger un taxi.

—Llamamos a este lugar «la zona» — explica la agente mirando fijamente a Carrie.

Carrie cree que comprende de qué está hablando, qué es esa zona y por qué de súbito están todos en ella.

—¿Por qué no vienes a vivir con nosotros en la zona? — pregunta Ra.

—Me gustaría — dice Carrie. Habla en serio, pero también está pensando que debe irse a casa.

Justo antes de llegar ordena al taxista que se detenga. Baja del taxi y echa a andar. Debo llegar a casa, sigue pensando. Hace calor. Se siente poderosa. Se siente





una depredadora. Una mujer camina delante de ella, a unos metros de distancia. Viste una camisa blanca holgada. Parece una bandera blanca y está poniendo nerviosa a Carrie. De repente se siente como un tiburón olfateando sangre. Imagina que mata a la mujer y la devora. Se asusta de lo mucho que disfruta con esa fantasía.

La mujer no tiene ni idea de que la están siguiendo. Avanza por la acera sin percatarse de nada. Carrie se imagina desgarrando con los dientes la carne lechosa y blanda de la mujer. La culpa la tiene ella. Debería perder peso. Carrie se detiene y entra en su edificio.

— Buenas noches, señorita Carrie — dice el portero.

— Buenas noches, Carlos — responde Carrie.

— ¿Todo bien?

— Sí, todo bien.

— Hasta mañana — dice Carlos asomando la cabeza por la puerta del ascensor. Sonríe.

— Hasta mañana, Carlos. — Carrie sonríe a su vez enseñando la dentadura.

### *El Blue Angel*

Con este calor, salir a la calle es una mala idea. Pero quedarse sola en casa es una idea aún peor.

Kitty está holgazaneando en el enorme apartamento de la Quinta Avenida donde vive con Hubert, su novio actor de 55 años. Hubert está trabajando su vuelta a la pantalla. Actualmente se halla en Italia, rodando una película con un joven director norteamericano de moda, y luego ha de ir a Los Ángeles para filmar el programa piloto de una serie de televisión. Kitty se reunirá con él en Italia dentro de dos días y le acompañará a Los Ángeles. Solo tengo 25 años, se dice, soy demasiado joven para esto.

A las cinco el teléfono suena por fin.

— Hola, Kitty. — Es un hombre.

— Holaaa.

— ¿Está Hubert?

— No.

— Soy Dash.

— Dash — dice Kitty, algo confusa. Dash es el agente de Hubert—. Hubert está en Italia.

— Lo sé. Me dijo que te llamara y te sacara cuando estuviera en la ciudad. Pensó que a lo mejor te sentías sola.

— Ya — dice Kitty. Sospecha que Dash miente y eso le gusta.

Quedan en Bowery Bar a las diez. Stanford Blatch aparece un poco más tarde. Es amigo de Dash, aunque en realidad Stanford es amigo de todo el mundo.

— Stanford — dice Dash, recostándose en su asiento—, ¿cuál es el lugar de moda últimamente? Quiero asegurarme de que mi protegida se divierta esta noche. Creo que se aburre.

— A mí me gusta el Blue Angel — dice Stanford—, pero ya sabes que tengo



gustos muy particulares.

El local se halla en el Soho. Entran y es un antro sórdido con tarimas de madera contrachapada para las bailarinas.

—Los tugurios están muy de moda este verano —explica Stanford.

—Y un cuerno. Yo llevo años yendo a tugurios —responde Dash.

—Lo sé —dice Stanford—. Eres la clase de tío que puede estar hablando por teléfono en el coche y decir: «¿Te importa esperar un momento? Me están haciendo una mamada en el Palisades Parkway y estoy a punto de correrme».

—Solo en Sunset Boulevard —replica Dash.

Se sientan delante de las tarimas. Al poco rato sale una mujer portando un ramo de margaritas que parecen arrancadas de una grieta de la calzada. Está totalmente desnuda. Es delgada y tiene celulitis.

—Algo va mal cuando ves a una chica delgada con celulitis —susurra Kitty al oído de Dash.

Dash la mira y le sonríe indulgentemente. Creo que podré soportarlo, piensa Kitty.

La mujer coge una boa de plumas y empieza a bailar. Deshoja las margaritas. Está totalmente sudada. Se tumba y rueda por la sucia tarima, y cuando se levanta tiene plumas de pollo, pétalos de margarita y motas de polvo pegadas por todo el cuerpo. Luego abre las piernas y apunta hacia la cara de Kitty. Kitty está segura de sentir el olor de la mujer.

En ese momento sale una pareja de tortilleras. Actúan. La mujer pequeña gime. La mujer grande empieza a estrangularla. Kitty puede ver las venas marcadas en el cuello de la mujer pequeña. Su compañera la está estrangulando de verdad. ¡Estoy en un club sado!, piensa Kitty. Stanford pide otra copa de vino blanco.

La mujer grande agarra del pelo a la mujer pequeña y tira de ella. Kitty se pregunta si debería hacer algo. La melena de la mujer sale volando. Es una peluca y debajo lleva el pelo cortado al rape y teñido de fucsia.

—Se acabó el espectáculo —dice Dash—. Nos vamos a casa.

Fuera todavía hace calor.

—¿Qué demonios era eso? —pregunta Kitty.

—¿Qué esperabas? —dice Dash.

—Adiós, Kitty —dice relamidamente Stanford.

### *La crisis nerviosa*

Para cuando llegó el décimo día de calor, Carrie estaba demasiado enganchada a Mr. Importante. Demasiado enganchada. Fue la noche que sufrió la crisis nerviosa. Todo había empezado bien. Mr. Importante fue solo a una cena de negocios. Ella a casa de su amiga Miranda. Iban a sentarse frente al aire acondicionado para ver segmentos grabados de *Ab Fab*. Pero entonces empezaron a beber. Luego Miranda llamó a su camello. Hacía tiempo que Carrie no veía a Miranda porque había estado muy ocupada con Mr. Importante, así que Miranda sacó a relucir el tema.

—Me gustaría conocerle. ¿Por qué no le he conocido aún? ¿Por qué no te he



visto en todo este tiempo?

Entonces dejó caer la bomba. Dijo que conocía a una chica que había salido con Mr. Importante durante el primer mes que este salió con Carrie.

—Pensaba que solo se habían visto una vez —dijo Carrie.

—Oh, no. Se vieron varias veces. Va-ri-as. Por eso no te llamé durante todo ese mes. No sabía si contártelo o no.

—Esto no me gusta —dijo Carrie.

A la mañana siguiente, después de la crisis, mientras seguía tumbada en la cama de Mr. Importante, Carrie meditó sobre lo que de verdad quería en esta vida. Tenía la sensación de que su vida había cambiado, ¿pero era realmente así? Todavía no estoy casada, piensa, todavía no tengo hijos. ¿Ocurrirá alguna vez?

¿Cuándo?

Es la zona o Mr. Importante, piensa. La zona o Mr. Importante.

Esa tarde Mr. Importante le envía flores. La tarjeta reza: «Todo irá bien. Un beso. Mr. Importante».

—¿Por qué me enviaste flores? —le pregunta Carrie más tarde—. Fue todo un detalle.

—Deseaba que supieras que alguien te quiere —responde Mr. Importante.

Llegado el fin de semana, Carrie y Mr. Importante van a la casa que él tiene en Westchester para que pueda jugar al golf. Sale de casa temprano por la mañana. Carrie se levanta tarde y hace café. Sale al jardín a pasear. Llega al final de la calle. Regresa. Entra en casa y se sienta.

¿Qué voy a hacer ahora?, piensa, e intenta imaginarse a Mr. Importante en el campo de golf, lanzando pelotas a distancias imposibles.



## 18.

### *Cómo casarse con un hombre en Manhattan... a mi manera*

Hace un par de meses el *New York Times* anunciaba que Cindy Ryan (no es su nombre auténtico) se había casado. La noticia no tenía nada de extraño salvo para la gente que conocía a Cindy y le había perdido el rastro, como yo, que no daba crédito a mis ojos. ¡Cindy se había casado! ¡A los cuarenta! Toda una inspiración.

Cindy era una de esas neoyorquinas que llevan años intentando casarse. Todos las conocemos. Son las mujeres que salen en las revistas desde hace diez años, mujeres atractivas (no necesariamente bellas) que parecen capaces de conseguirlo todo... salvo casarse. Cindy vendía espacios de publicidad para una revista de coches. Sabía de equipos de música. Era tan grande como un hombre. Disparaba con escopeta y viajaba (un día que se dirigía al aeropuerto, tuvo que propinar un puñetazo a un taxista borracho, meterlo en el asiento de atrás y ponerse ella al volante). No era la mujer más femenina del mundo, pero siempre tenía hombres a su disposición.

Sin embargo, los años pasaban y ella se hacía mayor, y cuando me la encontraba en la fiesta de algún viejo amigo, me agasajaba a mí y a los demás con historias del tipo que la tenía tan grande, del sujeto del yate, del famoso pintor que no podía trempar si no le metían un pincel en el culo, del primer mandatario que llegaba a la cama con zapatillas de peluche. No podía evitar mirarla y sentir una mezcla de admiración y aversión. Luego me marchaba pensando que nunca se casaría. Y si lo hacía, sería con un director de banco aburrido que viviría en New Jersey. Además, era demasiado mayor.

Una vez en casa me tumbaba en la cama y el asunto me obsesionaba, y no tenía más remedio que telefonar a mis amigos y comportarme como una arpía: «Cariño, si alguna vez termino como ella, pégame un tiro, ¿de acuerdo?».

Pues mira tú por dónde, estábamos equivocados. Cindy se casó. No con la clase de hombre con la que siempre pensó que terminaría, pero nunca ha sido tan feliz.

Ha llegado la hora. Hora de dejar de quejarse de los hombres. Hora de dejar de conectar con el contestador cada media hora para ver si ha llamado algún hombre. Hora de dejar de identificarse con la terrible vida amorosa de Martha Stewart aunque aparezca en la portada de *People*.

Sí, al fin ha llegado la hora de casarse con un hombre en Manhattan. Tú puedes conseguirlo. Así que relájate. Tienes tiempo de sobra. Martha, presta atención.



### *Tres jerséis de cachemir*

Es un fin de semana de otoño y está lloviendo. Carrie y Mr. Importante se encuentran en el restaurante al que suelen ir en Bridgehampton. Hay mucha gente, lo cual es un fastidio, y el gerente que normalmente les da mesa no está. Así pues, Carrie y Mr. Importante están comiendo en el bar con las cabezas juntas. Al principio iban a probar de nuevo algo que habían hecho en el cumpleaños de Mr. Importante, esto es, pedir cuatro platos diferentes, como si fuera comida china.

Pero Mr. Importante quiere comer exactamente lo mismo que Carrie, de modo que acaban pidiendo cenas gemelas.

—¿Te importa? —pregunta Mr. Importante.

—No —responde Carrie con esa ridícula vocecita infantil que ahora parece utilizar prácticamente en todo momento—. Mí muy cansada para importarme.

—Mí muy cansado también —dice Mr. Importante con la misma vocecita infantil. Su codo roza el costado de Carrie. Le pincha con él—. Bip, bip —dice.

—Vigila la línea —advierte Carrie—. Ni se te ocurra cruzarla.

—Muerte súbita —gruñe Mr. Importante mientras alarga un brazo y clava su tenedor en la pasta de Carrie.

—Eres hombre muerto —dice Carrie.

—¿A que no?

Ella le da un puñetazo en el brazo y él se ríe.

—Conque estáis aquí, ¿eh?

Carrie y Mr. Importante se vuelven y ven a Samantha Jones. Lleva tres jerséis de cachemir alrededor del cuello.

—Supuse que estaríais aquí.

—Oh, oh —susurra Mr. Importante.

Samantha y Mr. Importante no se llevan bien. En una ocasión Samantha preguntó a Carrie por qué, y esta le explicó que Samantha siempre le soltaba a ella comentarios maliciosos y eso no gustaba a Mr. Importante. Samantha gruñó y dijo:

—Creo que puedes cuidarte solita.

Samantha empieza a hablar de películas y Carrie no tiene más remedio que hablar de películas. A Mr. Importante no le gusta hablar de películas. Carrie empieza a desear que Samantha se marche para poder hablar con Mr. Importante de su nuevo tema favorito: mudarse a Colorado algún día. Carrie se detesta por desear que Samantha se marche, pero a veces, cuando estás con un hombre, así son las cosas, no puedes evitarlo.

### *Capullos, bordes y fracasados*

—La culpa fue de David P. —dijo Trudie.

Trudie es la redactora jefa de una revista para chicas adolescentes. Tiene 41 años, pero a veces parece una encantadora jovencita de dieciséis con sus enormes ojos azules y su pelo negro.

Se recostó en la butaca y señaló un estante repleto de fotos.



—Lo título «Trudie y...». Son fotos de todos los fracasados con los que he salido. Me gusta catalogar las cosas.

»Antes era una especialista en relaciones de dos años. Me esforzaba por hacer que funcionaran. Hacía terapia de pareja. Hablaba durante horas sobre el miedo al compromiso. Luchaba. Pero luego me di cuenta de que no podía cambiar a un cuarentón que odia a las mujeres.

»Me fijé una fecha límite. Me dije que a los cuarenta tenía que estar casada. En ese momento salía con David P. Tenía cincuenta años y no era sincero conmigo. Le dije que quería casarme. Él se pasaba el día elaborando excusas para hacerme volver.

—Hagamos este viaje a China y cuando volvamos ya pensaremos algo —me decía.

Y cuando estábamos en el Palacio Gritti de Venecia, en una de esas habitaciones con postigos de madera que dan al Gran Canal, me dijo:

—Aceptémoslo. Nunca encontrarás a nadie en Manhattan que quiera casarse, de modo que lo mejor es que te quedes como estás para siempre.

Entonces le dejé.

Cuando Trudie regresó a Manhattan, desenterró todas sus agendas y llamó a todos los hombres que había conocido en Manhattan.

—A todos los hombres de los que había pasado porque me parecían capullos, bordes, fracasados o no tenían suficiente pelo.

—El nombre de mi marido era el último de la lista —dijo Trudie—. Recuerdo que me dije que si con él no funcionaba, ya no sabría qué hacer.

(Típica modestia de las neoyorquinas, porque las neoyorquinas siempre saben qué hacer.)

El caso es que Trudie cenó tres veces con su futuro marido (por entonces ignoraba que iba a ser su marido) y luego él se marchó dos meses a Rusia. Era el principio del verano. Trudie fue a los Hamptons y se olvidó por completo de él. De hecho, empezó a salir con dos hombres.

Trudie sonrió y se miró las uñas.

—Al final del verano me telefoneó y empezamos a vernos de nuevo. Pero, eso sí, me mantuve siempre firme. Para tener éxito has de estar dispuesta a largarte en cualquier momento. No puedes permitir que tu pareja piense que eres una mujercita desamparada que no puede vivir sin los hombres, simplemente porque no es verdad. Sí puedes.

A la hora de contraer matrimonio con un hombre en Manhattan, existen dos reglas:

—Has de ser dulce —dijo Lisa, 38 años, corresponsal de una cadena de televisión.

—Y al mismo tiempo no permitir que se salgan nunca con la tuya —añadió Britta, una reportera fotográfica.

Para estas mujeres, la edad es una ventaja. Si una mujer ha sobrevivido soltera en Nueva York hasta los 38 años, es muy probable que sepa cómo conseguir lo que quiere. Así pues, cuando una de estas neoyorquinas ve en un hombre un marido en potencia, poco puede hacer él para escapar.





—Tienes que empezar a formarles desde el primer día —dijo Britta—. Al principio yo no sabía que quería casarme con el que iba a ser mi marido. Solo sabía que lo quería para mí y que iba a hacer lo que fuera por conseguirlo. Y sabía que lo conseguiría. No puedes ser como esas niñas que solo quieren casarse con tíos ricos —continuó—. Tienes que ser un poco calculadora. Siempre has de aspirar a más de lo que tienes. Mira a Barry, mi marido. Aunque detestaba sentir así, no quería a la típica niña que le dejara hacer lo que quisiera. Cualquier mujer que lo pillara ahora podría considerarse una afortunada. Barry es inteligente y dulce, cocina y limpia.

Antes de conocer a Barry, Britta era la típica mujer que pedía a su cita que fuera al guardarropa a comprarle cigarrillos para poder huir por la puerta de atrás con otro hombre.

—Una vez llamé a Barry desde lo alto de una montaña, en Aspen, y estuve diez minutos maldiciéndole porque tenía otra cita para la noche de Fin de Año. Aunque solo hacía un mes que nos conocíamos, le reñí.

Después de eso, Barry se comportó, salvo en dos aspectos algo espinosos. Le gustaba mirar a otras mujeres y a veces se quejaba de no tener su propio espacio, sobre todo cuando Britta se instaló en su casa.

—Bueno, en primer lugar, yo siempre me aseguraba de que nos divirtiéramos mucho —dice Britta—. Cocinaba y ambos engordamos quince kilos. Nos emborrachábamos juntos. Veíamos cómo el otro se emborrachaba. Nos cuidábamos mutuamente cuando vomitábamos.

»Tienes que hacer cosas inesperadas. Como una vez que Barry se encontró el apartamento lleno de velas. A veces le hacía ponerse mi ropa. No obstante, a los hombres hay que vigilarlos continuamente. Lo siento, pero si pasan el ochenta por ciento de su tiempo lejos de ti, ¿por qué han de mirar otras faldas cuando están cenando contigo? Una vez, cuando me percaté de que los ojos de Barry vagaban por el restaurante, le golpeé en la cabeza con tanta fuerza que casi se cayó de la silla. Le dije:

—Métete la lengua en la boca y la cola entre las piernas y acaba de cenar.

Conservarlo, no obstante, es otra historia:

—A las mujeres de esta ciudad no les importa si el tío está casado o prometido —dijo Britta—. Intentarán cazarlo de todos modos. No puedes despistarte ni un segundo.

A veces Mr. Importante se retrae y solo queda de él la fachada. Cordial con todo el mundo. Tal vez afable sea la palabra exacta. Siempre perfectamente desconectado. Puños blancos. Gemelos de oro. Tirantes a juego (aunque raras veces se quita la americana). No resulta fácil tratarlo cuando se halla en ese estado. Carrie no se llevaba demasiado bien con la gente que calificaba de excesivamente conservadora. No estaba acostumbrada a eso. Estaba acostumbrada a que todo el mundo estuviera bebido y tomara drogas (o no). Mr. Importante se ponía furioso cuando Carrie decía barbaridades como «no llevo bragas» aunque llevara. Y Carrie pensaba que Mr. Importante era demasiado amable con otras mujeres, sobre todo con las modelos. Cuando salían, siempre se les acercaba algún fotógrafo que decía «¿Le importa?» y se llevaba a Mr. Importante para hacerle una foto con alguna modelo. Era insultante.





Una vez, una modelo se sentó en las piernas de Mr. Importante. Carrie se volvió y dijo con cara de verdadero cabreo:

—Tengo que irme.

—No te pongas así —dijo Mr. Importante.

Carrie miró a la modelo.

—Perdona, pero estás sentada encima de mi novio.

—Descansando, solo descansando —dijo la modelo—. Existe una gran diferencia.

—Tendrás que aprender a llevarlo bien —dijo Mr. Importante.

Rebecca, una periodista de 39 años que se casó el año pasado, recuerda el día que halló el número de teléfono de otra mujer entre las tarjetas de su novio banquero.

—Marqué el número y pregunté directamente a esa zorra qué había entre ellos —dijo Rebecca. La mujer le contó que su novio le había propuesto salir a cenar—. Me puse histérica. No le grité, pero le exigí que dejara en paz a mi novio. Me dijo: «Has pillado un buen trofeo, sé buena con él». «Si es tan genial», respondí, «¿por qué te llama para ir a cenar cuando está viviendo conmigo?».

»Luego le llamé a él. Tuvo la cara de enfadarse porque me había "entrometido en sus asuntos privados". Le dije: "Entérate de una cosa, monigote. Si sales conmigo, los asuntos privados no existen." Durante dos días pensé que habíamos terminado. Luego nos reconciamos y tres meses más tarde me pidió que me casara con él.

Existen otros métodos. El futuro marido de Lisa empezó a mostrarse escurridizo a los dos meses de relación.

—¿Qué pensarías si saliera con otras mujeres? —preguntó.

—Creo que está bien que compares —dijo Lisa con absoluta serenidad—. ¿Cómo, si no, podrías valorarme? No soy tu carcelera.

Eso lo dejó atónito.

—Es una cuestión de autoestima —explicó Lisa—. Los hombres han de sentir que hay límites y que tú no le vas a arrebatar nada.

Un problema archiconocido es vivir con un hombre antes del matrimonio, porque entonces ya no se le ocurre pedirte que te cases con él. Con todo, dicho problema tiene fácil solución.

—Conozco a una mujer que llevaba un año viviendo con un hombre —explicó Truddie—. Una mañana, al despertarse, le preguntó: «¿Tienes intención de casarte conmigo?». El tipo le dijo que no. Entonces ella respondió: «En ese caso, vete a vivir a otro lado». El tío le propuso matrimonio ese mismo fin de semana.

—Uno de los principales errores que cometen las mujeres es no hablar de matrimonio desde el principio —dijo Lisa.

### *Debería irme*

No lo soporto, piensa Carrie al despertarse una mañana. Está tumbada en la cama, contemplando a Mr. Importante hasta que este abre los ojos. En lugar de besarla, se levanta para ir al cuarto de baño. Ya está, piensa Carrie.

Cuando regresa a la cama, ella dice:



—He estado meditando.

—¿Sobre qué? —pregunta Mr. Importante.

—Si no estás locamente enamorado de mí y no piensas que soy la mujer más hermosa que has visto en tu vida, creo que debería irme.

—Ajá —dice Mr. Importante.

—De verás. Para mí no supone ningún problema.

—Vale —responde Mr. Importante con cautela.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunta Carrie.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunta a su vez Mr. Importante.

—No, pero sí quiero estar con un hombre que esté enamorado de mí.

—Bueno, ahora mismo no puedo garantizarte nada. Pero yo de ti, me quedaría por aquí. Nunca se sabe.

Carrie se reclina sobre la almohada. Es domingo. Sería un palo tener que marcharse. ¿Qué haría el resto del día?

—De acuerdo —dice—, pero solo por ahora. No tengo todo el tiempo del mundo, ¿comprendes? Es probable que muera pronto. Quizá dentro de quince años. —Enciende un cigarrillo.

—Vale —dice Mr. Importante—. Pero entretanto, ¿podrías prepararme una taza de café? Porfa.

Naomi, que se casó el año pasado a los 37 años, es presidenta de una agencia de publicidad y el prototipo de la mujer neoyorquina.

—He salido con hombres de todas las formas y tamaños, hasta que un día entró por la puerta el tío adecuado y resultó ser la antítesis de lo que siempre pensé que quería en un hombre.

Cuando tenía 35 años, Naomi estaba esperando un taxi en Madison Avenue, vestida con un traje de chaqueta y tacones altos, cuando un hombre con melena pasó en moto por su lado y no la repasó de arriba abajo.

—De repente, la fascinación por los artistas hambrientos y torturados me pareció pasada de moda —dijo—. Siempre tenía que pagarles sus malditas cenas.

Carrie acude a una fiesta literaria en un museo y trae consigo a Samantha. Hace tiempo que no la ve. Apenas queda con sus amigas porque siempre está con Mr. Importante. Las dos llevan pantalón negro y botas de cuero, y cuando llegan a la escalinata, Z.M., el magnate de la comunicación, se dispone a subir a su coche.

El hombre se echa a reír.

—Me estaba preguntando quiénes eran esas dos mujeres que andaban pisando tan fuerte.

—No estábamos pisando fuerte —replica Samantha—, estábamos hablando.

El chófer mantiene abierta la puerta de la limusina.

—Llámame algún día, ¿de acuerdo? —dice Z.M.

—Tú también —dice Samantha, sabiendo que ninguno de los dos lo hará.

Carrie suspira.

—¿Cómo está Mr. Importante?

Carrie le suelta el típico rollo de no sé, tenemos planeado ir a Aspen y él habla de alquilar juntos una casa para el próximo verano, pero yo no estoy segura de él y...



—Basta —dijo Samantha—. Ojalá tuviera yo un novio. Ojalá pudiera encontrar a alguien con quien deseara pasar el fin de semana, maldita sea.

En Nueva York existe una gran diferencia entre las mujeres que consiguen casarse y las que no.

—Para lograr casarte —dijo Rebecca—, tienes que dejar a un lado la idea de que deberías hacerlo con Mort Zuckerman.

—La mujer ha de ser tres cosas —dijo Trudie—. Inteligente, triunfadora y dulce. Ellas no creen que nunca vayan a casarse.

—Siempre he pensado que me llevaría mucho tiempo, pero que ocurriría —dijo Trudie—. Sería horrible que no me casara. ¿Por qué no debería casarme?

Pero Manhattan sigue siendo Manhattan.

—Las mujeres han de comprender que Nueva York es el peor lugar para preparar a los hombres para el matrimonio —dijo Lisa—. Los hombres solteros no suelen salir con parejas. No están acostumbrados a un ambiente acogedor y familiar. Así que tienes que habituarlos mentalmente.

### *En busca de un ambiente acogedor*

Carrie y Mr. Importante acuden a una gala benéfica en un viejo teatro y pasan una velada encantadora. Carrie ha ido a la peluquería. Tiene la sensación de que ahora ha de arreglarse el pelo constantemente, y cuando le dice a su peluquero que no puede permitírselo, él le responde: «Lo que no puedes permitirte es no hacerlo».

Antes de cenar, Mr. Importante corre hasta la mesa con su puro y cambia las tarjetas para poder sentarse al lado de Carrie. Pasan toda la noche cogidos de la mano y un columnista se acerca y comenta:

—Tan inseparables como siempre.

Pasan una semana fantástica, pero de repente algo se tuerce en el cerebro de Carrie. Tal vez se deba a que fueron a cenar a casa de unos amigos de Mr. Importante donde había niños. Carrie empujó cochecitos de plástico por la calle y uno de los niños no paraba de caerse. Los padres salieron y obligaron a los niños a entrar en la casa. No era justo, porque ninguno se había hecho daño.

Carrie decide que tiene que torturar de nuevo a Mr. Importante.

—¿Crees que estamos unidos? —pregunta justo antes de dormirse.

—A veces —dice Mr. Importante.

—A veces no es suficiente para mí.

Sigue picándole hasta que él le suplica que le deje dormir. No obstante, cuando Carrie despierta por la mañana, el picor sigue ahí.

—¿Por qué haces esto? —pregunta Mr. Importante—. ¿Por qué no puedes pensar en las cosas buenas? Por ejemplo, en lo bien que hemos estado esta semana. —Rodea la cama—. Oooh, qué carita tan triste.

Carrie desearía matarle.

—Hablaremos del asunto más tarde, te lo prometo —dice Mr. Importante.

—No sé si habrá un más tarde —responde Carrie.

Lisa se hallaba en una fiesta multitudinaria de una importante publicista (la



llamaremos Sandy), en una casa de la 50 Este. Su marido, un tipo bastante atractivo, iba de acompañante. Entre sorbos de margarita rosa, Lisa explica.

—Cuando finalmente decidí buscar marido, pensé en los lugares donde había conocido hombres y me di cuenta de que siempre había sido en fiestas particulares. Así pues, decidí asistir a cuantas fiestas me fuera posible.

»Cuando conozcas a un tío, nada de fiestas durante las primeras citas. Es un suicidio. No te vistas de punta en blanco. No estés con él cuando tengas la regla. Los hombres quieren sentirse a gusto. Has de crear un ambiente acogedor. Hablar sobre ellos, porque la imagen que tienen de sí mismos es de los catorce años.

De regreso al despacho, Trudie señaló una foto donde aparecía un hombre de pelo rizado tumbado en la duna de una playa.

—Mi marido ha sido todo un hallazgo. Me comprende muy bien. Cuando encuentras a la persona indicada, la cosa va sobre ruedas. Hay parejas que se pelean mucho y eso no es bueno. Mi marido nunca discute conmigo. Casi nunca nos peleamos. Deja que me salga con la mía, y las pocas veces que quiere las cosas a su manera, yo cedo.

Y de repente, parece que no ha pasado nada.

Mr. Importante telefonea.

—¿Qué haces?

—Eso que me da por hacer algunas veces —dice Carne—. Escribir una historia.

—¿Sobre qué?

—¿Recuerdas que hablamos de irnos a vivir algún día a Colorado para criar caballos? Pues estoy escribiendo sobre eso.

—Ajá —dice Mr. Importante—. Es una historia muy bonita.



## 19.

### *Las madres psicópatas de Manhattan pierden la chaveta por sus peques*

Mr. Importante telefona desde China un poco mosqueado, pero solo un poco. Había enviado su equipaje a través de una empresa de reparto urgente pero se ha perdido. Está en su habitación del hotel con solo unos tejanos, una camisa y ropa interior sucia.

—Si hubiese ocurrido hace cinco años, habría hecho que despidieran a alguien —dice—. Pero he cambiado. Soy un hombre nuevo. Si no pueden tratar conmigo porque llevo unos téjanos sucios, que se jodan.

—Adivina qué —dice Carrie—. Tu amigo Derrick telefoneó. Me contó que Laura quiere quedarse embarazada pero él no quiere, así que cada noche finge que se corre y luego va al cuarto de baño y se hace una paja. Y Laura se pasa las tardes viendo vídeos de *Tú y tu bebé*.

—Qué encanto.

—Derrick dice que no quiere hijos porque todavía no ha ascendido lo suficiente en su profesión como para poder permitírselo.

—¿Y cómo estás tú? —pregunta Mr. Importante con voz cantarina.

—Oh, bien —dice Carrie—. Creo que podría estar embarazada.

—Un bebé. Vamos a tener un bebé —dice Mr. Importante.

Carrie no sabe qué pensar.

A la gente que tiene hijos en Nueva York le pasan cosas extrañas. Hay padres que siguen siendo normales, pero otros se vuelven un poco locos. Imagina toda esa energía y agresividad, todos esos problemas y asuntos por resolver que conlleva una profesión, aplicados a un niño. Cuando se trata de niños, los neoyorquinos ya de por sí neuróticos pueden acabar totalmente pirados.

Esto quedó demostrado cuando Carrie fue a almorzar al *loft* del Soho de sus amigos Packard y Amanda Deale. Packard y Amanda (normales) son los padres de Chester, un niño que desfilaba por el *loft* golpeando un paraguas contra el suelo. Una madre (no tan normal) no pudo evitar comentar que «Chester no comparte sus juguetes, pero no importa porque es hijo único y nadie espera todavía que lo haga».

Como la mayoría de parejas que de repente tiene hijos, los Deale se han visto misteriosamente envueltos por un nuevo grupo de amigos también con hijos. ¿Cómo se produjo este fenómeno? ¿De dónde ha salido esa gente? ¿Se conocieron en una guardería o eran viejos amigos que, al empezar a tener hijos, dejaron de lado a Amanda y Packard hasta que también ellos decidieron ser padres? Entre las amigas reencontradas estaba Jodi, que insistió en que la gente le regalara únicamente ropa de niño blanca porque creía que el tinte de las telas podía provocar una reacción alérgica



en la piel de su bebé; Suzanne, que no dejaba que sus niñeras llevaran perfume porque no quería llegar a casa y descubrir que su bebé olía a perfume (barato) de otra persona; y Maryanne, que fue despidiendo a una niñera tras otra, en el fondo a propósito, hasta que no tuvo más remedio que dejar el trabajo para cuidar ella misma de su pequeño.

Esta clase de conducta no se limita a las madres. Después de todo, ¿no existe cierto grado de locura en los padres e hijos que visten chaquetas Patagonia idénticas con cascos de patinar a juego? O en el padre que, mientras besa constantemente a su hijo en la cabecita y baila alrededor del cochecito (si es posible que un niño de dos años pase vergüenza, la pasa), te explica:

—Lo único que has de hacer es tener uno como este y luego pedir un permiso de paternidad de tres o cuatro años.

Naturalmente, estar loco por un hijo y estar simplemente loco son dos cosas distintas. Llevado al límite, solo hay una palabra para describir a ciertos padres de Nueva York: psicópatas. Nunca se sabe a quién le tocará o de qué modo, pero, según Packard:

—No es por una cuestión de amor, sino de obsesión.

### *¡Alexandra!*

Carrie estaba sentada en el sofá del *loft* hablando con una mujer que parecía bastante normal. Becca era rubia y poseía esa clase de nariz larga y fina que te hace pensar que podría succionar un martini por sí sola. Acababa de mudarse a un apartamento de la 70 Este y estaba explicando los pros y los contras de contratar a un decorador.

—Tengo una amiga cuyo decorador no paraba de comprar cosas. Lo pasó fatal —explicaba cuando de repente le interrumpió una niña de cinco años con un vestido con volantes y un lazo negro en el pelo.

—Mamá, quiero teta —dijo la niña.

—¡Alexandra! —susurró Becca—. Ahora no. Ve a ver la tele.

—Ese nene tiene leche de teta —dijo la niña, señalando a una mujer que estaba amamantando a un bebé en una esquina.

—Es un niño muy pequeño, un bebé —explicó Becca—. ¿Quieres un poco de zumo?

—No quiero zumo —dijo Alexandra con los brazos en jarras.

Becca puso los ojos en blanco. Se levantó y cogió a la pequeña en brazos. La niña enseguida empezó a forcejear la blusa de su madre.

—¿Todavía le das... de mamar? —preguntó Carrie con toda la educación de que fue capaz.

—A veces —contestó Becca—. Mi marido quería otro hijo enseguida, pero yo no. Tener un hijo en Nueva York representa mucho trabajo. ¿No es cierto, monstruito?

Miró a su hija, que se estaba chupando el pulgar mientras observaba fijamente a su madre, a la espera de que se desabotonara la blusa. La niña se volvió hacia Carrie





y le clavó una mirada malvada.

—Teta, teta —dijo.

—Vamos, Alexandra, te llevaré al cuarto de baño —dijo Becca—. ¿Algún día tendremos que dejarlo, no crees?

La niña asintió.

Becca no era la única madre de la fiesta con problemas para establecer una relación saludable con su hija. Julie, directora de un restaurante, estaba sentada en el dormitorio con Barry, su hijo de seis años. Barry era un niño adorable de pelo rizado que guardaba un parecido extraordinario con su madre. Pero no parecía feliz. Se aferraba a Julie con vehemencia. Cuando alguien se dirigía a ella, Barry se le subía por todas partes.

—¡Bájate de una vez, pesado! —decía Julie a su hijo, pero no hacía nada.

Barry no jugaba con los demás niños ni dejaba que su madre hablara con los adultos. Más tarde, Carrie se enteró de que siempre funcionaban así: iban a fiestas, a veces a fiestas de adultos, y solo hablaban entre ellos. También se enteró de que Julie tiene un colchón en la habitación de Barry y que la mayoría de las noches duerme allí. El marido se acuesta en la otra habitación. Están pensando en divorciarse.

—Es muy normal —dijo Janice, abogada y una de las pocas madres psicópatas que no tiene problemas en reconocerlo—. Amo a mi hijo. Andy tiene once meses, es mi dios y se lo digo cada día. El otro día me lo encontré en la cuna diciendo: «Yo, yo, yo».

»Me apetecía tener un bebé desde los treinta, y cuando finalmente lo tuve —ahora tiene 36 años— supe que ser mamá era mi vocación. No tenía intención de volver a trabajar, pero a los tres meses me di cuenta de que no me quedaba más remedio. Estoy demasiado encima de mi pequeño. En el parque me pongo a dar saltos delante de él y las niñeras piensan que estoy loca. Le beso mil veces al día. Estoy impaciente por llegar a casa para bañarlo. Su cuerpo me vuelve loca. Jamás he sentido eso por un hombre.

Janice contó que si veía a Andy mirar el juguete de otro niño, sentía la necesidad de comprárselo. En una ocasión pensó que estaba mirando algo parecido a un platillo volante. Al final lo encontró en la calle Catorce, y tuvo que echar a correr por la acera con el aparato en la cabeza porque no encontraba un taxi y se moría de ganas por enseñárselo a su hijo.

—La gente me señalaba por la calle —explicó—. Pensaban que estaba chiflada. Cuando por fin llegué a casa y se lo enseñé, Andy se puso a llorar.

¿Por qué Janice se comporta así?

—Porque estamos en Nueva York —dijo, encogiéndose de hombros—. Es una cuestión de competitividad. Quiero que mi hijo tenga todo lo que tienen los otros niños y más. También quería que fuera varón. Los hijos siempre cuidan de sus madres.

### *La cámara espía*

En otras palabras, después de pasar años con hombres que no se comprometen





y con los que no puedes contar, el hijo acaba por sustituir al marido.

—Exacto —dice Janice—. No puedes fiarte de los hombres. No puedes fiarte de nadie que no lleve tu sangre. Mi marido es, en realidad, un ciudadano de segunda clase. Antes estaba loca por él, pero entonces llegó el bebé. Ahora, si me pide que le traiga una cerveza, le mando al cuerno.

Entretanto, en medio del *loft* se había formado un corro. En el centro había una niña vestida con zapatillas de ballet y tutu.

—Brooke insistió en ponerse su traje de ballet. ¿No es adorable? —dijo una mujer alta con una enorme sonrisa—. Cuando quise ponerle los pantalones, se echó a llorar. Ella sabía que hoy tenía que ponerse su traje de ballet para poder actuar, ¿verdad que sí, mi vida? ¿Verdad, vida mía?

La mujer se inclinó con las manos unidas a la altura del pecho, la cabeza ladeada y una sonrisa falsa y amplia congelada en el rostro, a unos centímetros de la cara de su hija. Luego empezó a hacer gestos extraños.

—Envíales un beso, envíales un beso —dijo.

La pequeña, sin alterar la sonrisa, se llevó la palma de la mano a la boca y sopló entre los dedos. La madre soltó un grito.

—También sabe hacer reverencias —explicó burlonamente Amanda a Carrie—. La madre consiguió que la pequeña Brooke saliera en la portada de una revista de bebés y desde entonces no anda muy cuerda. Cada vez que la llamamos, está a punto de ir con Brooke a un *casting*. Está apuntada en una agencia de modelos. Vale que es mona, pero...

En ese momento pasó otra madre de la mano de su hijo de dos años.

—Mira, Garrick, mesa. Mesa, Garrick. ¿Puedes decir mesa? ¿Qué hacemos en la mesa? Comer, Garrick. Comemos en la mesa. ¿Puedes deletrear mesa? M-e-s-a. Garrick, alfombra. Garrick. A-l-f-o-m-b-r-a, Garrick...

Amanda procedió a preparar crema de cebolla.

—Si no te importa —dijo Georgia, una mujer con un traje de chaqueta a cuadros—, no dejes que los niños se acerquen a la crema de cebolla. La sal y la grasa les sienta fatal.

Esa opinión, no obstante, no le impidió hundir un dedo en la mezcla y llevárselo a la boca.

—¿Habéis estado en el Sutton Gym? —preguntó—. Es fabuloso. Tenéis que llevar a Chester al Sutton. Es como el gimnasio de David Barton pero para niños. ¿Ha empezado a hablar? Si es así, quizá podamos organizar un día de juegos. Rosie todavía no tiene el año, pero quiero que empiece con juegos de perfeccionamiento. También recomiendo el masaje para bebés de la Noventa. Muy vinculante. Has dejado ya de amamantar, ¿verdad? Eso pensaba. —Georgia hundió otro dedo en la crema—. Y dime, ¿qué tal tu niñera?

—Bien —dijo Amanda, mirando a Packard.

—Es de Jamaica. Hemos tenido suerte.

—Ya, ¿pero estáis seguros de que cuida bien de Chester? —preguntó Georgia.

—A mí Chester me parece que está bien —respondió Packard.

—Ya, pero me refiero si lo cuida realmente bien —dijo Georgia volviéndose



hacia Amanda, momento que Packard aprovechó para escapar—. Siempre hay que estar vigilando a las niñeras. Yo he tenido once y al final decidí contratar la cámara espía.

—¿La cámara espía? —preguntó Carrie.

Georgia miró a Carrie como si reparara en ella por primera vez.

—No tienes hijos, ¿verdad? Bueno, como decía, pensaba que iba a costarme una fortuna, pero no fue así. Una amiga lo vio en Oprah. Un hombre viene a tu casa y te la instala. Puedes ver a tu niñera durante cinco horas. Después de espiar a la mía, la llamé y le pregunté qué había hecho ese día. Me dijo que había llevado a Jones al parque a jugar. Era mentira. No se habían movido de casa. La chica se había pasado la mañana viendo la tele, hablando por teléfono e ignorando por completo a Jones. Al final todas mis amigas me imitaron. ¡Una de ellas incluso vio cómo la niñera intentaba desmontar la cámara!

—Caray —dijo Amanda.

Voy a vomitar, pensó Carrie.

### *Sexo en el matrimonio*

Carrie fue al cuarto de baño del dormitorio de Packard y Amanda. Barry estaba tumbado en la cama con la cabeza sobre el regazo de Julie, su madre. Becca y Janice estaban con ella hablando de sus maridos.

—Te diré una cosa sobre el sexo en el matrimonio —dijo Becca—. ¿Para qué?

—¿Para qué un marido? —convino Julie—. ¿Quién necesita dos bebés?

—Estaría de acuerdo con vosotras —dijo Janice— si no fuera porque quiero tener otro bebé. Estaba pensando en deshacerme de mi marido, pero ahora ya no estoy segura... al menos por el momento.

Julie se inclinó sobre su hijo.

—¿Cuándo piensas crecer, cielo mío?

Carrie regresó a la sala de estar. Se acercó a la ventana en busca de aire fresco. Al parecer, Garrick se había despegado de su madre y estaba de pie en un rincón. Parecía perdido.

Carrie sacó algo de su bolso.

—Psss, niño —dijo—, ven aquí.

Llevado por la curiosidad, Garrick se acercó. Carrie le mostró un pequeño envoltorio de plástico.

—Condón, Garrick —susurró—. ¿Puedes decir condón? c-o-n-d-ó-n. Si tus padres hubiesen utilizado uno, probablemente no existirías.

Garrick alargó una mano hacia el envoltorio.

—Condón —dijo.

Dos días más tarde, Amanda llamó a Carrie.

—Acabo de pasar el peor día de mi vida —dijo—. Mi niñera tiene un hijo tres meses mayor que Chester. Esta mañana me llamó diciendo que lo tenía enfermo y no podía venir, de modo que no tuve más remedio que quedarme en casa.

»Lo primero que hice fue llevarme a Chester al parque. No sabía dónde estaba



la puerta de la zona de los columpios y pasé mucha vergüenza porque todas las niñas ya estaban dentro y yo no sabía cómo entrar. Me miraban como si se preguntaran quién demonios era yo. Luego Chester se empeñó en bajar por el tobogán veinte veces. Yo miraba constantemente el enorme reloj de la Quinta Avenida. Habían pasado cinco minutos. Columpié a Chester. Otros cinco minutos. Le dejé jugar en la arena. Luego más tobogán. Habían pasado quince minutos en total. "¿No has tenido suficiente?", le pregunté, y al final lo subí al cochecito entre llantos y patadas. "Tenemos recados que hacer", le dije.

»Pobre Chester. Empujé el cochecito a todo correr por la acera llena de baches sin que él entendiera qué estaba ocurriendo. Entré en una tienda de ropa, pero no pude meter el cochecito en el probador. Luego fuimos al banco y el cochecito se encalló en la puerta giratoria. ¿Cómo iba a saber que los cochecitos no pueden pasar por las puertas giratorias? Un hombre tuvo que empujarnos centímetro a centímetro.

»Al final eran las once y media. Me llevé a Chester a casa y le preparé el almuerzo. Un huevo.

Esa noche Carrie llamó a Mr. Importante. Había olvidado la diferencia horaria y le despertó.

—Solo quería decirte que me ha venido la regla.

—O sea... que no hay bebé —dijo él.

Colgaron, pero dos minutos después Mr. Importante la llamó.

—Acabo de recordar el sueño que estaba teniendo cuando telefoneaste —dijo—. Soñaba que teníamos un bebé.

—¿Un bebé? —repitió Carrie—. ¿Qué clase de bebé?

—Uno pequeñito —dijo Mr. Importante—. Un recién nacido. Estaba en la cama con nosotros.



## 20.

### *Cuando Mr. Importante no está, aparece la Chica*

Carrie conoció a la Chica en los lavabos de un club, aunque no era esa su intención.

Había alguien aporreando la puerta del retrete. Carrie estaba dentro, hablando con Cici, pero como se hallaba de buen humor, en lugar de mandar a la persona al cuerno abrió la puerta un centímetro. Y allí estaba la Chica, una mujer morena que hubiera podido ser guapa.

—¿Puedo entrar?

—Claro —dijo Carrie.

—Perdona, pero ¿te conocemos? —preguntó Cici.

—No, no la conocemos —respondió Carrie.

—¿Qué tienes? —preguntó la Chica.

—¿Qué quieres? —dijo Carrie.

—Tengo una hierba alucinante.

—Bien —respondió Carrie.

La Chica encendió un canuto y lo pasó.

—La mejor hierba que has fumado en tu vida.

—Lo dudo —dijo Carrie, y aspiró profundamente.

En el club había mucha gente, por lo que se estaba bien en el retrete. La Chica se apoyó contra la pared y dio una calada al canuto. Dijo que tenía 27 años y Carrie no se lo creyó, pero no importaba, pues hasta ese momento no era más que una chica que acababa de conocer en el lavabo. Ocurría continuamente.

—Bueno, ¿y a qué te dedicas? —preguntó Cici.

—Estoy montando mi propio centro de belleza —dijo la Chica.

—Ah —dijo Carrie.

—Está basado en la ciencia. Me encantaría cuidarte el cutis.

—¿De veras? —dijo Carrie.

Encendió un cigarrillo. Había otras personas aporreando la puerta.

—Será mejor que salgamos —dijo Cici.

—Me gustaría que alguien cuidara de mi cutis —dijo Carrie—. Creo que no lo tengo tan bien como podría.

—Dejadme salir —dijo Cici.

—Podría mejorártelo —aseguró la Chica.

No era muy guapa, pero tenía presencia. Una cara fresca que podría ser bonita, pero que tenía que mirar constantemente para convencerte. Vestía pantalones de cuero y botas caras. Su voz era grave.



—Hay gente ahí fuera que me conoce —protestó Cici, cada vez más agitada.  
—Tranqui —dijo Carrie.  
—Quiero que te quedes conmigo —dijo la Chica—. Quiero que te quedes conmigo toda la noche. Te encuentro muy guapa, ¿sabes?  
—Bueno, ¿por qué no? —respondió despreocupadamente Carrie, pero en el fondo estaba sorprendida.

### *¿Qué me pasa?*

En octavo curso, Carrie conoció a una chica llamada Charlotte Netts. Era muy popular, lo que básicamente significaba que se había desarrollado pronto. Charlotte solía invitar a otras chicas a dormir a su casa. También solía enviarles notas. Jackie, la amiga de Carrie, fue a pasar la noche a casa de Charlotte y de madrugada telefoneó a su padre para que fuera a buscarla. Charlotte, explicó Jackie, la había «atacado». Intentó besarla y tocarle los pechos y quería que Jackie le hiciera lo mismo. Le dijo que le serviría de práctica para cuando fuera con chicos. Dejaron de ser amigas.

Era una historia horrible y durante años Carrie fue incapaz de dormir en la misma cama con otras chicas o de desnudarse delante de ellas, pese a saber que era la cosa más natural del mundo. ¿Qué me pasa?, se preguntaba. ¿Por qué no puedo relajarme como las demás chicas? No obstante, también se decía que sería horrible tener que rechazar las proposiciones sexuales de una amiga.

Hace unos años, dos amigas tuyas se emborracharon y acabaron pasando la noche juntas. Al día siguiente, cada una telefoneó a Carrie por su cuenta. Ambas se quejaron de que la otra había intentado seducirla y ambas le advirtieron que tuviera cuidado. Carrie no sabía a quién creer, pero las dos mujeres dejaron de ser amigas.

### *Brusca persuasión*

Mr. Importante se ausentó todo el mes de octubre y la cosa estaba un poco muerta. En las calles del Upper East Side la gente caminaba con ropa de otoño aunque todavía hacía calor y el sol apretaba. Carrie pasó las primeras noches en casa, sin beber y leyendo *Persuasión* de Jane Austen. La había leído dos veces pero en esta ocasión le pareció aburrida, encontraba los parlamentos de los personajes demasiado largos, y estaba deprimida por la falta de alcohol y fiestas. Intentó salir, pero nadie había cambiado o nadie estaba haciendo nada nuevo.

Una noche, Stanford Blatch apareció en Wax, el nuevo club del Soho, con un pañuelo de hombre en el cuello.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Carrie.

—Oh, ¿lo dices por esto? —dijo Stanford—. Es culpade Goose Guy. —Goose Guy era un hombre que adoraba que le retorcieran el cuello durante el acto sexual—. Todo fue bien hasta que se le ocurrió probarlo conmigo. Seguramente volveré a verle. Está claro que soy un perverso.

Al día siguiente, Carrie cenó con Rock McQuire, un actor de televisión.

—Quiero un novio —dijo—. Creo que por fin estoy preparado para tener una



relación.

—Eres un gran tipo —dijo Carrie—. Inteligente, mono y triunfador. No tendrás problemas para encontrar novio.

—No es tan fácil —repuso Rock—. No me interesan los niños bonitos de 22 años. Pero si salgo con alguien de treinta y tantos, ha de tener tanto éxito como yo. ¿Y cuántos tíos hay así por ahí? Al final siempre termino en un club de sexo echando un polvo rápido. Por lo menos eso no me da problemas emocionales.

Al día siguiente la llamó Miranda.

—No vas a creer lo que he hecho —dijo.

—¿Qué has hecho, cielo? —preguntó Carrie mientras su mano derecha se cerraba en un puño, gesto que repetía mucho últimamente.

—¿Tienes un segundo? Te va a encantar.

—No lo tengo, pero me muero por oírlo.

—Fui a una fiesta con mi amiga Josephine. Conoces a Josephine, ¿verdad?

—No, pero...

—Os presenté en la fiesta de mi amiga Sallie. Te acuerdas de Sallie, ¿verdad? Sallie Motocicleta.

—Sallie Motocicleta.

—Exacto. Bueno, pues había un montón de jugadores de béisbol y adivina qué. Me di el lote con uno de ellos, luego me metí en un cuarto con otro y lo hicimos allí mismo, en plena fiesta.

—Es increíble —dijo Carrie—. ¿Estuvo bien?

—Fue alucinante —contestó Miranda.

Nada es eterno, pensó Carrie.

### *A este lado del muro*

—Vayamos a algún club —propuso la Chica.

Estaban sentadas en un bar, Carrie, la Chica y los amigos de la Chica, que resultaron unos veinteañeros poco atractivos, de pelo corto y ensortijado.

—Nunca conocerás a unos tíos tan ricos —le había susurrado la Chica, pero Carrie pensó que eran totalmente olvidables.

La Chica le tiró del brazo para que se levantara y propinó una patada al tío que tenía al lado.

—Muévete, gilipollas, queremos salir.

—Yo me voy a una fiesta en la Trump Tower —dijo este con falso acento europeo.

—Que te diviertas —dijo Carrie.

—Vayamos con él, cariño —susurró la Chica a Carrie.

Subieron al asiento delantero del coche del niñato, que era un Range Rover, y pusieron rumbo a la parte alta de la ciudad.

—¡Para el coche, mamón! —gritó de repente la Chica. Alargó un brazo, abrió la puerta y empujó a Carrie para que bajara—. Nos vamos.

Y echaron a correr por las calles del lado oeste de la Octava Avenida.



Encontraron un club y entraron. Lo cruzaron cogidas de la mano. La Chica conocía a algunas personas. Carrie no conocía a nadie y eso le gustaba. Los hombres las miraban, pero no se volvían una segunda vez. No parecían dos chicas en busca de diversión. Entre ellas y los demás existía un muro. A este lado del muro había poder y libertad. Era una sensación fantástica. A partir de ahora seré así, pensó Carrie, y no tuvo miedo.

Recordó que en una fiesta una mujer llamada Alex le habló de una amiga bisexual que se enrollaba con mujeres y con hombres. Salía con un hombre que le gustaba, pero si conocía a una mujer que le gustaba, dejaba al hombre por la mujer. — Yo nunca he estado con una mujer — dijo Alex—. Tal vez sea un bicho raro. Pero qué mujer no ha dicho alguna vez «me gustaría ser lesbiana para no tener que aguantar a los tíos». Mi amiga me dijo que estar con una mujer es una experiencia muy intensa. Ya sabes que a las mujeres nos gusta hablar de todo. Bueno, pues imagínatelo multiplicado por dos. Es un no parar de hablar. De todo, hasta las cuatro de la mañana. Después de cierto tiempo mi amiga tiene que dejar la relación y volver con un hombre porque está harta de tanta charla.

—¿Has estado alguna vez con una mujer? —preguntó la Chica a Carrie—. Te gustará.

—Vale —dijo Carrie.

Estoy preparada, estaba pensando, es el momento. Tal vez he sido lesbiana toda mi vida pero lo ignoraba. Se imaginó los besos. Seguro que la Chica era más suave y blanda que un hombre, pero sería agradable.

Carrie fue a casa de la Chica. La Chica vivía en un apartamento caro de dos habitaciones en un rascacielos del Upper East Side. El mobiliario era de estilo danés con perros afganos bordados. Había gatitos de porcelana en las mesitas auxiliares. Fueron a la cocina y la Chica encendió la colilla de un canuto. Tenía un pequeño cuenco de barro lleno de colillas de marihuana. Había una botella de vino abierta. La Chica sirvió dos copas y tendió una a Carrie.

—Todavía me acuesto con hombres —explicó la Chica—. Me vuelven loca.

—Ya —dijo Carrie, mientras se preguntaba cuándo la Chica iba a insinuársele y cómo.

—Me acuesto con hombres y con mujeres, pero prefiero a las mujeres.

—En ese caso, ¿por qué te acuestas con hombres? —preguntó Carrie.

La Chica se encogió de hombros.

—Están bien para un polvo.

—En otras palabras, la historia de siempre —dijo Carrie. Miró alrededor. Encendió un cigarrillo y se apoyó en el mostrador de la cocina—. Ahora cuéntame la verdad. Este apartamento me dice que o tienes pasta gansa o hay gato encerrado.

La Chica bebió de su copa.

—Bailo —dijo.

—Ajá. ¿Dónde?

—En Stringfellows. Soy buena. Puedo ganar unos mil por noche.

—Ahora lo entiendo.

—¿Me das un cigarrillo?





—Las bailarinas de *topless* se acuestan entre ellas porque odian a los hombres.

—Bueno, más o menos —dijo la Chica—. Los hombres son todos unos desgraciados.

—Los que tú conoces, los que van a tu club —repuso Carrie.

—¿Los hay de otra clase? —preguntó la Chica. Bajo la luz de la cocina Carrie observó que, debajo de la gruesa capa de maquillaje, había una piel picada de viruelas—. Estoy cansada. Vamos a tumbarnos.

—Vale —dijo Carrie.

Entraron en el dormitorio. Carrie se sentó en el borde de la cama y procuró que la charla no cesara.

—Voy a ponerme cómoda —dijo la Chica.

Se acercó al armario. Se quitó los pantalones de cuero y se puso unos pantalones de chándal grises. Cogió una camiseta. Cuando se desabrochó el sujetador, se volvió de espaldas. Sin ropa, parecía más baja y algo rechoncha.

Se tumbaron sobre la colcha. El efecto de la hierba empezaba a menguar.

—¿Tienes novio? —preguntó la Chica.

—Sí —dijo Carrie—, y estoy loca por él.

Permanecieron en silencio durante un rato. Carrie notó una punzada en el estómago porque echaba de menos a Mr. Importante.

—Oye —dijo—, tengo que irme, pero me alegro de haberte conocido.

—Yo también —dijo la Chica. Volvió la cabeza hacia la pared y cerró los ojos—. Cierra bien la puerta cuando te vayas. Te llamaré.

Dos días más tarde, el teléfono sonó. Era la Chica. ¿Por qué te di mi teléfono?, pensó Carrie.

—Hola, Carrie —dijo la Chica—. Soy yo. ¿Qué tal?

—Bien —dijo Carrie—. Oye, ¿te importa que te llame dentro de unos minutos? Dame tu teléfono.

Anotó el número de la Chica aunque ya lo tenía. No la llamó, y durante las dos horas que estuvo en casa dejó que el contestador recogiera los mensajes.

### *Pasos felinos*

Unos días después, Carrie acudió al pase de moda de Ralph Lauren en Bryant Park. Era una sucesión de chicas altas y delgadas con la melena rubia ondeando sobre los hombros. Fue un mundo hermoso durante un momento, y cuando las chicas se cruzaban, se miraban e intercambiaban una sonrisa cómplice.



## 21.

### *Mujeres que cayeron en la trampa: ¿Solteros empedernidos? No, gracias*

Durante estas últimas semanas se han producido una serie de sucesos inconexos pero, no obstante, parecidos.

Simon Piperstock, propietario de una compañía de *software*, estaba en la cama de su lujoso piso de dos dormitorios, convaleciente de gripe, cuando sonó el teléfono.

—Hola, capullo —dijo una voz femenina.

—¿Qué? ¿Quién es?

—Soy yo.

—Oh, M.K., pensaba llamarte, pero tengo la gripe —explicó Simon—. La fiesta de la otra noche estuvo genial.

—Me alegro de que te gustara —dijo M.K.—, porque eres el único.

—¿De veras? —Simon se sentó.

—De veras, y todo por tu culpa. Tu conducta es intolerable. Da asco.

—¿Qué hice? —quiso saber Simon.

—Trajiste a otra bollicao. Siempre apareces con alguna bollicao. La gente está harta.

—Oye, espera un momento —dijo Simon—. Teesie no es ninguna bollicao. Es una chica muy lista.

—Lo que tú digas, Simon. ¿Por qué no sientas de una vez la cabeza? ¿Por qué no te casas? —preguntó M.K., y colgó.

Harry Samson, 46 años, marchante de arte, soltero conocido y cotizado, estaba disfrutando de una de sus noches de alcohol en Frederick's cuando le presentaron a una mujer muy atractiva de unos veinticinco años. Acababa de mudarse a Nueva York para trabajar como ayudante de un pintor con quien Harry trabajaba.

—Hola, soy Harry Samson —dijo con su acento de la costa Este, exagerado quizá por el cigarrillo que le colgaba de los labios.

—Sé quién eres —dijo la chica.

—¿Te apetece una copa? —preguntó Harry.

La chica miró a la amiga que le acompañaba.

—No, gracias. Conozco tu reputación.

—Este lugar apesta —comentó Harry a nadie en particular.

Hay algo podrido en la sociedad de Nueva York y es el personaje conocido antiguamente como «soltero de oro». Esos hombres cuarentones y cincuentones que nunca han estado casados, que llevan años sin tener una relación seria, adquieren un hedor inconfundible. Las pruebas abundan.

Miranda Hobbes estaba en una fiesta de Navidad cuando se encontró con



Packard y Amanda Deale, una pareja que había conocido brevemente a través de Sam, el inversor financiero con quien había salido durante los tres meses de verano.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Amanda—. Te llamamos para invitarte a un par de fiestas, pero no viniste.

—No podía —dijo Miranda—. Sé que sois amigos de Sam y, lo siento, pero la verdad es que no lo aguanto. No soporto estar en la misma habitación que él. Está enfermo. Creo que odia a las mujeres. Te engatusa, te dice que quiere casarse y luego no te llama. Entretanto, está intentando ligar con veinteañeras.

Packard se acercó un poco más.

—Nosotros ya nunca quedamos con Sam. Amanda no lo soporta y yo tampoco. Se ha hecho amigo de un tipo llamado Barry y cada noche se dedican a frecuentar los restaurantes del Soho en busca de ligue.

—¡Y tienen más de cuarenta tacos! —dijo Amanda—. Es patético.

—¿Cuándo piensan madurar? —preguntó Miranda.

—O salir del armario —dijo Packard.

### *El pastor y el lobo*

Una tarde gris de finales de noviembre, un hombre al que llamaremos Chollie Wentworth estaba hablando de uno de sus temas favoritos: la sociedad neoyorquina.

—¿Los solteros empedernidos? —preguntó, refiriéndose a ciertos ricachones que han formado parte de la escena durante años—. Francamente, querida, son un auténtico rollo.

Chollie cató su segundo whisky escocés.

—Existen muchas razones por las que un hombre no se casa —dijo—. Algunos hombres son incapaces de ver más allá del sexo y opinan que el matrimonio se lo carga. Luego está la difícil elección entre una mujer de treinta y tantos que puede darte hijos y una mujer como Carol Petrie que puede organizarte la vida.

—Las madres también son un problema —prosiguió Chollie—. Es el caso de X —dijo, nombrando a un financiero multimillonario que rozaba los sesenta y seguía soltero—. Sufre bollicaoitis permanente. Pero, si eres X, ¿qué otra cosa puedes traer a casa? ¿Vas a desafiar a tu madre con una mujer hecha y derecha que trastorne a la familia?

—Aun así —prosiguió Chollie, inclinándose hacia delante—, mucha gente está harta del miedo al compromiso de estos sujetos. Si yo fuera una mujer soltera, pensaría: ¿Para qué molestarme con esos tíos si ahí afuera hay 296 millones de gays cachondos que pueden realizar el mismo servicio? Podría buscarme un gay divertido y ameno que me sacara de paseo. ¿Por qué perder el tiempo con X? ¿A quién le apetece sentarse con él, soportar su rollo sobre el trabajo y tener que adularle? Es demasiado mayor para cambiar. Un hombre como X no merece la pena el esfuerzo. A esos hombres ya no hay quien se los crea.

Después de todo, son las mujeres quienes deciden si un hombre es deseable o no. Y si un hombre nunca piensa hacer el esfuerzo de casarse, si nunca piensa contribuir... en fin, creo que las mujeres están hartas. Y con razón.



### *Acción de Gracias con Jack*

—Jack es un buen ejemplo —dijo Norman, un fotógrafo—. Conoces a Jack, ¿verdad? Todo el mundo le conoce. Llevo casado tres años y conozco a Jack desde hace diez. El otro día me dije que en todo este tiempo no ha tenido una novia que le haya durado más de seis semanas. Pues bien, el caso es que estamos en una cena de Acción de Gracias en casa de unos amigos. Todos los invitados nos conocemos desde hace años. El que no está casado tiene una relación seria. Entonces aparece Jack con otra bollicao. Veintipocos. Rubia. Naturalmente, se trata de una camarera que conoció la semana anterior. En primer lugar, es una extraña, no encaja y altera la atmósfera de la cena. Y él es un cero a la izquierda, porque solo está pensando en cómo llevársela a la cama. Cada vez que alguien ve a Jack, se produce la misma situación. ¿Qué sentido tiene verle? Después del día de Acción de Gracias, las mujeres decidieron excluirle del grupo.

Samantha Jones estaba cenando en Kiosk con Magda, la novelista. Hablaban de solteros, concretamente de Jack y Harry.

—Alguien me contó que Jack todavía habla de los ligues que consigue —dijo Magda—. Es la misma conversación que tenía hace quince años. Los hombres creen que solo las mujeres pueden tener mala reputación. Se equivocan. Esos tíos no entienden que las mujeres no queremos estar con hombres que van detrás de las bollicaos.

—Peor es el caso de Harry —dijo Samantha—. En cierto modo, a Jack lo entiendo. Está muy metido en su profesión, ganando mucho dinero. Pero a Harry el poder y el dinero le traen sin cuidado, y para colmo tampoco le importan el amor y las relaciones. Así pues, ¿qué sentido tiene su existencia?

—Además —dice Magda—, a saber dónde han metido esos tíos su sucia polla.

—No me imagino a nadie menos interesante —comentó Samantha.

—El otro día me encontré a Roger en la puerta de Mortimers.

—Ya debe de andar por los cincuenta.

—Casi. ¿Sabes una cosa? Salí con él cuando tenía veinticinco años. *Town & Country* acababa de nombrarle uno de los solteros de oro de Nueva York. Menudo carcamal, recuerdo que pensé. En primer lugar, vivía con su madre. Bueno, tenía la planta superior de la casa para él solo, pero aun así era la casa de su madre. Luego tenía la casa perfecta en Southampton y la casa perfecta en Palm Beach y era miembro del Bath & Tennis. Pero eso era todo. En eso consistía su vida, en representar el papel de soltero de oro. Debajo de esa fachada no había nada.

—¿A qué se dedica ahora? —preguntó Samantha.

—A lo de siempre —dijo Magda—. Salió con todas las chicas de Nueva York y cuando finalmente le calaron, se mudó a Los Ángeles. De allí pasó a Londres y ahora está en París. Me contó que había venido dos meses a Nueva York para estar con su madre.

Las dos mujeres soltaron una carcajada.

—Pero eso no es todo —dijo Magda—. Me contó que le encantaban las francesas. Una noche fue a cenar a casa de un magnate francés que tenía tres hijas,



todas estupendas según él. Durante la cena no se le ocurrió otra cosa que hablarles de un amigo árabe que tenía tres esposas, todas ellas hermanas. Las chicas francesas le clavaron una mirada asesina y la cena terminó poco después.

—¿Crees que esos tipos se dan cuenta de lo patéticos que resultan? —preguntó Samantha.

—No —dijo Magda.

### *Padezco*

Al día siguiente Simon Piperstock hizo varias llamadas desde el salón de primera clase del aeropuerto Kennedy, entre ellas a una mujer joven con quien había salido unos años atrás.

—Me dirijo a Seattle —dijo Simon—. No estoy bien.

—No me digas. —La mujer casi parecía alegrarse.

—Últimamente todo el mundo critica mi comportamiento. Dicen que es intolerable, repugnante.

—¿Te parece repugnante?

—Un poco.

—Ya.

—Mi relación con Mary no funciona, así que llevé a una joven preciosa, una amiga mía muy simpática, a una fiesta y todo el mundo se enfadó.

—Tus relaciones nunca funcionan, Simon.

—Luego me encontré con una mujer en el teatro con la que me habían liado hace un par de años. En realidad no me gustaba, así que nos hicimos amigos. Bueno, pues en el teatro se me acercó y me dijo: «Jamás desearía salir contigo y tampoco querría eso para mis amigas. Has hecho daño a demasiadas mujeres».

—Es cierto.

—¿Qué se supone que debo hacer? Padezco un problema, y es que nunca pienso que he conocido a la persona adecuada. Así que salgo con chicas. Todo el mundo lo ha hecho. —Hubo una pausa—. Ayer estuve enfermo.

—Cuánto lo siento —dijo la mujer—. ¿Te habría gustado tener a alguien que cuidara de ti?

—En realidad, no —dijo Simon—. Bueno, solo estuve enfermo un día... Maldita sea, sí, sí lo pensé. ¿Crees que tengo un problema? Me gustaría verte y hablar de ello. Tal vez puedas ayudarme.

—Ahora tengo novio formal —repuso la mujer—. Es posible que nos casemos, y, sinceramente, no creo que le hiciera gracia que me vieran contigo.

—Ya —dijo Simon—, comprendo.

—Pero puedes llamar cuando quieras.



## 22.

### *El Hueso y el visón blanco: el villancico de Carrie*

Navidades en Nueva York. Las fiestas. La estrella en la calle Cincuenta y siete. El árbol. Las más de las veces no sale como queremos, pero de vez en cuando algo ocurre y funciona.

Carrie estaba en el Rockefeller Center pensando en los fantasmas navideños del pasado. ¿Cuántos años han pasado desde que vine aquí por última vez?, se preguntó mientras se ponía los patines. Los dedos le temblaban mientras se ataba los cordones. Esperaba que el hielo estuviera duro y transparente.

Samantha Jones fue quien le hizo recordar. Samantha se había quejado de no tener novio, de que pasaran los años sin un amor con quien compartir la Navidad.

—Eres afortunada —había dicho a Carrie, y ambas sabían que era verdad—. Me pregunto si alguna vez tendré esa misma suerte. Cuando paso por delante de un árbol de Navidad, me pongo triste.

Samantha pasea entre árboles de Navidad y Carrie patina. Y recuerda.

Era la segunda Navidad de Skipper Johnson en Nueva York y estaba volviendo a todo el mundo loco. Una noche fue a tres fiestas seguidas.

En la primera vio a James, un maquillador. James también acudió a la segunda y tercera fiesta, y Skipper le habló. No podía evitar hablar con todo el mundo. Remy, una peluquera, se acercó a Skipper y le preguntó:

—¿Qué haces con ese tipo, con James? Eres demasiado bueno para él.

—¿Qué quieres decir? —dijo Skipper.

—Os he visto juntos en todas partes. Déjame que te diga algo. Es un cabrón. Utiliza a la gente. Te mereces algo mejor.

—Pero si yo no soy gay —protestó Skipper.

—Lo que tú digas, querido.

Al día siguiente, Skipper llamó a Stanford Blatch, el guionista.

—La gente piensa que soy gay y eso es malo para mi reputación —dijo.

—Déjate de chorradas —espetó Stanford—. La reputación es como la arena de los gatos. Puede cambiarse cada día. De hecho, así debería ser. Además, ahora mismo tengo mis propios problemas.

Skipper llamó a River Wilde, el famoso novelista.

—Quiero verte —dijo.

—No puedo —replicó River.

—¿Por qué no?

—Porque estoy ocupado.

—¿Ocupado con qué?



—Con Mark, mi nuevo novio.

—No lo entiendo —dijo Skipper—. Pensaba que yo era tu amigo.

—Él hace cosas por mí que tú no haces.

Hubo una pausa.

—Pero yo hago cosas por ti que él no puede hacer —dijo Skipper.

—¿Como qué?

Otra pausa.

—Eso no significa que tengas que estar con él constantemente —protestó Skipper.

—¿No lo pillas, Skipper? —preguntó River—. Él está aquí. Sus cosas están aquí. Su ropa interior. Sus compact. Sus bolas de pelo.

—¿Bolas de pelo?

—Tiene un gato.

—¿Has dejado entrar un gato en tu casa? —dijo Skipper.

Skipper telefoneó a Carrie.

—No lo soporto. Es Navidad y todo el mundo tiene pareja. Todo el mundo menos yo. ¿Qué haces esta noche?

—Importante y yo tenemos previsto quedarnos en casa —dijo Carrie—. Voy a cocinar.

—Quiero un hogar —dijo Skipper—. Necesito una casa. Tal vez en Connecticut. Quiero un nido.

—Skipper —dijo Carrie—, solo tienes veinticinco años.

—¿Por qué las cosas no pueden ser como eran el año pasado, cuando nadie tenía pareja? —gimió Skipper—. Ayer tuve un sueño alucinante con Gae Garden —dijo, refiriéndose a la famosa cuarentona de la alta sociedad—. Es tan guapa. Soñé que paseábamos de la mano y estábamos locamente enamorados. Entonces me desperté y me llevé un chasco cuando me di cuenta de que solo era un sueño. ¿Crees que es posible sentir eso en la vida real?

El año anterior, Skipper, Carrie y River Wilde habían asistido a la fiesta navideña que Belle celebraba en la mansión que su familia tenía en el campo. Skipper conducía su Mercedes. River, que iba sentado detrás como un cardenal, obligaba a Skipper a cambiar continuamente de emisora de radio hasta que dio con una música que podía tolerar.

Después de la fiesta fueron al apartamento de River, y River y Carrie se pusieron a charlar mientras Skipper se quejaba de que su coche estaba mal aparcado. Se acercó a la ventana para echarle un vistazo y vio que la grúa se lo estaba llevando. Empezó a gritar, y Carrie y River le dijeron que cerrara el pico y se preparara una raya o un porro o una copa. La situación les parecía desternillante.

Al día siguiente Stanford Blatch acompañó a Skipper a sacar el coche del depósito. Tenía un pinchazo y Stanford se sentó en su coche a leer el periódico mientras Skipper cambiaba la rueda.





### *El Hueso*

—Necesito que me hagas un favor —dijo Stanford Blatch. Él y Carrie estaban compartiendo un almuerzo navideño, como hacían cada año, en Harry Cipriani—. Tengo que vender algunos cuadros en la subasta de Sotheby's. Quiero que te sientes entre el público y pujes por ellos.

—Dalo por hecho —dijo Carrie.

—Para serte sincero, estoy arruinado —confesó Stanford. Tras perder su inversión en una banda de rock, su familia le había cerrado el grifo. Y se había pulido el dinero de su último guión—. He sido un idiota.

Y luego estaba el Hueso. Stanford le había escrito un guión y pagado sus clases de arte dramático.

—Naturalmente, me dijo que no era gay —explicó Stanford—, pero no le creí. Nadie me entiende. Yo cuidé de ese crío. Por la noche, cuando hablábamos por teléfono, se dormía con el auricular en los brazos. Jamás he conocido a nadie tan vulnerable, tan confuso.

Una semana antes, Stanford había preguntado al Hueso si quería asistir a la gala benéfica del Costume Institute en el Met y este se puso furioso.

—Le dije que sería bueno para su carrera —explicó Stanford—, pero me gritó, insistió en que no era gay y en que le dejara en paz. Dijo que no volvería a dirigirme la palabra.

Stanford bebió de su Bellini.

—La gente pensaba que estaba secretamente enamorado de él. Yo pensaba que no lo estaba. Una vez me pegó. Ocurrió en su apartamento. Habíamos empezado a discutir. Le había conseguido una audición con un director, pero me dijo que estaba muy cansado y que me fuera. Le propuse que lo habláramos. Entonces me empujó contra la pared, me levantó literalmente del suelo y me arrojó por la escalera. Vivía en un edificio sin ascensor, imagínate, un chico tan guapo. Mi hombro ya no es el mismo desde entonces.

### *El visón blanco*

Carrie ha estado recibiendo quejas sobre Skipper. De mujeres mayores que él, entre ellas su agente y la redactora de una revista. Skipper ha posado la mano sobre sus rodillas, por debajo de la mesa, en varias cenas.

El día de la gala benéfica del Costume Institute, Carrie se estaba arreglando el pelo mientras le pegaba la bronca a Skipper por teléfono cuando Mr. Importante llegó a casa. Llevaba un paquete grande debajo del brazo.

—¿Qué es? —preguntó Carrie.

—Un regalo —dijo Mr. Importante.

Entró en el dormitorio y salió sosteniendo un abrigo de visón blanco.

—Feliz Navidad.

—Skipper, tengo que dejarte —dijo Carrie.

Apenas cuatro Navidades antes, Carrie vivía en un estudio donde hacía dos



meses había fallecido una anciana. En aquella época Carrie no tenía dinero. Una amiga le dejó un trozo de espuma como colchón. Sus únicas posesiones eran un abrigo de visón y una maleta de Louis Vuitton, y ambas cosas se las robaron un día que, inevitablemente, le entraron en el apartamento. Pero hasta ese momento había dormido sobre la espuma con el abrigo de visón encima, y seguía saliendo cada noche. Caía bien a la gente y nadie hacía preguntas. Un día la invitaron a otra fiesta en un apartamento de Park Avenue. Sabía que no encajaría y que estaría tentada de ponerse las botas, algo que no podía hacer. En lugar de eso conoció a un hombre que tenía un nombre. Este la invitó a cenar y Carrie pensó: Que os jodan a todos.

Fueron a Elio's y se sentaron en una de las mesas. El hombre reía mucho y comía palitos de pan con mantequilla.

—¿Eres una escritora de éxito? —preguntó.

—El mes que viene saldrá un relato mío en *Woman's Day* —explicó Carrie.

—¿*Woman's Day*? ¿Quién lee *Woman's Day*? —dijo el hombre—. Pasaré la Navidad en St. Barts. ¿Has estado en St. Barts?

—No.

—Deberías ir. De veras. Cada año alquilo una casa allí. Todo el mundo va a St. Barts.

—No me digas.

La segunda vez que salieron a cenar, el hombre había cambiado de parecer y no sabía si ir a Gstaad o a Aspen a esquiar o a St. Barts. Preguntó a Carrie a qué colegio había ido.

—A Nayaug High School —dijo—, en Connecticut.

—¿Nayaug? No me suena. Por cierto, ¿crees que debería comprarle a mi ex novia un regalo de Navidad? Dice que tiene uno para mí.

Carrie se limitó a mirarle.

Permaneció animada unos días hasta que comprendió que el hombre no iba a llamarla.

Dos días antes de Navidad, Carrie le telefoneó.

—Oh, estoy a punto de despegar —dijo él.

—¿Adónde has decidido ir?

—A St. Barts. Hemos organizado una fiesta fabulosa en casa. El director de cine Jason Mould y su novia Stelli Stein vendrán desde Los Ángeles. Te deseo una feliz Navidad. Espero que Papá Noel se porte bien contigo.

—Feliz Navidad para ti también.

### *Hola, mamá*

Esa tarde Carrie fue a patinar sobre hielo. Estuvo girando y girando en medio de la pista hasta que sacaron a todo el mundo porque era hora de cerrar. Telefoneó a su madre.

—Voy a casa —le dijo.

Empezaba a nevar. Se subió a un tren en Penn Station. No había asientos libres. Se quedó de pie en el pasillo.



El tren cruzó Rye y Greenwich. La nieve se convirtió en ventisca. Pasaron por Greens Farms y Westport y los sucios pueblos industriales. El tren se detuvo a causa de la nieve. Los pasajeros empezaron a hablar. Era Navidad.

Carrie encendió un cigarrillo. Seguía pensando en el hombre y en Jason Mould y en Stelli Stein (quienquiera que fuera). Se los imaginaba tumbados alrededor de una piscina bajo el cielo soleado de St. Barts. Seguro que Stelli Stein llevaba puesto un biquini blanco y un sombrero negro. Seguro que bebían cócteles con pajita. A la hora de comer empezaría a aparecer la gente. Y todo el mundo era alto y guapo y tenía la piel bronceada.

Carrie contempló cómo la nieve entraba por la rendija de una ventanilla. Se preguntó si alguna vez conseguiría que algo le saliera bien.

Era medianoche. Skipper estaba en su apartamento, de pie delante de la ventana, hablando por teléfono con California. Un taxi se detuvo al otro lado de la calle. En el asiento de atrás había un hombre y una mujer besuqueándose. La mujer se bajó del vehículo. Vestía un abrigo de piel con una bufanda de cachemir alrededor de la cabeza. El taxi se marchó.

Era Samantha Jones.

Al cabo de dos minutos sonó el timbre de la puerta.

—Samantha —dijo Skipper—, te estaba esperando.

—Por favor, Skipper, déjate de infantilismos. Me preguntaba si podrías dejarme un poco de champú.

—¿Champú? ¿Qué me dices de una copa? —propuso Skipper.

—Que sea pequeña —dijo Samantha—. Y no intentes jugármela. Nada de meterme éxtasis o cosas así.

—¿Éxtasis? Si yo no tomo drogas. Ni siquiera he probado la coca, te lo juro. Caray, no puedo creer que estés en mi casa.

—Yo tampoco —dijo Samantha. Empezó a pasearse por la sala, tocando cosas—. La verdad es que no soy tan organizada como la gente piensa.

—¿Por qué no te quitas el abrigo? —dijo Skipper—. Siéntate. ¿Quieres hacer el amor?

—Lo que quiero es lavarme el pelo —dijo Samantha.

—Puedes hacerlo aquí. Después.

—No, gracias.

—¿Quién era el tipo al que estabas besando en el taxi? —preguntó Skipper.

—Uno más de los hombres que no quiero o no puedo tener —dijo Samantha—. Como tú.

—Pero a mí sí puedes tenerme —repuso Skipper—. Estoy disponible.

—Justamente —dijo Samantha.

*¡Eres tremendo!*

—Cheri —dijo la voz de un hombre desde la sala de estar—, cómo me alegro de que hayas venido a verme.

—Sabes que siempre lo hago —dijo el Hueso.



— Acércate. Tengo algunos regalos para ti.

El Hueso se miró en el espejo del vestíbulo de mármol y entró en la sala de estar. En el sofá había un hombre de mediana edad bebiendo té y martilleando contra la mesa de centro un pie calzado con una zapatilla italiana.

— Ven aquí y deja que vea cuánto has envejecido en estos dos últimos meses. ¿Se ha portado bien el sol contigo desde nuestra aventura en el Egeo?

— Tú no has envejecido nada — dijo el Hueso—. Siempre te mantienes joven. ¿Cuál es tu secreto?

— La maravillosa crema facial que me regalaste — dijo el hombre—. ¿Cómo se llamaba?

— Kiehl. — El Hueso se sentó en el borde de una butaca.

— Debes traerme más — dijo el hombre—. ¿Conservas el reloj?

— ¿El reloj? Oh, se lo di a un vagabundo. Siempre me estaba preguntando la hora, así que supuse que lo necesitaba más que yo.

— ¡Eres tremendo! — exclamó el hombre—. Siempre tan bromista.

— ¿Crees que alguna vez daría algo que tú me hubieras regalado?

— No. Y ahora mira lo que te he traído. Jerséis de cachemir de todos los colores. ¿Te los probarás?

— Solo si puedo quedármelos todos — dijo el Hueso.

### *La fiesta de River*

Fiesta navideña de River Wilde. Música a todo volumen. Gente por todas partes, hasta en el hueco de la escalera. Drogas. Alguien meando desde el balcón sobre la cabeza del desprevenido vigilante. El Hueso estaba ignorando a Stanford Blatch, que apareció con dos modelos gemelos recién llegados a la ciudad. Skipper se estaba dando el lote con una mujer en un rincón. El árbol de Navidad se desplomó.

Skipper se liberó y se acercó a Carrie. Esta le preguntó por qué siempre estaba intentando besar a las mujeres.

— Siento que es mi deber — dijo.

Luego abordó a River.

— ¿Por qué ya nunca me incluyes? Tengo la sensación de que todos mis amigos me están dando la espalda. Es por lo de Mark, ¿verdad? No le caigo bien.

— Si sigues así, no le caerás bien a nadie — dijo River.

Había alguien vomitando en el lavabo.

A la una de la madrugada el suelo estaba cubierto de alcohol y un puñado de colocados se había adueñado del cuarto de baño. El árbol se había caído tres veces y nadie podía encontrar su abrigo.

— Finalmente he desistido con el Hueso — dijo Stanford a River—. Nunca antes me había equivocado, pero tal vez sea cierto que es hetero.

River le miró algo aturdido.

— Ven, River — dijo Stanford, súbitamente alegre—. Mira tu árbol de Navidad. Mira qué bonito está.



## 23.

### *Relato de una juerguista sobre sexo e infortunios: él era rico, complaciente y... feo*

Carrie salía de Bergdorf's cuando tropezó con Bunny Entwistle.

—¡Hacía años que no te veía, cielo! —dijo Bunny—. Estás estupenda.

—Tú también —dijo Carrie.

—Tienes que almorzar conmigo. Ahora mismo. Amalita Amalfi (sí, está en la ciudad y todavía somos amigas) me ha dado plantón.

—Probablemente porque esperaba una llamada de Jake.

—Oh, ¿todavía se ven? —Bunny apartó su melena rubia platino del hombro de su abrigo de marta—. Tengo una mesa en 21. Come conmigo, te lo ruego. Hace un año que no piso Nueva York y me muero por cotillear.

Bunny tenía cuarenta y pocos, todavía era guapa y lucía un bronceado de Los Ángeles. A veces era actriz de televisión, pero antes de eso había vivido muchos años en Nueva York. Era la quintaesencia de la chica juerguista, tan alocada que ningún hombre estaría dispuesto a casarse con ella, aun cuando muchos intentaban meterse bajo sus faldas.

—Quiero una mesa al fondo, donde pueda fumar y donde nadie nos moleste —dijo Bunny. Se sentaron y encendió un puro habano—. De lo primero que quiero que me hables es de la boda.

Se refería a la noticia del enlace en las islas Galápagos de Chloe —36 años, todavía considerada una belleza clásica— con un tipo sencillo llamado Jason Jingsley.

—Bueno, él es rico, inteligente y dulce —dijo Carrie—. Siempre fue cordial conmigo.

—Por favor, cariño —replicó Bunny—, las mujeres no se casan con tipos como Jingsley, y mira que hay un montón de ellos en Nueva York. Consiguen ser buenos amigos, atentos y siempre dispuestos a ayudarte. Por las noches, cuando te sientes sola y desesperada, te dices que podrías casarte con uno de ellos, pues al menos no tendrías que preocuparte del alquiler. Pero de repente recobras la cordura, lo piensas detenidamente y te das cuenta de que si te casas con él, tendrás que compartir la misma cama y ver cómo se lava los dientes cada día.

—Sandra me contó que una vez intentó besarla —explicó Carrie—. Dijo: «Si quisiera una bola de pelo en mi cama, me compraría un gato».

Bunny abrió su polvera para arreglarse las pestañas, pero Carrie sospechaba que lo hacía para comprobar si alguien del restaurante la miraba.

—Me encantaría llamar a Chloe y preguntárselo directamente, pero no puedo porque hace años que no me dirige la palabra —dijo—. Curiosamente, acabo de recibir una invitación para una de esas galas benéficas en un museo del Upper East



Side y Chloe, cómo no, es la copresidenta. Hace años que no voy a esas galas, pero llegué a pensar en pagar los 350 dólares solo para ver qué aspecto tenía.

Bunny soltó una de sus famosas carcajadas y varias cabezas se volvieron para mirarla.

—Hace unos años, cuando estaba jodida y hasta tenía restos secos de coca en las fosas nasales, mi padre solía llamarme para pedirme que fuera a casa. Yo le preguntaba que para qué. «Para que pueda verte», decía. «Si te veo sabré si estás bien o no.» Pues lo mismo ocurriría con Chloe. Solo tengo que verla para saberlo todo, si se odia, si está tomando Prozac...

—Lo dudo —dijo Carrie.

—¿Crees que ha tenido una experiencia religiosa extraordinaria? —prosiguió Bunny—. Le ocurre a mucha gente hoy día. Está muy de moda. En cualquier caso, tengo mis razones para querer saber. Hace unos años estuve a punto de casarme con un tipo como Jingsley. La situación todavía no se ha resuelto y nunca se resolverá. Pidamos champán.

Bunny chasqueó los dedos.

—¡Camarero! Bueno, todo comenzó después de una desagradable ruptura con un hombre al que llamaré Dominique. Era un banquero italiano, muy orgulloso de ser europeo y con la personalidad de un escorpión. Igualito que su madre. Me trataba como a un trapo y yo lo aguantaba, pero lo más curioso es que no me importaba demasiado.

»O por lo menos no me importó hasta el final, cuando bebí demasiado té de hongos psicodélicos en Jamaica y me di cuenta de que no me amaba. Pero en aquellos tiempos yo era diferente. Todavía era guapa, los hombres me paraban por la calle y había crecido con una buena educación en una pequeña ciudad de Maine. Por dentro, sin embargo, no valía nada. No tenía sentimientos, ni emocionales ni físicos. Nunca había estado enamorada.

»Las únicas razones por las que viví con Dominique durante tres años fueron, en primer lugar, porque me lo pidió durante nuestra primera cita y, en segundo lugar, porque tenía un precioso apartamento de dos dormitorios en un edificio de los años treinta con vistas al East River y una casa enorme en East Hampton. Yo no tenía dinero ni trabajo. Por entonces hacía algunos doblajes y cantaba melodías para anuncios de televisión.

»Cuando Dominique y yo nos separamos —había descubierto mis aventuras amorosas y me obligó a devolverle las joyas que me había comprado— decidí que lo que tenía que hacer era casarme. Y cuanto antes.

### *El sombrero tirolés*

—Me mudé al apartamento de una amiga —dijo Bunny—, y dos semanas más tarde conocí a Dudley en Chester's, el bar del East Side para gente bien. A los cinco minutos de conocerle ya había conseguido irritarme. Llevaba un sombrero tirolés y un traje de Ralph Lauren. Tenía unos labios húmedos. Era alto y flaco, sin apenas mentón, con unos ojos como huevos duros y una nuez grande y agitada. Se sentó a





nuestra mesa sin que nadie le invitara e insistió en pedir martinis para todos. Contó varios chistes malos y se burló de mis zapatos de piel de poni.

»—Soy una vaca, muuu, llévame puesta, muuu —me dijo.

»—Lo siento, pero tú, si acaso, eres un buey —repliqué, avergonzada de que me vieran hablar con él.

»Al día siguiente el tipo me llamó. Me dijo que Shelby le había dado mi número de teléfono. Shelby es un amigo emparentado con George Washington. Puedo ser grosera, pero hasta cierto punto.

»—No sabía que conocías a Shelby —dije.

»—Y tanto, desde el jardín de infancia. Ya en aquella época era un bobo.

»—¿De veras? ¿Y tú qué eres? —dije.

Fue un error. Nunca debí darle conversación. Sin saber cómo me descubrí hablándole de mi ruptura con Dominique y al día siguiente me envió flores «porque una chica tan guapa no debía deprimirse porque la dejaran». Luego me telefoneó Shelby.

»—Dudley es un tío genial —me dijo.

»—¿De veras? ¿Y qué tiene de genial?

»—Que su familia posee medio Nantucket.

»Dudley empezó a enviarme regalos, ositos de peluche y hasta una cesta con quesos de Vermont. Me llamaba tres o cuatro veces al día. Al principio me ponía de los nervios, pero poco a poco me fui acostumbrando a su pésimo sentido del humor y casi esperaba impaciente sus llamadas. Escuchaba fascinado todos los problemas mundanos que yo sufría durante el día, por ejemplo, que estaba cabreada porque Yvonne se había comprado un nuevo traje Chanel y yo no podía permitírmelo, que un taxista me había echado del taxi por fumar, que me había vuelto a hacer un corte en el tobillo al depilarme. Dudley me estaba tendiendo una trampa y lo sabía, pero pensaba que podría salir de ella. Entonces llegó la invitación para el fin de semana a través de Shelby.

»—Dudley quiere que vayamos con él a su casa de Nantucket —me dijo por teléfono.

»—Ni lo sueñes —respondí.

»—Es una casa muy bonita. Una antigüedad. En la calle Mayor.

»—¿Cuál? —pregunté.

»—Me parece que una de las de ladrillo.

»—¿Estás seguro?

»—Creo que sí, pero no lo recuerdo muy bien porque cada vez que he estado allí he pillado un ciego del carajo.

»—Si es una de las casas de ladrillo, me lo pensaré —dije.

»Diez minutos más tarde Dudley me telefoneó.

»—Ya he comprado vuestros billetes de avión —dijo—. Y sí, es una de las casas de ladrillo.





### *Dudley baila*

—Todavía no me explico por qué pasó lo que pasó ese fin de semana. Tal vez fuera el alcohol o la marihuana. O tal vez fuera la casa. De niña había pasado algunos veranos en Nantucket con mi familia. Eso es lo que cuento, pero en realidad pasamos dos semanas en una casa de huéspedes. Yo compartía una habitación con mis hermanos y mis padres hervían langostas para cenar en un calentaplatos.

»Ese fin de semana me acosté con Dudley. En realidad no quería. Estábamos en el rellano de la escalera, dándonos las buenas noches, cuando de repente se abalanzó sobre mí y empezó a besarme. No opuse resistencia. Fuimos a su cuarto y cuando se tumbó sobre mí, al principio sentí que me estaba ahogando, lo cual probablemente no eran imaginaciones mías porque Dudley mide casi un metro noventa, y luego tuve la sensación de estar con un niño, pues no pesaba más de setenta y cinco kilos y no tenía vello ninguno en el cuerpo.

»Pero, por primera vez en mi vida, el sexo estuvo genial. Tuve una especie de revelación: a lo mejor podía ser feliz con un hombre por el simple hecho de que fuera amable y me adorara. Con todo, tenía miedo de mirar a Dudley cuando nos despertáramos por la mañana. Tenía miedo de que me repugnara.

»Dos semanas después de regresar a Manhattan, asistimos a una gala benéfica en un museo del Upper East Side. Era nuestro primer acontecimiento oficial como pareja. Y, tal como iba a ser habitual en nuestra relación, estuvo plagado de contratiempos. Dudley llegó una hora tarde y luego no encontrábamos taxi porque estábamos a cuarenta grados. Tuvimos que ir a pie y Dudley, como siempre, no había comido nada ese día y estuvo a punto de desmayarse, y alguien tuvo que traer vasos de agua fría. Luego insistió en bailar, lo cual, básicamente, consistía en arrojarme contra otras parejas. Luego se fumó un puro y vomitó. Entretanto, todo el mundo me decía que era un tío genial. Salvo mis amigos. Amalita me dijo:

»—Te mereces algo mejor. Esto es ridículo.

»—Pero en la cama es genial —respondí.

»—No me hagas vomitar —dijo ella.

»Un mes después, Dudley me propuso matrimonio de forma informal y acepté. Todavía me avergonzaba de él, pero pensé que con el tiempo se me pasaría. Además, el asunto me mantenía ocupada. Nos pasábamos el día buscando piso, anillo de prometida, antigüedades, alfombras orientales, plata, vino. Luego estaban los fines de semana en Nantucket y los viajes a Maine para ver a mis padres. Pero Dudley siempre llegaba tarde, de modo que perdíamos un montón de transbordadores y trenes.

»La chispa saltó la noche que perdimos el transbordador de Nantucket por cuarta vez. Tuvimos que pernoctar en un motel. Estaba hambrienta y quería que Dudley fuese a comprar comida china, pero regresó con una lechuga y un tomate de aspecto lastimoso. Mientras yo yacía en la cama tratando de no oír el ruido de una pareja que no paraba de revolcarse en la habitación contigua, Dudley se sentó en calzoncillos a la mesa de formica y se puso a cortar las partes podridas del tomate con su navaja suiza de Tiffany's. Pese a sus treinta años, tenía las manías de un



hombre de setenta y cinco.

»Al día siguiente puse manos a la obra.

»—¿No crees que deberías hacer ejercicio y ganar un poco de peso?

«Después de eso, todo sobre él empezó a sacarme de quicio. Su ropa ridícula y ostentosa. Su forma de comportarse, como si todo el mundo fuera su mejor amigo. Los tres pelillos rubios de la nuez. Su olor.

«Procuraba llevármelo cada día al gimnasio. Me ponía delante de él y le obligaba levantar pesas de tres kilos, que era cuanto conseguía. De hecho ganó cinco kilos, pero los perdió enseguida. Una noche fuimos a cenar al apartamento de sus padres en la Quinta Avenida. La cocinera estaba haciendo chuletas de cordero. Dudley insistió en que él no podía comer carne, gritó a sus padres por no tener en cuenta sus hábitos alimenticios y envió a la cocinera a comprar arroz integral y brécol. La cena se retrasó dos horas y, con todo, Dudley apenas probó su plato. Yo estaba desesperada. Al terminar, su padre me dijo:»

—Ven a cenar cuando quieras, pero deja a Dudley en casa.

»Debí cortar la relación en ese momento, pero la Navidad estaba a solo dos semanas. El día de Nochebuena Dudley me pidió oficialmente que me casara con él, con un anillo de ocho quilates, delante de toda mi familia. Siempre hay algo desagradable en la forma en que Dudley hace las cosas, y para no perder la costumbre, había introducido el anillo en un bombón Godiva.

»—Toma, tu regalo de Navidad —dijo, entregándome la caja—. Come.

»—Ahora no me apetece comer bombones —dije, clavándole la mirada asesina que siempre conseguía silenciarle.

»—Será mejor que comas —repuso él con cierto tono amenazador, así que empecé a comer.

»Mi familia me miraba horrorizada. Podría haberme roto un diente o, peor aún, haberme ahogado. Con todo, acepté.

»Ignoro si alguna vez has estado prometida al hombre equivocado, pero una vez que ocurre, es como si estuvieras en un tren de mercancías y no pudieras pararlo. Llegó la ronda de fiestas en Park Avenue, las pequeñas cenas en Mortimers y Bilboquet. Mujeres a las que apenas conocía habían oído hablar del anillo y suplicaban verlo.

»—Es un tío estupendo —decía todo el mundo.

»—Sí, lo es —respondía yo, y por dentro me sentía como una canalla.

«Entonces llegó el día en que debía mudarme a nuestro nuevo hogar, un piso clásico de seis habitaciones perfectamente amueblado, situado en la 71 Este. Todas mis cosas estaban en cajas y los de la mudanza abajo cuando llamé a Dudley.

»—No puedo hacerlo —dije.

»—¿No puedes hacer qué? —preguntó.

»Colgué. Me llamó. Vino. Se fue. Sus amigos llamaron. Yo me fui de juerga. Los amigos de Dudley del Upper East Side afilaron sus cuchillos. Se inventaron cosas: me habían visto en casa de no sé quién a las cuatro de la mañana con unas botas de vaquero como única vestimenta, le había hecho a un tío una mamada en un club, estaba intentando vender el anillo de prometida, era una buscadora de oro, le había



dado a Dudley gato por liebre.

»No hay una forma feliz de poner fin a estas situaciones. Me mudé a un estudio diminuto en un sucio edificio sin ascensor de la avenida York que yo misma podía pagar y empecé a trabajar en mi futuro. Para Dudley las cosas empeoraron. El mercado de la propiedad bajó y no podía vender el piso. Todo por culpa mía. Dudley se fue a vivir a Londres. También culpa mía. Pero me llegaban rumores continuos de lo bien que se lo estaba pasando con la hija de un duque.

»Todo el mundo olvida que después de eso yo pase tres años infernales. Aunque no tenía dinero y me veía obligada a comer *hot dogs* en la calle y quería suicidarme la mitad del tiempo (una vez incluso llamé al teléfono de la esperanza, pero en ese momento alguien me llamó por el telefonillo para invitarme a una fiesta), juré que nunca volvería a meterme en un lío semejante, que nunca aceptaría ni un céntimo de un hombre. Es horrible herir a alguien de ese modo.

—¿Realmente crees que el problema era su aspecto? —preguntó Carrie.

—Últimamente he estado dándole vueltas al asunto, pero me olvidé mencionar que cada vez que me subía al coche con Dudley, me dormía. No podía mantener los ojos abiertos. Lo cierto es que Dudley me aburría.

Tal vez fuera el champán, pero Bunny se echó a reír con cierta vacilación.

—¿No es horrible? —dijo.



## 24.

### *Aspen*

Carrie llegó a Aspen en un avión privado Lear. Lucía el abrigo de visón blanco, un vestido corto y botas de charol también blancas. Parecía lo adecuado para un avión Lear, pero no lo era. Los demás pasajeros, o sea, los propietarios del aparato, vestían tejanos, jerséis de trenzas y botas para la nieve. Carrie sufría una fuerte resaca. Cuando el avión aterrizó para repostar en Lincoln, Nebraska, el piloto tuvo que ayudarle a bajar la escalera. La temperatura era agradable y Carrie se paseó con su visón y sus gafas de sol, fumando y contemplando los interminables campos amarillos.

Mr. Importante la esperaba en el aeropuerto de Aspen. Estaba sentado fuera, perfectamente vestido con un abrigo y un sombrero de ante marrón, fumando un puro. Se acercó al avión y lo primero que dijo fue:

—Llegas tarde. Estoy helado.

—¿Por qué no esperaste dentro? —preguntó Carrie.

Cruzaron en coche la diminuta ciudad, que parecía un pueblo de juguete montado por un niño a los pies de un árbol de Navidad. Carrie se frotó los ojos y suspiró.

—Voy a relajarme, a hacer vida sana y cocinar —dijo.

Stanford Blatch también llegó en avión privado. Iba a alojarse en casa de Suzannah Martin, una amiga de la infancia. Tras la fiesta de River Wilde, había dicho a Suzannah:

—Quiero pasar una nueva hoja en mi vida. Somos tan buenos amigos que deberíamos pensar seriamente en casarnos. De ese modo yo podría heredar, y con tu dinero y mi dinero juntos podríamos vivir como siempre hemos deseado.

Suzannah era una escultora de 40 años que se ponía grandes cantidades de maquillaje y piezas enormes de joyería. Nunca se había imaginado en un matrimonio tradicional.

—¿Dormitorios separados?

—Por supuesto —dijo Stanford.

Skipper Johnson llegó en un vuelo comercial. Había utilizado sus kilómetros acumulados para viajar en primera. Iba a pasar las vacaciones con sus padres y sus dos hermanas menores. He de encontrar novia, pensó. Esto es ridículo. Se imaginaba a la afortunada mayor que él, entre treinta y treinta y cinco, inteligente, guapa y muy divertida. Alguien que pudiera mantener despierto su interés. Durante el último año se había dado cuenta de que las chicas de su edad le aburrían. Le admiraban demasiado y eso le asustaba.

Mr. Importante enseñó a Carrie a esquiar. Le había comprado un traje para la



nieve, guantes, gorro y leotardos. También un diminuto termómetro que se enganchaba en los guantes, el único objeto que ella le había rogado que le comprara. Él se había negado hasta que ella empezó a lloriquear. Entonces Mr. Importante accedió a comprarlo a cambio de una mamada, aun cuando el termómetro solo costaba cuatro dólares. En la casa que habían alquilado, él le subió la cremallera del traje de esquiar y ella alargó las manos para que le colocara los guantes. Le enganchó el termómetro y ella dijo:

— Ya verás cómo te alegras de haberlo comprado. Hace mucho frío ahí fuera.

Él rió y se besaron.

Mr. Importante fumaba puros en el teleférico y hablaba por su móvil. Luego descendía por las pistas detrás de Carrie para asegurarse de que nadie la atropellaba.

— Muy bien —le decía mientras ella hacía un giro tras otro.

Luego Carrie se detenía a los pies de la pista, se protegía los ojos con una mano y veía a Mr. Importante bajar por los baches.

Por la tarde recibían un masaje e iban al jacuzzi. Por la noche, cuando estaban juntos en la cama, Mr. Importante le decía:

— Ahora estamos unidos, ¿verdad?

— Sí —respondía Carrie.

— ¿Recuerdas que antes siempre decías que teníamos que estar *más* unidos? Ya no lo dices.

Las cosas no pueden ir mejor, pensaba Carrie.

### *Estoy buscando un avión*

Stanford Blatch caminaba por la cumbre de la montaña Aspen balanceando unos prismáticos, en dirección a la cabaña de Suzannah para almorzar, cuando oyó una voz familiar que le gritaba:

— ¡Cuidado, Stanford!

Stanford se volvió justo en el momento en que Skipper Johnson bajaba a toda pastilla y se disponía a embestirlo. Dio un salto atrás para esquivarlo.

— Querido Skipper —dijo.

— ¿No te encanta tropezar con tus amigos en vacaciones?

Skipper vestía un anorak ancho amarillo y un gorro con orejeras que sobresalían en ángulo recto.

— Depende del amigo y de cómo tropiece con él —repuso Stanford.

— No sabía que te gustara la ornitología.

— No estaba mirando pájaros, sino aviones privados —explicó Stanford—. Estoy considerando la posibilidad de comprar uno.

— ¿De veras? —dijo Skipper.

— Sí. Estoy pensando en casarme y quiero asegurarme de que mi esposa se desplace como es debido.

— ¿Tu esposa?

— Sí, Skipper —contestó Stanford pacientemente—. De hecho, ahora mismo me dispongo a almorzar con ella. ¿Te gustaría conocerla?



—No puedo creerlo —dijo Skipper mientras se quitaba los esquiés—. Bueno, hoy ya he ligado con tres chicas. ¿Por qué no podía ocurrirte a ti?

Stanford le miró con lástima.

—Ay, querido Skipper, ¿cuándo vas a dejar de fingir que eres hetero?

Carrie y Mr. Importante fueron al Pine Creek Cookhouse para una cena romántica. Cruzaron en coche las montañas y llegaron al restaurante en un trineo tirado por caballos. El cielo estaba oscuro y despejado, y Mr. Importante habló de las estrellas y de que de pequeño era pobre y tuvo que dejar la escuela a los trece años para trabajar y luego ingresó en las Fuerzas Aéreas.

Traían consigo una Polaroid y se hicieron fotos en el restaurante. Bebieron vino y unieron sus manos. Carrie estaba un poco ebria.

—Oye, tengo que preguntarte algo.

—Dispara —dijo Mr. Importante.

—¿Recuerdas cuando, a los dos meses de salir juntos, a principios de verano, dijiste que querías salir con otras mujeres?

—Sí —dijo Mr. Importante con cautela.

—Saliste con aquella modelo durante una semana. Y cuando te vi en el Bowery estuviste horrible y yo te grité y tuvimos una agria pelea delante de todo el mundo.

—Tuve miedo de que no volvieras a dirigirme la palabra.

—Solo quiero saber —dijo Carrie— qué habrías hecho de haber estado en mi lugar.

—Creo que no habría vuelto a dirigirme la palabra.

—¿Era eso lo que querías? —preguntó Carrie—. ¿Querías que te dejara?

—No —dijo Mr. Importante—. Quería que te quedaras. Estaba confuso.

—Pero tú, en mi caso, te habrías ido.

—No quería que te fueras. Fue como, no sé cómo decirlo, fue como una prueba.

—¿Una prueba?

—Quería comprobar si realmente yo te gustaba, si te gustaba lo suficiente para quedarte.

—Pero me hiciste mucho daño —dijo Carrie—. ¿Cómo pudiste herirme así? No puedo olvidarlo, ¿sabes?

—Lo sé, nena, y lo siento.

Cuando regresaron a casa, había un mensaje en el contestador de su amigo común Rock Gibraltar, el actor de televisión.

—Estoy aquí con Tyler Kydd —dijo—. Seguro que os encanta.

—¿Tyler Kydd, el actor? —preguntó Mr. Importante.

—Eso parece —dijo Carrie, consciente de su esfuerzo por parecer indiferente.

### *Prometeo*

—Ha sido fantástico —dijo Stanford.

Él y Suzannah se hallaban en el sofá, frente al fuego. Suzannah estaba fumando un cigarrillo. Tenía dedos delgados y elegantes, con uñas rojas perfectamente cuidadas. Estaba enfundada en una bata china de seda negra.



—Gracias, querido.

—Eres la esposa perfecta —dijo Stanford—. No entiendo por qué no estás casada.

—Los hombres hetero me aburren —dijo Suzannah—. Por lo menos transcurrido un tiempo. Al principio todo va bien, pero de repente se ponen a exigir. Sin darte cuenta, acabas haciendo lo que ellos quieren.

—Nosotros no seremos así —dijo Stanford—. Esto es perfecto.

Suzannah se levantó.

—Me voy a la cama. Quiero levantarme pronto para esquiar. ¿Seguro que no quieres acompañarme?

—¿A las pistas? Nunca. Pero debes prometerme una cosa. Que mañana tendremos una noche exactamente como esta.

—Por supuesto.

—Eres la mejor cocinera que conozco. ¿Dónde aprendiste a cocinar así?

—En París.

Stanford se levantó.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches.

Stanford se inclinó y besó a Suzannah en la mejilla.

—Hasta mañana —dijo, despidiéndola con la mano mientras ella se dirigía a su cuarto.

Al poco rato Stanford entró en su habitación y, en lugar de acostarse, conectó el ordenador para consultar su e-mail. Tal como esperaba, tenía un mensaje. Pidió un taxi por teléfono y esperó junto a la ventana.

Cuando el taxi llegó, salió sigilosamente de la casa.

—Al Caribou Club —dijo.

Y a partir de ahí fue una especie de pesadilla. El taxi se detuvo en una calle adoquinada del centro de la ciudad. Stanford caminó por un callejón estrecho flanqueado de tiendas pequeñas, cruzó una puerta y bajó por una escalera. Detrás de un mostrador de madera había una mujer rubia que probablemente tenía cuarenta pero, gracias a los milagros de la cirugía plástica y los implantes de mama, aparentaba cinco años menos.

—He quedado con alguien aquí —dijo Stanford—, pero no sé cómo se llama.

La mujer le miró suspicazmente.

—Soy Stanford Blatch, el guionista —dijo él.

—¿De veras?

Stanford sonrió.

—¿Has visto la película *Víctimas de la moda*?

—¡Oh! —exclamó la mujer—. Me encantó. ¿La escribiste tú?

—Sí.

—¿Y qué estás haciendo ahora?

—Estoy pensando en escribir una película sobre la gente que se pasa con la cirugía plástica.

—Oh, Dios. Mi mejor amiga...





—Creo que es hora de que me reúna con mis amigos —dijo Stanford.

En un rincón de la sala había dos hombres y una mujer bebiendo y riendo. Stanford se acercó. El sujeto que estaba en el centro levantó la vista. Tenía unos cuarenta años, la tez bronceada y el pelo blanqueado. Stanford se percató de que se había operado la nariz y los pómulos y probablemente tenía implantes de pelo.

—¿Hércules? —preguntó Stanford.

—Sí —respondió el hombre.

—Soy Prometeo —dijo Stanford.

La chica miró al tipo y luego a Stanford.

—¿Hércules? ¿Prometeo? —preguntó.

Tenía una voz odiosamente nasal y vestía un jersey rosa muy hortera. No es lo bastante buena ni para limpiar el ático de mi madre, pensó Stanford, y decidió ignorarla.

—A mí no me pareces un Prometeo —dijo Hércules mientras recorría con la mirada la melena y la elegante indumentaria de Stanford.

—¿Piensas invitarme a sentar y a beber algo o piensas limitarte a insultarme? —quiso saber Stanford.

—Creo que deberíamos limitarnos a insultarte —dijo el otro tío—. Por cierto, ¿quién es?

—Otro perdedor que conocí en Internet —explicó Hércules, y bebió de su copa.

—Hace falta un perdedor para reconocer a otro —replicó Stanford.

—Caray, yo ni siquiera sé cómo encender un ordenador —dijo la chica.

—Echo un vistazo a todos los tíos que pasan por Aspen y luego elijo —explicó Hércules—. Y tú no... das la talla.

—Por lo menos sé elegir a mi cirujano plástico —contestó Stanford con calma—. Es una pena que la gente te recuerde no por ti mismo sino por tu cirujano plástico, ¿no crees? —dijo y sonrió—. Buenas noches, caballeros.

### *¿Puedes guardar un secreto?*

Carrie y Mr. Importante estaban almorzando en la terraza del Little Net cuando vieron a Rock Gibraltar. Y a Tyler Kydd.

Tyler Kydd los vio primero. No era guapo como Mr. Importante, pero sí atractivo. Facciones marcadas. Pelo rubio y largo. Cuerpo larguirucho. Se fijó en Carrie. Oh, oh, pensó esta.

Entonces Mr. Importante dijo:

—Rocko, nena. —Y se introdujo el puro en la boca, dio una palmada a Rock en la espalda y le apretó la mano.

—Os estaba buscando —dijo Rock—. ¿Conocéis a Tyler Kydd?

—No —respondió Mr. Importante—, pero conozco sus películas. ¿Cuándo piensa conseguir a la chica?

Todos rieron y tomaron asiento.

—A Importante acaba de abordarle un policía por fumar puros en el teleférico —explicó Carrie.



—Increíble —dijo Mr. Importante—. Cada día me fumo mi puro en el teleférico y cada día la chica me dice que no se puede fumar, y entonces yo le digo que está apagado.

—¿Puro habano? —preguntó Tyler.

—Desde luego.

—Algo parecido me ocurrió en Gstaad —explicó Tyler dirigiéndose a Carrie, que pensó que sería el hombre perfecto para Samantha Jones.

—¿Nena, puedes pasarme la sal? —pidió Mr. Importante a Carrie al tiempo que le propinaba un puntapié.

Ella se inclinó y se dieron un fugaz beso en la boca.

—Con permiso —dijo Carrie.

Se levantó y fue al lavabo de señoras. Estaba un poco nerviosa. Si no estuviera con Mr. Importante... pensó. Y luego se dijo que no era una buena idea pensar esas cosas.

Cuando salió, Tyler estaba fumando un puro con Mr. Importante.

—Nena, adivina qué —dijo Mr. Importante—: Tyler nos ha invitado a ir en moto por la nieve. Y luego iremos a su casa para hacer carreras de karts.

—¿Karts? —preguntó Carrie.

—Tengo un lago helado en mi propiedad.

—¿No es genial? —dijo Mr. Importante.

—Sí, claro —dijo Carrie—. Genial.

Esa noche, Carrie y Mr. Importante cenaron con Stanford y Suzannah. Cada vez que Suzannah decía algo, Stanford se inclinaba y decía:

—¿No es fantástica?

Le tomaba la mano y ella respondía:

—Oh, Stanford, eres un bobo.

Luego Suzannah reía y retiraba la mano para alzar su copa de vino.

—Me alegro tanto de que finalmente hayas cambiado de acera —dijo Mr. Importante.

—¿Quién ha dicho nada de cambiar de acera? —repuso Suzannah.

—Siempre seré una loca, si eso es lo que te preocupa —aseguró Stanford.

Carrie salió a fumar un cigarrillo y una mujer se le acercó para pedirle fuego. Era Brigid, la detestable mujer de la despedida de soltera del verano pasado.

—¿Carrie? —preguntó—. ¿Eres tú?

—¡Brigid! —exclamó Carrie—. ¿Qué haces aquí?

—Esquiar —respondió Brigid, y luego, mirando alrededor como si temiera que alguien pudiera oírla, añadió—: Con mi marido y sin hijos. Dejamos a los niños en casa de mi madre.

—¿No estabas... eh... embarazada? —preguntó Carrie.

—Lo perdí—dijo Brigid y miró de nuevo alrededor—. Oye, ¿no tendrás un cigarrillo además de esa cerilla?

—Desde luego —dijo Carrie.

—Hace años que no fumo, pero hoy lo necesito. —Dio una profunda calada—. Cuando era fumadora solo fumaba Marlboro rojo.



Carrie esbozó una sonrisa maliciosa.  
—Claro.  
Arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la bota.  
—¿Puedes guardar un secreto? —preguntó Brigid.  
—Sí —dijo Carrie.  
—El caso es que... —Brigid dio otra calada al cigarrillo y sacó el humo por la nariz— anoche no volví a casa.  
—Ya —dijo Carrie mientras se preguntaba por qué le contaba eso.  
—No me entiendes. Quiero decir que «no volví a casa».  
—Oh —dijo Carrie.  
—Exacto. No pasé la noche con mi marido. Pasé toda la noche fuera de casa. Dormí, bueno, en realidad pasé la noche, en Snowmass.  
—Comprendo —dijo Carrie, asintiendo con la cabeza—. ¿Estuviste... dándole a las drogas?  
—Nooo —contestó Brigid—. Estaba con un tío. No era mi marido.  
—Insinúas que tú...  
—Sí, me acosté con otro hombre.  
—Increíble —dijo Carrie. Encendió otro cigarrillo.  
—Hacía quince años que no me acostaba con otro hombre. Bueno, vale, tal vez siete. Pero estoy pensando en dejar a mi marido y tengo un monitor de esquí maravilloso. Me pregunté qué demonios estaba haciendo con mi vida, así que le dije a mi marido que iba a salir y me reuní con Justin, mi monitor, en un bar de Snowmass. Luego fuimos a su apartamento y lo hicimos durante toda la noche.  
—¿Lo sabe tu marido? —preguntó Carrie.  
—Se lo dije esta mañana cuando regresé a casa. ¿Qué podía hacer él? Ya estaba hecho.  
—Caray.  
—Está en el restaurante, totalmente alucinado —dijo Brigid—. Y le dije a Justin que nos veríamos más tarde. —Brigid dio una última calada—. Sabía que tú me entenderías. Me gustaría llamarte cuando volvamos a Nueva York. Deberíamos salir por ahí solo chicas.  
—Claro —dijo Carrie mientras pensaba: Lo último que me faltaba.

### *Tengo los pies fríos*

Fueron a montar en motonieve con Tyler y Rock. Tyler y Mr. Importante corrían demasiado y la gente les gritaba. Luego Mr. Importante invitó a Carrie a subirse a su moto y durante todo el trayecto Carrie suplicó a voz en grito que la dejara bajar porque tenía miedo de que volcaran.

Dos días más tarde fueron a casa de Tyler, un castillo en medio de un bosque que había pertenecido a una estrella del porno. Había alfombras de piel de oso y cabezas de animales colgadas de las paredes. Bebieron chupitos de tequila y dispararon flechas. Hicieron carreras de karts y Carrie las ganó todas. Luego fueron a dar un paseo por el bosque.



—Quiero volver —dijo Mr. Importante—. Tengo los pies congelados.

—¿Por qué no te pusiste calcetines gruesos? —preguntó Carrie. Se hallaba en la margen del río, empujando la nieve con la punta de la bota.

—Estate quieta —dijo Mr. Importante—. Vas a caerte.

—No me caeré —replicó Carrie. Lanzó un poco más de nieve y contempló cómo se derretía en el agua—. De niña me encantaba hacer esto.

Tyler estaba detrás de ellos.

—Siempre desafiando los límites —dijo.

Carrie se volvió y se miraron fijamente por una fracción de segundo.

La última noche fueron a una fiesta a casa de Bob Milo, una estrella de Hollywood. La casa se encontraba en lo alto de una montaña y para llegar tuvieron que dejar el coche y subir en motonieve. La vivienda y el terreno estaban decorados con faroles japoneses aunque era febrero y nevaba. Dentro de la casa había una especie de gruta y un puente que era preciso cruzar para llegar al salón.

Bob Milo estaba disertando pomposamente frente a la chimenea. Su novia y su inminente ex esposa estaban con él. Parecían gemelas, con la diferencia de que la esposa era cinco años mayor que la novia. Bob Milo vestía un jersey y los pantalones de un pijama. Medía poco más de metro y medio y calzaba unas zapatillas de fieltro terminadas en punta. Parecía un duende.

—Yo hago ejercicio seis horas al día —estaba diciendo cuando Stanford le interrumpió.

—Perdona, ¿quién decoró el interior de tu avión?

Milo le clavó una mirada asesina.

—Hablo en serio —dijo Stanford—. Estoy pensando en comprar un avión y quiero asegurarme de contratar a un buen decorador.

Carrie estaba sentada a una mesa comiendo patas de cangrejo y gambas. Ella y Rock cotilleaban sin cesar, susurrándose comentarios jocosos sobre la fiesta, soltando carcajadas y mostrándose cada vez más odiosos. Mr. Importante estaba al lado de Carrie hablando con Tyler, que tenía a dos mujeres colgadas del cuello. Carrie miró a Tyler y se alegró de no estar con un hombre así.

Se concentró de nuevo en sus gambas. En ese momento hubo un pequeño revuelo y apareció una rubia agitando los brazos y hablando con un acento singular. Oh, oh, esa voz me suena, pensó Carrie, pero decidió ignorarla.

La rubia se sentó en el regazo de Mr. Importante y los dos empezaron a reír. Carrie no se volvió. Entonces alguien preguntó a Mr. Importante:

—¿Cuánto tiempo hace que se conocen?

—No lo sé. ¿Cuánto? —preguntó la chica a Mr. Importante.

—¿Dos años? —dijo Mr. Importante.

—Ligamos en Le Palais de París —dijo la chica.

Carrie se volvió y sonrió.

—Hola, Ray —dijo—. ¿Qué le hiciste? ¿Una de tus famosas mamadas en una esquina?

Tras un súbito silencio, todo el mundo rompió a reír salvo Ray.

—¿De qué hablas? ¿A qué te refieres? —preguntó Ray con su estúpido acento.



—Es una broma —dijo Carrie—. ¿No la has captado?

—Tienes un sentido del humor muy poco gracioso, querida.

—¿De veras? —dijo Carrie—. Cuánto lo siento. Parece que a los demás les ha hecho mucha gracia. Ahora, si no te importa levantarte del regazo de mi novio, podré volver a mi conversación.

—Te has pasado —le dijo Mr. Importante. Luego se levantó y se marchó.

—Mierda —dijo Carrie.

Fue tras él, pero tropezó con otro revuelo. Stanford se hallaba en medio de la sala pegando gritos. Tenía delante a un hombre rubio y detrás estaba el Hueso.

—Eres un putón de mierda —estaba diciendo Stanford al Hueso—. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres un putón de mierda? ¿Cómo has podido liarte con esta basura?

—Oye, que acabo de conocerle —protestó el Hueso—. Me invitó a esta fiesta. Es un amigo.

—Venga ya —dijo Stanford—. Por favor, que alguien me traiga una copa para que pueda arrojársela a la cara.

Ray paso por su lado seguida de Skipper Johnson.

—Siempre he querido tener mi propio programa de televisión —estaba diciendo—. Por cierto, ¿te he dicho que he parido un hijo? Puedo hacer cosas con mi conejito que ninguna mujer te ha hecho antes.

Después de eso, Carrie hizo que todo el mundo fuera al cuarto de baño a fumar marihuana. Luego bailó desenfrenadamente con Mr. Importante. La gente se les acercaba para decirles que eran unos bailarines fantásticos.

Abandonaron la fiesta a la una de la madrugada, llevándose consigo a un grupo de gente. Una vez en casa, Carrie siguió bebiendo y fumando hasta que apenas pudo tenerse en pie. Fue al cuarto de baño, vomitó y se tumbó en el suelo. Vomitó otra vez y Mr. Importante entró y trató de sostenerle la cabeza.

—No me toques —farfulló Carrie.

La metió en la cama, pero ella se levantó y volvió al cuarto de baño para seguir vomitando. Finalmente se tumbó en el suelo, junto a la cama, y cuando fue capaz de levantar la cabeza trepó y cayó redonda sobre el colchón, consciente de que tenía pequeños restos de vómito en el cabello. Pero le traía sin cuidado.

Era una noche fría y despejada. Stanford Blatch estaba paseando entre los aviones privados del aeropuerto de Aspen. Pasó frente a los Lear y los Gulf Stream, los Citation y los Challenger, y al hacerlo tocaba los números de las colas, buscando uno que le sonara, buscando un avión que pudiera devolverle a casa.

### *Ella se echó a llorar*

—No soy ningún idiota —dijo Mr. Importante.

Estaban sentados en primera. Volvían a casa.

—Lo sé —dijo Carrie.

Mr. Importante bebió de su bloody-mary y sacó su libro de bolsillo.

—De hecho, soy muy perspicaz.



—Ya —dijo Carrie—. ¿Qué tal el libro?  
—Son raras las veces que se me escapa algo.  
—Lo sé —dijo Carrie—. Por eso ganas tanto dinero.  
—Me doy cuenta de todo lo que sucede a mi alrededor —dijo Mr. Importante—. Y sé que te gustaba ese tío.  
Carrie bebió de su copa.  
—Hummm —musitó—. ¿Qué tío?  
—Sabes perfectamente a quién me refiero. Tyler.  
—¿Tyler? —repitió Carrie. Sacó su libro y lo abrió—. Me pareció simpático. E interesante. ¿Y qué?  
—Te gustó —dijo Mr. Importante con tono despreocupado. Abrió su libro.  
Carrie simuló leer.  
—Me gustó solo como amigo.  
—Yo estaba allí y lo vi todo. Te agradecería que no me mintieras.  
—De acuerdo —dijo Carrie—. Me sentí atraída por él, pero solo un poco.  
Nada más decirlo, comprendió que era un error. No se había sentido atraída en absoluto.  
—Soy una persona adulta —dijo Mr. Importante. Cerró el libro y cruzó las piernas. Sacó una revista del bolsillo que tenía delante—. Puedo aceptarlo. No me duele. Vuelve y vive con él en su castillo. Puedes disparar flechas todo el día.  
—No quiero vivir en un castillo —repuso Carrie. Entonces se echó a llorar. Lloraba sobre una mano con la cabeza vuelta hacia la ventana—. ¿Por qué haces esto? —preguntó—. Estás intentado deshacerte de mí. Te estás montando toda esta película para poder dejarme.  
—Dijiste que te sentías atraída por él.  
—Un poquito —susurró Carrie—. Y solo porque tú me hiciste decirlo. Sabía que pasaría esto. Lo sabía. —Sorbió—. En cuanto le vimos, sabía que ibas a pensar que me gustaba, pero yo jamás habría pensado que me gustaba si tú no hubieses actuado como si pensaras que me gustaba. Entonces tengo que pasarme el día actuando como si no me gustara para que tú no te enfades, y lo peor es que, para empezar, no me gusta. En absoluto.  
—No te creo —dijo Mr. Importante.  
—Es cierto. Oh, Dios. —Carrie se volvió y lloró un poco más. Luego se inclinó hacia Mr. Importante y, con voz alta y clara, le susurró al oído—: Estoy loca por ti y lo sabes. No quiero estar con nadie más. Y no es justo, no es justo que te comportes así.  
Abrió su libro.  
Mr. Importante le dio una palmadita en la mano.  
—No te preocupes —dijo.  
—Ahora soy yo la que está enfadada.  
Llevaban en Nueva York dos días cuando Carrie recibió una llamada de Samantha Jones.  
—¿Yyy? —dijo.  
—¿Yyy qué? —preguntó Carrie.



- ¿Sucedió algo importante en Aspen? —preguntó Samantha.
- ¿A qué te refieres?
- Estaba segura de que regresarías con un anillo de prometida.
- Nooo —respondió Carrie. Se recostó en su butaca y colocó los pies sobre el escritorio—. ¿Qué demonios te hizo pensar eso?





## 25.

### Último capítulo

—¡Oye, te invito a una fiesta! —Era Samantha Jones. Llamaba a Carrie desde una galería de arte del Soho—. Hace siglos que no te veo.

—No puedo —dijo Carrie—. Prometí a Mr. Importante que le prepararía la cena. Ahora mismo está en una recepción.

—¿Él anda por ahí y tú estás en casa esperándole? —preguntó Samantha—. No me vengas con cuentos. Ya es mayorcito, seguro que sabe hacerse la cena.

—También están las plantas.

—¿Las plantas?

—Bueno, plantas de interior —dijo Carrie—. He desarrollado una obsesión. Algunas plantas se crían por su follaje, pero yo no estoy interesada en el follaje sino en las flores.

—Flores —dijo Samantha—. Qué mona. —Soltó una carcajada—. Coge un taxi. No estarás fuera más de media hora, tres cuartos como máximo.

Cuando Carrie llegó a la fiesta, Samantha le dijo:

—Pero qué guapa vienes. Pareces una locutora de telediario.

—Gracias —dijo Carrie—. Es mi nuevo *look*.

Vestía un traje de chaqueta azul pálido con la falda hasta la rodilla y unos zapatos de raso estilo años cincuenta:

—¿Champán? —ofreció Samantha cuando un camarero pasó con una bandeja.

—No, gracias, estoy intentando no beber —dijo Carrie.

—En ese caso, beberé por las dos. —Recogió dos copas y señaló con la cabeza a una mujer rubia de pelo corto, alta y bronceada—. ¿Ves a aquella chica? Es de esas que llevan una vida perfecta. Se casó a los veinticinco con Roger, el tío que tiene al lado. El guionista. Sus últimas tres películas han sido un exitazo. Ella era una chica normal, como nosotras. No era modelo, pero era guapa. Y conoció a Roger, un tío adorable, inteligente, sexy, simpático y muy divertido. Ella nunca ha necesitado trabajar, tienen dos hijos y una niñera, un piso enorme en Manhattan y la casa perfecta en los Hamptons, y nunca ha tenido que preocuparse de nada.

—¿Y?

—Pues que la odio —dijo Samantha—. Pero es muy simpática.

—Entonces ¿qué hay de odioso en ella?

Observaron a la chica, su forma de moverse por la sala hablando a unos y otros, inclinándose para reír al oído de alguien. Su ropa era perfecta, su maquillaje era perfecto, su pelo era perfecto, e irradiaba esa naturalidad que conlleva la sensación de poseer un derecho incontestable. Levantó la vista, vio a Samantha y la saludó agitando una mano antes de acercarse.



—¿Cómo estás? —preguntó alegremente—. No nos veíamos desde... desde la última fiesta.

—Tu marido está muy de moda últimamente —dijo Samantha.

—Y que lo digas. Anoche cenamos con... —Mencionó el nombre de un conocido director de Hollywood—. Sé que no debería dejarme deslumbrar por las estrellas, pero fue estupendo —dijo mirando a Carrie.

—¿Y cómo estás tú? —le preguntó Samantha—. ¿Cómo están los niños?

—Muy bien. Acabo de conseguir dinero para hacer mi primer documental.

—¿De veras? —dijo Samantha, mientras se aupaba el bolso sobre el hombro—. ¿Sobre qué?

—Las candidatas políticas de este año. Tengo algunas actrices de Hollywood interesadas en hacer de narradoras. Vamos a presentarlo en una cadena nacional. Tendré que pasar mucho tiempo en Washington, así que le he dicho a Roger y a los niños que tendrán que arreglárselas sin mí.

—¿Crees que podrán? —preguntó Samantha.

—¿Sabes una cosa? Eso mismo me pregunto yo con respecto a mí —dijo la chica—. Yo no podría hacer este proyecto si no estuviese casada. Roger me ha dado mucha confianza en mí misma. Cada vez que hay algún problema, entro en su oficina gritando. No podría manejar la situación si no le tuviera a él. Me derrumbaría y nunca asumiría riesgos. No entiendo cómo vosotras podéis llevar tantos años solteras.

—Me da ganas de vomitar —dijo Samantha cuando la chica se alejó—. ¿Por qué ha de recibir dinero para hacer un documental? No ha hecho nada útil en su vida.

—Todo el mundo es una estrella de rock —dijo Carrie.

—Creo que Roger necesitará un poco de compañía mientras su esposa está fuera —dijo Samantha—. Yo no dudaría en casarme con un hombre así.

—Tú solo te casarías con un hombre así —puntualizó Carrie, y encendió un cigarrillo—. Con un hombre que ya estuviera casado.

—Chorradas —espetó Samantha.

—¿Adónde piensas ir después?

—A cenar con... —Samantha mencionó a un pintor conocido—. ¿Te vas a casa?

—Le dije a Importante que prepararía la cena.

—Qué mona.

—Sí, muy mona.

Carrie apagó el cigarrillo y salió a la calle por una puerta giratoria.

### *¿Una relación? qué tontería*

Samantha estaba disfrutando de una gran semana.

—¿Alguna vez has tenido una de esas semanas en que, sin saber por qué, cada vez que entras en un lugar todos los hombres quieren estar contigo? —preguntó a Carrie.

Samantha fue a una fiesta donde se encontró con un hombre al que hacía siete años que no veía. Era la clase de tío que todas las mujeres del Upper East Side habían



pretendido siete años atrás. Era guapo, de familia acomodada e influyente, y salía con modelos. Ahora, dijo, estaba buscando una relación.

En la fiesta, Samantha dejó que se la llevara a un rincón. Él había bebido un poco.

—Siempre me pareciste muy guapa —dijo—, pero me dabas miedo.

—¿Miedo? —rió ella.

—Eras inteligente. Y dura. Pensé que me harías pedazos.

—Estás diciendo que pensabas que era una perra.

—No, solo que tenía miedo de no estar a tu altura.

—¿Y ahora?

—No lo sé.

—Me gusta que los hombres piensen que soy más inteligente que ellos —dijo Samantha—, porque generalmente es cierto.

Fueron a cenar. Más copas.

—Caray, Samantha —dijo él—, no puedo creer que esté contigo.

—¿Por qué no? —repuso ella, alzando su copa.

—Siempre leo cosas sobre ti en los periódicos. Siempre me digo que he de llamarte. Pero luego me digo que ahora eres famosa.

—No soy famosa —dijo Samantha—. Ni siquiera quiero serlo. —Y empezaron a darse el lote.

Samantha le tocó lo inmenable. Era grande. Muy grande.

—Existe un problema cuando es muy grande —explicaría después a Carrie—. Y es que te dan ganas de llevártelo a la cama.

—¿Lo hiciste? —preguntó Carrie.

—No. Dijo que quería irse a casa. Al día siguiente me llamó. Quiere tener una relación. ¿Puedes creerlo? Menuda gilipollez.

### *El periquito hablador*

Carrie y Mr. Importante fueron a casa de los padres de ella a pasar el fin de semana. Allí todo el mundo cocinaba. Mr. Importante estaba haciendo un gran esfuerzo por encajar.

—Yo prepararé la salsa —dijo.

—Procura no estropearla —le susurró Carrie al oído cuando pasó por su lado.

—¿Qué tiene de malo mi salsa? Me sale muy buena —replicó Mr. Importante.

—La última vez le pusiste whisky o algo parecido y estaba incomible.

—Fui yo —dijo el padre.

—Oh, lo siento —se disculpó maliciosamente Carrie—. Lo había olvidado.

Mr. Importante no dijo nada. Al día siguiente regresaron a Nueva York y cenaron con unos amigos de él, parejas que llevaban varios años casadas. Alguien empezó a hablar de loros y de que habían tenido uno que hablaba.

—Yo compré una vez un periquito por diez pavos en Woolworth's y le enseñé a hablar —explicó Mr. Importante.

—Los periquitos no hablan —dijo Carrie.



—El mío hablaba —repuso Mr. Importante—. Decía: «Hola, Snippy». Snippy era mi perro.

Una vez en el coche, camino de casa, Carrie dijo:

—No podía ser un periquito. Probablemente era un estornino.

—Si digo que era un periquito, quiere decir que era un periquito.

—Eso es absurdo. Todo el mundo sabe que los periquitos no hablan.

—El mío hablaba —insistió Mr. Importante. Encendió un puro y no volvieron a abrir la boca en todo el trayecto.

### *No vayas por ahí*

Carrie y Mr. Importante fueron a los Hamptons a pasar el fin de semana. Todavía no era primavera y el ambiente resultaba deprimente. Encendieron un fuego. Leyeron. Alquilaron películas. A Mr. Importante solo le gustaban las películas de acción. Carrie solía verlas con él, pero ya no quería hacerlo.

—Es una pérdida de tiempo para mí —dijo.

—Pues lee —respondió Mr. Importante.

—Estoy harta de leer. Me voy a dar un paseo.

—Iré a pasear contigo en cuanto termine la película —dijo Mr. Importante.

De modo que Carrie se sentó a su lado y miró la película con cara larga.

Cenaron en Palm. Ella dijo algo y él respondió:

—Menuda estupidez.

—¿De veras? Qué curioso que me llames estúpida cuando es evidente que soy más inteligente que tú —dijo Carrie.

Mr. Importante rió.

—Si eso es lo que crees, entonces no hay duda de que eres estúpida.

—No me jodas —dijo Carrie, inclinándose hacia delante. De repente estaba tan enfadada que no sabía lo que decía—. Si me jodes, me encargaré de destruirte. Y puedes estar seguro de que lo haré con todo el placer del mundo.

—Nunca te despiertas lo bastante temprano para joderme —dijo Mr. Importante.

—No necesito hacerlo. ¿O todavía no te has enterado? —Carrie se limpió los labios con la servilleta. No vayas por ahí, pensó, no vayas por ahí—. Lo siento, estoy un poco nerviosa —dijo.

Al día siguiente, de regreso a la ciudad, Mr. Importante le dijo:

—Hablares más tarde.

—¿Hablar? —dijo Carrie—. ¿Significa eso que esta noche no nos veremos?

—No lo sé —respondió Mr. Importante—. Tal vez deberíamos darnos un respiro, pasar un par de días separados hasta que se te pase el mal humor.

—Ya se me ha pasado —dijo Carrie.

Le llamó al trabajo.

—No estoy seguro —dijo Mr. Importante.

Carrie rió y dijo:

—Venga ya, bobo. ¿Acaso la gente no tiene derecho a estar de mal humor? No



es el fin del mundo. En las relaciones también ocurren esas cosas. Dije que lo sentía.

—No quiero malos rollos.

—Te prometo que estaré bien. ¿No estoy bien ahora? Se acabó el mal humor.

—Eso espero —dijo él.

### *Cuando Mr. Importante está de viaje*

El tiempo pasaba. Mr. Importante se ausentó de la ciudad varias semanas por asuntos de trabajo. Carrie se quedó en el apartamento de Mr. Importante. Stanford Blatch iba a verla de vez en cuando y ambos se comportaban como dos colegiales que tenían a los padres de viaje. Fumaban hierba, bebían whisky, hacían galletas de chocolate y veían películas tontas. Lo ponían todo perdido y por la mañana la criada llegaba y lo limpiaba. Se ponía a cuatro patas para frotar las manchas de zumo de la alfombra blanca.

Samantha Jones llamó un par de veces para hablarle de todos los hombres interesantes y famosos que estaba conociendo y de las estupendas cenas y fiestas a las que asistía.

—¿Qué haces? —preguntaba.

—Trabajar, solo trabajar —respondía Carrie.

—Deberíamos salir, mientras Importante está fuera... —decía Samantha.

Pero nunca quedaban en nada concreto y después de un par de llamadas, Carrie no tuvo más ganas de hablar con Samantha. Luego le entró el remordimiento y la llamó para salir a comer. Al principio el almuerzo estuvo bien, pero luego Samantha empezó a hablar sobre un montón de proyectos cinematográficos y un montón de peces gordos con quien iba a hacer negocios. Carrie tenía su propio proyecto y Samantha dijo:

—Es una idea muy mona, sí, muy mona.

—¿Qué tiene de mona? —preguntó Carrie.

—Es mona. Es ligera. Ya me entiendes. No es Tolstoi.

—No pretendo que sea Tolstoi —dijo Carrie. Pero, naturalmente, sí lo pretendía.

—Pues eso —dijo Samantha—. Oye, guapa, que hace siglos que nos conocemos. Debería poder decirte lo que pienso sin que te enfades. No es nada personal.

—¿De veras? —preguntó Carrie—. No estoy tan segura.

—Además —dijo Samantha—, probablemente te cases con Mr. Importante y tengas hijos. Es lo que todo el mundo quiere.

—Soy una chica con suerte, ¿verdad? —dijo Carrie, y cogió la cuenta.

### *Quiero la verdad*

Mr. Importante regresó de su viaje y fueron a St. Barts a pasar un largo fin de semana. La primera noche Carrie soñó que Mr. Importante tenía una aventura con una chica morena. Carrie entraba en un restaurante y los veía sentados a una mesa. Se estaban besando.



—¿Qué ocurre? —preguntó Carrie.

—Nada —dijo Mr. Importante.

—Quiero la verdad.

—Estoy enamorado de ella —respondió Mr. Importante—. Queremos estar juntos.

Carrie experimentó esa sensación familiar de dolor e incredulidad.

—Como quieras —dijo.

Salió a un campo. Caballos gigantes con bridas doradas brotaron del cielo y descendieron por una montaña. Cuando Carrie vio los caballos, comprendió que lo que Mr. Importante sentía por ella no era serio.

Se despertó.

—¿Has tenido una pesadilla? —preguntó Mr. Importante—. Ven aquí. —Alargó un brazo.

—¡No me toques! —espetó Carrie—. Estoy mareada.

El sueño la rondó durante varios días.

—¿Qué puedo hacer? —dijo Mr. Importante—. No puedo competir con un sueño.

Estaban sentados en el borde de la piscina, con los pies en el agua. La luz del sol era casi blanca.

—¿Crees que hablamos lo suficiente? —preguntó Carrie.

—No —dijo Mr. Importante—, probablemente no.

Dieron un paseo en coche, fueron a la playa y luego a comer, y hablaron de lo hermoso que era todo y de lo relajados que estaban. Gritaron al ver una gallina cruzar la carretera con dos polluelos y un anguila atrapada en un estanque, y cada vez que veían una rata aplastada a los lados de la carretera.

—¿Somos amigos? —preguntó Carrie.

—Hubo un tiempo en que fuimos muy buenos amigos, en que sentía que entendías mi alma —dijo Mr. Importante.

Conducían por carreteras estrechas y tortuosas.

—Las personas dejan de esforzarse cuando se cansan o pierden el interés —dijo Carrie.

Guardaron silencio durante un rato y luego Carrie dijo:

—¿Por qué nunca me dices «te quiero»?

—Porque tengo miedo —dijo Mr. Importante—. Tengo miedo de que si te digo «te quiero» pienses que vamos a casarnos. —Redució la velocidad. Pasaron frente a un cementerio lleno de flores de plástico de vivos colores. Junto a la carretera había un grupo de hombres con el torso descubierto, fumando—. ¿Qué tiene de malo como estamos ahora?

Más tarde, cuando estaban recogiendo las cosas para volver a casa, Mr. Importante dijo:

—¿Has visto mis zapatos? ¿Puedes coger mi champú?

—No y por supuesto, cariño —respondió Carrie.

Entró en el cuarto de baño y se contempló en el espejo. Tenía buen aspecto. Bronceada, esbelta y rubia. Empezó a recoger sus enseres. Pasta de dientes. Crema



para la cara. El champú de Mr. Importante estaba en la ducha y decidió ignorarlo. ¿Y si estuviera embarazada?, pensó. No se lo diría, abortaría en secreto y no volvería a dirigirle la palabra. O se lo diría y aun así abortaría y no volvería a dirigirle la palabra. O tendría el hijo y lo criaría sola, pero podría ser peligroso. ¿Y si llegaba a odiar tanto a Mr. Importante por no querer estar con ella que terminaba volcando ese odio en el niño?

Entró en el dormitorio, se calzó sus sandalias de tacón alto y se puso el sombrero de paja. Estaba hecho a medida y costaba más de quinientos dólares.

—Cariño... —dijo.

—¿Sí? —preguntó Mr. Importante. Estaba de espaldas, guardando sus cosas en la maleta.

Carrie quería decir: «Lo nuestro ha terminado. Lo hemos pasado muy bien juntos, pero siempre he preferido dejar las cosas antes de que se deterioren. ¿Lo entiendes?».

Mr. Importante levantó la vista.

—¿Querías algo, nena?

—No, nada —dijo Carrie—. Me había olvidado de tu champú, eso es todo.

### *Es un cabrón*

Carrie se bebió cinco bloody-marys en el avión y ella y Mr. Importante discutieron durante todo el viaje. En el aeropuerto. En la limusina. Carrie no calló hasta que él dijo:

—¿Quieres que te deje en tu casa? ¿Es eso lo que quieres?

Cuando llegaron a casa de Mr. Importante, Carrie telefoneó a sus padres:

—Es un cabrón, como todos los hombres.

—¿Estás bien? —le preguntó su padre.

—Oh, sí, estupendamente —respondió ella.

Entonces Mr. Importante estuvo encantador. Se puso el pijama y se sentó con ella en el sofá.

—El día que te conocí me gustaste —dijo—. Luego me gustaste mucho. Ahora... ahora he acabado queriéndote.

—No me hagas vomitar —dijo Carrie.

—¿Por qué yo, nena? —preguntó Mr. Importante—. ¿Con todos los tíos con que has salido, por qué quieres cazarme a mí?

—¿Quién ha dicho que quiero eso?

—Entonces, ¿qué ocurre? —preguntó Mr. Importante—. ¿Se trata de un patrón? Ahora que estoy más implicado en la relación quieres irte, huir. No puedo hacer nada para impedirlo.

—Sí puedes —dijo Carrie—. He ahí la cuestión.

—No te entiendo —dijo Mr. Importante—. ¿En qué se diferencia nuestra relación de las otras que has tenido?

—En nada —respondió Carrie—. Como todas, hasta ahora ha sido sencillamente suficiente.





Al día siguiente Mr. Importante volvía a estar de buen humor, lo que resultaba aún más irritante.

—Ayúdame a elegir una corbata, nena —dijo, como siempre.

Se acercó con cinco corbatas hasta el lado de la cama de Carrie, que todavía intentaba dormir. Encendió la luz, le tendió las gafas y aproximó las corbatas al traje.

Carrie les echó un breve vistazo.

—Esa —dijo.

Se quitó las gafas y cerró los ojos.

—Apenas las has mirado —protestó Mr. Importante.

—Esa es mi elección —sentenció Carrie—. Además, todas me parecen iguales.

—Ajá, todavía estás enfadada —dijo Mr. Importante—. No lo entiendo. Deberías estar contenta. Después de lo de anoche, creo que las cosas están mucho mejor.

### *Hogar, dulce hogar*

—La niña tiene hambre, la niñera se ha ido y estoy arruinada —dijo Amalita por teléfono—. ¿Podrías traerme un poco de pizza, cielo? Dos o tres porciones con salami. Te pagaré luego.

Amalita estaba viviendo en el piso de la amiga de una amiga del Upper East Side. Se hallaba en una de esas calles secundarias que Carrie conocía tan bien: edificios sucios con entradas estrechas y llenas de cajas de comida china para llevar, y en las calles gente mugrienta paseando perros piojosos, y en verano mujeres obesas sentadas en las escalinatas. Durante mucho tiempo Carrie pensó que nunca

lograría escapar de ese ambiente. Compró la pizza en el mismo sitio donde antes solía comprarla, cerca del apartamento donde había vivido durante cuatro años, cuando no tenía ni un céntimo. Hacía las pizzas el mismo tipo de dedos mugrientos y en la caja estaba la misma esposa menuda y taciturna.

El apartamento de Amalita estaba en una cuarta planta sin ascensor, en el lado interior. Era uno de esos edificios donde alguien había intentado mejorar las paredes de bloques sin conseguirlo.

—En fin —dijo Amalita—, es temporal. El alquiler es barato. Quinientos al mes.

Su hija, una niña preciosa de pelo moreno y enormes ojos azules, estaba sentada en el suelo con una pila de periódicos y revistas viejas, volviendo las páginas.

—No he sabido nada de Righty —dijo Amalita— después de que me propusiera ir de gira con él y de que le enviara un libro que me pidió. Esos tíos no quieren una chica que folle de maravilla. Ni siquiera una chica que folle bien. Quieren una chica que folle mal.

—Lo sé —dijo Carrie.

—¡Mira, mamá! —exclamó orgullosa la niña, señalando una foto de Amalita en Ascot con pamea y acompañada de un lord.

—Un hombre de negocios japonés quiso ponerme un piso —dijo Amalita—. Odio esa clase de cosas, pero estoy sin un céntimo. Consideré la oferta únicamente porque quiero que mi pequeña empiece el parvulario y necesito dinero para pagarlo.



Al final acepté, pero hace dos semanas que no sé nada de él.

Amalita estaba sentada en el sofá con pantalones de chándal, arrancando trozos de pizza. Carrie estaba sentada en una silla estrecha de madera. Vestía tejanos y una camiseta con manchas amarillas en las axilas. Las dos llevaban el pelo sucio.

—Cuando miro atrás —dijo Amalita—, me doy cuenta de que no debí acostarme con ese tipo. Tendría que haber hecho las cosas de otra manera. —Hizo una pausa—. Sé que estás pensando en dejar a Importante. No lo hagas. Aguanta. Es cierto que eres guapa y que podrías tener a un millón de tíos detrás. Pero tú y yo conocemos la verdad. Sabemos lo que es la vida.

—¡Mamá! —gritó la niña.

Levantó una revista y señaló una serie fotográfica de Amalita, primero en las pistas de St. Moritz con un traje de esquiar de Chanel, luego bajando de una limusina en un concierto de los Rolling Stones y por último con un traje negro y un collar de perlas sonriendo coquetamente a un senador.

—Ahora no, Carrington —dijo Amalita, fingiendo severidad.

La pequeña rió y lanzó la revista al aire.

Era un día despejado. El sol entraba por las ventanas mugrientas.

—Ven aquí, princesa —dijo Amalita—. Come un poco de pizza.

—Hola, ya estoy en casa —dijo Mr. Importante.

—Hola —dijo Carrie. Fue hasta la puerta y le besó—. ¿Qué tal la recepción?

—Bien.

—Estoy preparando la cena.

—Estupendo. Me alegro de que no tengamos que salir.

—Yo también —dijo Carrie.

—¿Quieres una copa? —preguntó él.

—No, gracias. Tal vez un vaso de vino con la cena.

Carrie encendió unas velas y se sentaron en el comedor. Ella mantenía la espalda muy erguida. Mr. Importante hablaba sin cesar de un trato que estaba a punto de cerrar, y Carrie le miraba, asentía con la cabeza y hacía ruiditos alentadores. Pero en realidad no le prestaba atención.

Cuando Mr. Importante terminó de hablar, ella dijo:

—Estoy muy contenta. La amarilis finalmente ha florecido. Tiene cuatro flores.

—Cuatro flores —repitió Mr. Importante—. Me alegra que hayas desarrollado un interés por las plantas.

—Yo también —dijo Carrie—. Es increíble cómo crecen solo con que les prestes un poco de atención.



## Epílogo

La película *Victimas de la moda* de Stanford Blatch recaudó 200 millones de dólares en todo el mundo. Stanford se compró un Challenger y se hizo decorar el interior como el saloncito íntimo de Elizabeth Taylor en *Cleopatra*.

River Wilde sigue trabajando en su novela. En ella, Mr. Importante asa a un niño y se lo come. Stanford Blatch aparece todo el rato pero no le sucede absolutamente nada.

Samantha decidió pasar de Nueva York. Se fue a Los Ángeles para asistir a la entrega de los Oscars y conoció a Tyler Kydd en una fiesta, cuando ambos estaban desnudos en la piscina. Ahora viven juntos, pero él ha jurado que nunca se casará con ella porque, cuando no consiguió el Osear al mejor actor, Samantha comentó:

—No te lo dieron porque la película era simplemente mona.

Con todo, Samantha producirá la próxima película de Tyler.

La hija de Amalita Amalfi ingresó en el prestigioso parvulario Kitford de Nueva York.

Amalita abrió su propia asesoría. Tiene tres empleados, además de una plantilla de servicio compuesta de chófer, niñera y criada. Hace poco compró a su hija su primer vestido de diseño.

El Hueso sigue siendo modelo.

Magda, la novelista, asistió a una fiesta para celebrar la publicación de un calendario donde salían los bomberos de Nueva York. Mr. Septiembre, 33 años, se la ligó y desde entonces son inseparables.

Packard y Amanda Deale tuvieron otro hijo, una niña. Están criando a sus pequeños para que sean genios. La última vez que Carrie cenó en su casa, Packard le dijo a Chester:

—¿Eres consciente de que los cacahuets con miel son un fenómeno de nuestra generación?

Chester asintió con la cabeza.

Brigid Chalmers dejó a su marido. Fue vista por última vez en Tunnel a las cuatro de la madrugada, bailando desenfrenadamente con Barkley.

Todos los solteros empedernidos siguen disponibles.

Belle y Newbert fueron a un bautizo mixto en la Quinta Avenida. Newbert insistió en ponerse una divertida chistera a rayas y obligó a todo el mundo a beber chupitos de tequila mientras él bailaba sobre un aparador. El equipo de música se estropeó justo cuando Newbert se precipitaba por la ventana del quinto piso. Por fortuna, aterrizó sobre un toldo. Durante los dos meses que estuvo con la pierna en alto, Belle ascendió a presidenta del banco donde trabajaba. Todavía no está embarazada.



Después de pasar la noche con Ray, Skipper Johnson regresó a Nueva York y desapareció del mapa. Reapareció dos meses más tarde contando a todo el mundo que estaba «perdidamente enamorado».

A Mr. Maravilloso se le atribuyó la paternidad de un niño fuera del matrimonio. Hizo que la madre lo sometiera a la prueba del ADN y resultó que el hijo no era suyo.

Carrie y Mr. Importante siguen juntos.

\* \* \*



## RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

### CANDACE BUSHNELL

Nació el 1 de diciembre de 1959 en Glastonbury, Connecticut. Actualmente vive en la ciudad de Nueva York. Ha obtenido fama por sus columnas y libros de sexo y por su estilo de vida social.

Antes de salirse de la Universidad Rice a finales de los años 1970, Bushnell era conocida en todo Nueva York como una asidua fiestera y socialité. Uno de sus lugares preferidos era la discoteca Studio 54. Tiempo después consiguió un trabajo como columnista en el periódico New York Observer. En 1994, su editor en jefe le preguntó si quería escribir una columna para el periódico, y ella aceptó el trabajo. Quería una columna basada en las aventuras acerca de las cuales ella y sus amigas normalmente hablaban, la llamó *Sex and the City* (Sexo en Nueva York). En 1998, la cadena norteamericana de televisión por cable, HBO, comenzó a transmitir una serie, *Sex and the City*, basada en la columna de Bushnell. La serie de televisión, aumentó la ya creciente fama de Bushnell, siendo conocida por personas que no eran asiduos lectores. Finalizó su producción original en Febrero del 2004.



Muchos han comparado el personaje de Carrie Bradshaw del programa de televisión con Bushnell, porque Carrie al igual que Candace también tiene una columna en un periódico donde habla de sexo y estilos de vida, y disfruta la vida nocturna de Nueva York. En el 2005 actuó como jurado para el reality show de la cadena CBS, llamado *Wickedly Perfect*.

### SEXO EN NUEVA YORK

He aquí los hábitos cotidianos y sexuales de una galería de personajes sorprendentes, duros y divertidos a la vez, en una obra que expone sin contemplaciones los odios, las envidias y los sentimientos que se dan en ciertos círculos sociales. Entre ellos encontramos a Carrie, quintaesencia de la mujer problemática, joven escritora que busca el amor donde no debe; o Samantha Jones, la cuarentona productora de cine, cuya generación conoce de sobra la efímera naturaleza de la belleza y la juventud... Sin olvidarnos de los hombres que sólo se acuestan con modelos perfectas y neuróticas, o de aquellos fanáticos de las bicis y las mochilas que se niegan a comportarse como adultos

Una obra irónica y despiadada, que ha dado lugar a una exitosa serie televisiva..





© 1996, Candace Bushnell  
Título original: *Sex and the City*  
© 2001, Random House Mondadori, S. A.  
© Traducción: Matuca Fernández de Villavicencio

© 2004, RBA Coleccionables, S.A., para esta edición  
Diseño de la cubierta: Llorenç, Martí  
Ilustración de cubierta: Jordi Forcada  
ISBN: 84-473-3513-5  
Depósito legal: B-30.750-2004s